

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

los juegos de maya

Delia Steinberg Guzmán



LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

ÍNDICE

Prólogo	4
Introducción	5
El juego	6
La soledad	9
La vida y la muerte	12
Las piedras	15
Las plantas	17
Los animales	20
El hombre	24
La Naturaleza	27
Las cuatro estaciones	30
El día y la noche	33
La tierra	36
El agua	39
El aire	42
El fuego	45
El movimiento	48
Los sentimientos	51
El pensamiento	54
La intuición	57
La voluntad	59
La sociedad	62
Las agrupaciones humanas	65
La familia	68
La educación	72
La ciencia	74
La religión	77
El arte	79
La política	81
La guerra	83
El amor	86
El destino	89
Las estrellas	92
El tiempo	94
La obediencia	97
La belleza	99
La justicia	101
La unidad	105
Bien y mal	107

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La filosofía (el huso de Ariadna)	110
Dios	113
Epílogo	115

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

PRÓLOGO

Si buceamos hasta el fondo de nuestro conocimiento del pasado, hallamos siempre al hombre con un natural asombro filosófico ante la naturaleza de su entorno y de sí mismo. Sus preguntas se elevan al cielo como el humo de los inciensarios; nacidas de un quemante fuego y arrastradas por un geotropismo negativo que es propio de la no cosidad de su ancestro ontológico.

La observación detallada de su ámbito le demuestra lo pasajero de las cosas. Y aunque sus preguntas se diluyen en el misterio sin respuesta concreta, sabe de alguna manera que él permanece y permanecerá más allá del caleidoscópico juego de los abalorios de los objetos que percibe.

Así nace una suerte de aspecto lúdico de la vida en donde todo tiene importancia y, a la vez, todo carece de ella. La percepción de esta metafísica carencia ha inspirado un libro escrito con poesía y sencillez, “Los juegos de Maya”, que prologamos.

Por ser su autora mi discípula en los senderos de la filosofía, no me corresponde ejercitar una corriente laudatoria que, de corazón, me nace desde el fondo del alma, pues es muy difícil decir cosas tan profundas como lo ha hecho Delia S. Guzmán, con palabras tan claras y accesibles. Más que palabras, ha escrito peldaños, que el lector utilizará de manera amena y le llevarán, como en infantil ronda, a la alegría de no sentir la vida ni la Naturaleza como enemigas, sino como aliadas que Dios ha puesto en nuestra senda para despertar nuestras conciencias.

La pluralidad de los temas tocados está traspasada por una señalización de la unidad, lo que da vitalidad al conjunto de los capítulos. Pero jamás se pierde el tono optimista y, sobre el gran tablero de ajedrez de la realidad, las móviles piezas se deslizan, ora aquí, ora allá, en el gran juego de Maya, donde lo importante no es quién gane, sino jugar. Para sentirse vivo y recopilar experiencia.

“Los Juegos de Maya” constituye, en fin, un libro breve, conciso en cuanto a lo medular de su contenido filosófico, pero sumamente ligero y fácilmente asimilable.

Con él, el lector aprende a “jugar a la vida” sin doloroso esfuerzo y a plantearse con naturalidad las preguntas más fundamentales que, como antes citamos, suben al cielo como el humo de los viejos inciensarios; como una oración milenaria repetida por labios nuevos, justamente cuando el mundo más necesita de fe, sencillez y sana alegría de vivir.

Prof. Dr. Jorge Ángel Livraga Rizzi
Cruz de París en Artes, Ciencias y Letras

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

INTRODUCCIÓN

Maya es una vieja deidad oriental, cuyo significado es Ilusión. Se trata del velo con que la Naturaleza cubre todas las cosas para que los humanos no podamos descubrir fácilmente sus ocultas leyes, y así, la belleza de Maya y sus múltiples juegos engañan, seducen y ayudan a pasar los años de vida que nos corresponden sobre la tierra.

La ilusión juega con nuestros sentidos. Y nosotros participamos, más o menos conscientemente, del juego. Ilusión no es exactamente algo que no existe, aunque nosotros percibamos. Los juegos de la ilusión se basan en cosas ciertas, pero no duraderas; son verdades que alcanzan a vivir lo que una burbuja... lo que una ilusión. Sin embargo, en nuestra ignorancia, suponemos que esas verdades momentáneas lo son todo.

Poniendo nuestros esfuerzos y nuestras máximas esperanzas en los juegos de Maya, es como llegamos a conocer el dolor. Todo aquello que queremos se nos escapa de entre los dedos, y nos volvemos ciegos a la posibilidad de ver aquellas otras cosas que son más duraderas, menos falibles, más cercanas a la inmortalidad.

¿Por qué jugamos? ¿Por qué aceptamos la ilusión de Maya sin advertirla? Constar esta pregunta equivaldría a saber con precisión por qué juega un niño. El niño juega, aunque sepa que es mentira el juego que realiza; pero necesita ensayar, necesita probar sus fuerzas y prepararse para el otro juego mayor que es la misma vida. Los humanos somos siempre un poco niños. Inseguros ante el destino final que nos aguarda, jugamos durante la vida, tratando de probarnos a nosotros mismos que somos capaces de realizar actos acertados.

Todos nosotros participamos en los “juegos de Maya”...

Había una vez un niño muy serio, tanto, que sentía profunda lástima por los otros niños que pasaban sus días jugando. Este niño había advertido que los muñecos, cochecitos, máscaras y demás juguetes, carecían de realidad y valor para los mayores. Y así, él no quiso ser menos y decidió prescindir de estos engaños.

Mientras todos los niños jugaban, este de nuestra historia permanecía solitario y apartado, sufriendo al ver a sus pobres compañeros, que disfrutaban de paseos y aventuras imaginarias. El niño solitario trató de buscar consuelo en la lectura, pero pronto vio que también los libros estaban cargados de fantasías y relatos no siempre verdaderos. El niño, entonces, se volcó a la contemplación de la Naturaleza, y comprobó con espanto que la Naturaleza también jugaba... y engañaba con luces y colores, con formas y perfumes...

El niño necesitaba una explicación, y se volvió a sus otros compañeros, los del juego:

–¿Por qué jugáis? ¿No veis que todos vuestros juguetes son mentira, que no os sirven en la vida real?

–Nosotros jugamos a ser hombres grandes.

–Pero vuestros coches no son como los de los hombres grandes... no caminan en las calles... Y vuestras muñecas no son como los niños de verdad.

–Eso ya lo sabemos. Pero mientras usamos estos pequeños coches y estas pequeñas muñecas, practicamos lo que haremos cuando seamos hombres y mujeres grandes. Entonces no nos darán miedo ni los niños que tengamos ni los vehículos que debemos manejar.

–Luego, ¿vosotros sabéis que estáis jugando con ilusiones?

–Claro que lo sabemos, pero no lo pensamos. Si recordásemos a cada instante que nuestros juguetes son imitaciones, no podríamos jugar. Y necesitamos jugar, necesitamos ensayar lo que haremos mañana de verdad. Por eso nos hundimos en nuestro juego y gozamos de él como de una realidad.

El niño solitario se volvió sobre sus pasos, y comprendió la razón de su eterna tristeza. No siempre da felicidad el conocer todas las verdades ni el tenerlas continuamente presentes.

Había una vez un hombre al que todos llamaban “filósofo”. Él no era como los demás, no le preocupaban las mismas cosas y, por el contrario, sentía un gran desprecio

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

por las inquietudes diarias de los humanos “normales”. El filósofo sabía cosas sobre la vida y sobre la muerte, sobre el bien y sobre el mal, sobre el destino y sus leyes, y no quería mezclarse con las vanidades del mundo.

Mientras todos los humanos corrían de un lado a otro cual hormiguitas laboriosas, nuestro filósofo permanecía apartado, meditativo y solitario, sin fiarse de los sentimientos ni de los pensamientos ni de las intenciones de nadie.

Miraba actuar a los demás con una semisonrisa de ironía. ¿Cómo no se daban cuenta de que estaban participando del gran juego de la vida? ¿Cómo no advertían que todos sus esfuerzos eran inútiles por cuanto el destino de la Humanidad estaba ya trazado en las esferas? ¿Cómo sufrían y reían, ansiaban y deseaban, sin caer en la cuenta de que nada merecía risa ni llanto, deseo ni afán?

Para el “filósofo”, comer era una tortura; dormir, una necesidad de su cuerpo; amar, apenas falta de madurez y autosuficiencia. Leer, una vanidad; actuar, algo innecesario. Sufrir... algo que no podía evitar ni con toda su filosofía. Y eso lo tornaba terriblemente parecido a los demás...

Es que Maya y sus juegos constituyen también una ley de la vida. Una cosa es conocer sus trampas, y otra muy diferente es querer escapar de ellas. Conocer el juego de Maya es adquirir conciencia humana. Escapar de los juegos de Maya equivale a ser mucho más que un simple filósofo: es haber llegado a Dios, es haber saltado de la etapa de lo humano y de sus necesidades.

Mientras existamos en este momento de la evolución, Maya será nuestra compañera inseparable. Ella no solo trata de engañarnos, sino de embellecer con velos y sonrisas las duras experiencias por las que todos nosotros debemos pasar, si en verdad queremos superarnos. Hay en Maya más piedad que maldad, más deseo de ayudar que de herir. Y también está en el hombre la capacidad de advertir y agradecer este esfuerzo de la Naturaleza por hacer más amable nuestra vida sobre la tierra.

Jugar, sin olvidar que lo estamos haciendo: este es el secreto. Prepararnos para cuando “seamos grandes”, para cuando ya no necesitemos de los juguetes ni los apoyos para desenvolvemos en la existencia. Pero, mientras tanto, aceptar nuestra condición de niños y tratar de crecer. Con Maya al lado, con sus juegos y acechanzas, sus encantos y sus trampas, con el sabor que hace que la vida pase rápidamente y una nueva experiencia importante se haya agregado a nuestro saber. El conocimiento quita maldad y fealdad a las cosas. Con conocimiento, los juegos de Maya son la sal de la vida.

Mientras esto escribo, recuerdo que, cuando pequeña, agobiada por imposiciones del comportamiento diario, pensaba en más de una oportunidad que toda la vida era un gran juego, una gran representación en el escenario de la existencia. Entonces, gozaba de cada uno de mis actos imaginando que yo era la actriz y que debía representar mi

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

papel lo mejor posible, puesto que miles de ojos me estaban observando. Y jugaba a actuar, cuidando de mi ropa y de mis gestos, de mis miradas y de mis movimientos.

Cuando adolescente, eché por tierra con la ilusión del teatro y su escenario... La vida era cosa demasiado seria e importante para estar jugando a representarla.

Y ahora, vuelvo a los principios que alentaron mi niñez. Todo esto es un gran juego. Maya, sus juguetes, todos los hombres y yo somos los actores. La vida es el escenario. Cuando se corra el telón, cuando se apaguen las luces, habrá cesado esta forma de representación y se abrirán las puertas de un nuevo misterio. Y no estoy segura de que Maya no se encuentre también allí, entre las sombras de los cortinados, esperándonos con nuevos juguetes para vivir en ese otro nuevo mundo.



En la sinusoide de la existencia, hay momentos que sobresalen de la línea media, los que llamamos momentos de vida; y hay otros que quedan por debajo del horizonte: son los que llamamos muerte. En realidad, todo es existencia, ya sea de uno o de otro lado de la línea divisoria. Lo fundamental es el paso de esa línea, ya sea para nacer o para morir.

Tanto al nacer como al morir, estamos solos. No importa cuántos seres haya alrededor de nosotros en esos instantes: en verdad estamos solos. Y lo más probable es que estemos solos a todo lo largo de la vida. No porque no podamos compartir nuestras horas con alguien, sino porque, en el fondo, nadie puede introducirse en nuestra alma, y ella es, por naturaleza, solitaria.

Es difícil develar el misterio de la vida y de la muerte. Si la muerte es algo que nos sobrecoge, en base a nuestra ignorancia, la vida y el por qué vinimos a la vida no dejan de ser problemas casi irresolubles para la mentalidad humana.

Probablemente, en algún momento, nuestra alma se desprendió de un Algo mucho mayor que la contenía. Ella se desprendió en busca de nuevas experiencias, guiada por la ingenua falta de conocimiento que tienen las almas inocentes. Y así llegó a la tierra, sola, terriblemente sola y arrancada de su seno celestial. Y desde entonces vaga por la tierra, recubierta a veces de materia, y a veces no, en busca de la clave que le permita regresar a su origen primero, allí donde no estaba sola, porque tampoco estaba dividida. Esa clave es el conocimiento. Saber es poder. Alguna vez, así como partimos, también podremos volver.

La soledad es una gran aliada de Maya. Cuanto más solos nos sentimos, más nos acogemos a los juegos de la ilusión, para borrar esa sensación de angustia interior.

Comienza el nuevo drama: el de la convivencia. Almas solas que quieren vivir junto a otras almas solas, aunque sin llegar a entenderse jamás por completo, pues la soledad es el signo que marca a todas.

La convivencia crea formas variadas, desde el amor sencillo que une a dos seres hasta los más complejos sentimientos que caracterizan a una sociedad y aun a la Humanidad. Surgen familias, grupos, ciudades, emporios, iglesias, partidos políticos... Todos son redes de Maya en las que el hombre cae atrapado creyendo que, por fin, ha vencido la soledad. Pero cuanto más se interna, más solo vuelve a estar.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Decía el sabio Platón que el hombre está formado “de lo uno y de lo otro”. Nada más cierto. Lo uno es lo indiviso que subyace en el interior: es el alma sola; lo otro es la máscara que sale al mundo y se relaciona de múltiples maneras huyendo de la soledad.

Con la máscara puesta, se puede jugar a muchas formas de estar acompañado. Nace entonces la amistad, el amor, el sentimiento filial y el parteral, el cariño por todos los humanos y hasta por los animales y las plantas. En grados más sutiles, el amor se vuelca hacia el infinito de las estrellas, y aun el hombre es capaz de concebir a Dios y amarle por la perfección con que Su mundo se le manifiesta.

Pero ¡cuántas son las desilusiones! Hay amistades que fallan, amores que mueren con el tiempo, hijos que traicionan a los padres, padres que abandonan a los hijos, seres a los que nada importa de los demás... Hay una ciencia que enfría el brillo romántico de las estrellas, y muchas religiones que se pelean por el mismo Dios. ¿Qué hacer?

Es aquí donde el hombre arroja asqueado su máscara exterior y se encierra desesperado hacia adentro, pensando que jamás podrá evadir la soledad. Y es aquí donde surge la gran sorpresa.

Es en el propio yo, en el ser interior, donde se encuentra al verdadero amigo, al que siempre acompaña, al que está presente e inmutable tanto cuando sufrimos como cuando gozamos, al que nos mira vivir sin regañar, y tira de nosotros hacia arriba, siempre hacia arriba, sin pretender por ello ninguna recompensa.

El milagro prosigue. Cuando se descubre a este verdadero amigo, padre y hermano, todo vuelve a cobrar sentido. Leer, escuchar música, disfrutar del encanto de la Naturaleza ya no son actitudes de solitario reconcentrado, sino de hombre acompañado por su verdadero yo.

Ahora sí es posible relacionarse con los otros humanos, porque en cada uno de ellos hay otro yo compañero con las mismas inquietudes que el amigo que acabamos de descubrir. Ahora sí es posible la comprensión y el sentimiento. Quien no ha partido del sondeo propio interior, difícilmente pueda intentar el más mínimo conocimiento de lo que le es exterior. Primero hacia adentro, y luego hacia afuera.

No es que con esto vaya a desaparecer la soledad: esa es condición propia del alma. Pero sí se pueden unir las soledades y jugar con los velos de Maya mientras dura la vida. El compartir una desgracia es una forma de unión. Y aun es probable que las almas busquen unirse ante la desgracia compartida de haber perdido el origen primero, y desear arduamente el retorno a ese punto donde no existe la división.

La soledad es un producto de la división. Cuando todo es Uno, ¿dónde cabe la soledad? Soledad es, pues, separación, desunión, partición.

Cuanto más dividimos, más soledad existe, pues hemos creado nuevas partículas que, a su vez, están solas y separadas de las demás.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Este es uno de los juegos de Maya: dividir hasta el infinito, multiplicar las formas y alentarnos a nosotros para repetir lo mismo, haciéndonos creer que en la cantidad está el paliativo para la soledad.

No es la cantidad lo que quita la soledad: lo mucho atiborra y pierde calidad, puesto que, de una misma esencia, se han multiplicado las presencias. Hay que buscar poco y bueno, hondo y con altura a la vez.

Es posible que así, conociendo el juego de Maya, logremos traspasar la ilusión y reconocer los trozos que le faltan a nuestra alma, los que perdió en su descenso a la tierra, y los que tiene que recuperar para volver a ser una y para no sentirse sola nunca jamás.

–¿Estás solo?

–Sí...

–¿Quieres estar conmigo?

–Bueno...

Y allí van dos, de la mano, unidas sus máscaras de carne, mientras las almas asoman curiosas a sus ojos por ver si en ese ser está su yo gemelo que perdió en la primera división.



LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

LA VIDA Y LA MUERTE

—¡Albricias, felicidad! ¡Acaba de nacer un niño! ¡Nuestro hijo ha llegado a la vida!

Así festejan los hombres la aparición de un nuevo ser sobre la tierra. Todo parece poco para este pequeño cuerpecito que necesita de la protección más absoluta y de los cuidados más cariñosos. Besos, regalos, lágrimas de alegría y emoción jalonan el acontecimiento de la vida.

—¡Qué dolor más grande! ¡Cuánta pena anida en mi alma! ¡Acabo de perder a un ser querido!

Así lloran los hombres la desaparición de quienes nos acompañan y el sumirse en ese oscuro misterio de la muerte. Lágrimas de tristeza, luto y desolación marcan el paso de un alma de un mundo al otro.

Pocas veces nos hemos detenido a pensar de dónde venimos cuando nacemos. Ya no se trata de la cuestión religiosa ni filosófica del origen de las almas. Se trata de algo más simple: si llegamos a la vida, es que venimos de alguna otra parte, sea esta cual sea, y sea como sea. ¿No dejaremos acaso seres tristes y llorosos en esa otra parte, cuando la abandonamos para dirigirnos a la tierra de los vivos? Lo que los padres festejan con alegría, ¿no será un dolor para otros padres inmateriales que ven partir un alma que les acompañaba hasta ese mismo momento?

Y cuando morimos y dejamos la tierra, ¿hacia dónde vamos? Si de algún sitio venimos, es seguro que hacia otro sitio vamos. En el infinito no caben los límites definidos. Y allí donde vamos, ¿no nos recibirán con risas y alegrías de reencuentro, mientras nuestros deudos nos lloran en la tierra?

La vida y la muerte son dos caras de una misma moneda: VIDA. Los que aquí estamos, hemos venido de alguna parte y hacia otra nos dirigimos, pero jamás dejamos de ser.

Lo que los hombres llaman vida es la aparición manifiesta en materia de un alma en esta tierra. Y lo que los hombres llaman muerte es la misma alma que, despojada de materia, no puede sobrevivir en este mundo y se dirige a otro.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La vida terrestre es el reino de la forma. Y aquí es donde Maya se torna fuerte y segura. Ella juega con la vida, ella juega con las formas, las varía y las adapta para conseguir su cometido: más vida material, más formas, más multiplicación.

Cuando las formas aparecen en el mundo de Maya, asumen pequeñas proporciones. Es la defensa de la ilusión para proteger los jóvenes cuerpos. Nadie puede dejar de sentir compasión y ternura ante la pequeña vida. Un bebé, un pequeño animalito, una plantita que se abre... todo induce al cuidado y al cariño. Los hombres se inclinan ya no solo ante sus pequeños hijos, sino ante los pequeños animales, por muy peligrosos que ellos pudieran tornarse luego. No es lo mismo un gran tigre que un cachorrillo de tigre; el uno es fiero y temible; el otro es tierno y suave. Y aun los animales se conmueven ante los niños pequeños, y la misma fiera que ataca a los hombres protege a sus bebés, porque Maya cubre los ojos furibundos con la venda de la compasión: hay que salvar la vida cueste lo que cueste; esas formas requirieron mucho esfuerzo y paciencia para destruirlas de un zarpazo.

Cuando las formas promedian su existencia en el mundo de Maya, ya pueden valerse por sí mismas, y entonces no despiertan ternura sino competencia. Es la lucha por la subsistencia, donde el más fuerte puede con el más débil. El amor puede paliar esta lucha, pero en rigor, todo es cuestión de fuerza, ya sea física, psíquica, mental o espiritual. Y siempre gana el más fuerte, en el campo que sea. Las competiciones deportivas, que tanto entretienen a los hombres, son un juego replicado del otro juego de Maya, aplicado a la competencia del diario vivir.

Antes de que las formas declinen y se desgasten, ellas deben cumplir con el deber fundamental que Maya les impone: seguir produciendo formas. Con mil velos y argucias, Maya hará que nuevos cuerpos asomen a la vida material, para lo cual tiene que valerse de los cuerpos que ya existen. El egoísmo natural de los vivos haría que ellos nunca se reprodujesen, a no ser por el juego de Maya, por el engaño del placer, por la ilusión de ser uno mismo quien toma la decisión de multiplicarse.

Y luego llega el decaer de las formas. Es la etapa final, la que los hombres llaman vejez. Las cosas viejas ya no inspiran ternura, ni llaman a la competencia. Son elementos secos y desgastados que necesitan reemplazarse. Buena despedida de la vida, para no enamorarse excesivamente del brillo de las formas. El alma, ella sola pide quitarse de encima la cáscara usada, para recobrar en otro sitio ideal la ligereza y encanto que un cuerpo pesado ya no deja traslucir. Maya misma acelera el proceso con una suerte de abulia y ensueño sin fin, pero jamás pierde energías, pues las viejas formas se renovarán en lo hondo de la tierra o en lo frágil de las cenizas. Nada se pierde: todo se transforma.

Vida y muerte son dos caras de una misma moneda, y dos momentos de un juego perpetuo que repite sus instantes, produciendo aquello que los hombres llaman ciclos.

Toda la Naturaleza juega en redondo: el día y la noche, el sol y la luna, el verano y el invierno, el sueño y la vigilia, la niñez y la vejez... Si todo gira, si todo retorna, si

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

los mismos árboles que estaban secos, se cubren de verdor, y el mismo mar que estaba bajo engorda con aguas poderosas, ¿por qué los hombres habríamos de escapar de este juego?

No hay casualidad. Hay un perpetuo juego de Maya que, bajo la ley de causalidad nos atrae y nos obliga a cumplir con la propia experiencia. Vivir y morir a ciegas, jugando con Maya..., o vivir y morir conociendo las reglas del juego... Eso es cuestión de evolución.

Muchos son los juguetes que Maya pone aparentemente a nuestra disposición, hasta hacernos perder el sentido profundo de la vida y hacernos creer, en cambio, que todo valor reside en las formas.

Esto es lo que nos sucede con las piedras. Consideradas hasta hace poco –y aun todavía– como elementos inanimados, el hombre ha visto en ellas un objeto útil para múltiples funciones.

Desde la piedra que sirve para construir casas y templos hasta la piedra que forma caminos, desde la piedra que se convierte en utensilio práctico para la vida hasta la piedra que, bien tallada, es un adorno bonito y eficaz en el cuerpo, todas ellas han sido consideradas frías y muertas, y de ellas disponemos como si la vida nos las debiera en atención a nuestros múltiples trabajos.

Sin embargo, las piedras están vivas. Si nos diésemos cuenta de esto, tal vez no las utilizaríamos. Por eso Maya ha recubierto la expresión pétreo bajo la forma de la inercia, ocultando en realidad la ley de la resistencia más maravillosa.

Hay cuerpos que se manifiestan por el crecimiento y la expansión; hay otros que lo hacen a través de la resistencia. En verdad, estas dos leyes están presentes en todos los cuerpos, pero combinadas en distintas proporciones: cuando prima la ley del crecimiento, nosotros vemos movimiento; cuando nosotros vemos estatismo, es que prima la ley de la resistencia.

La voluntad de la piedra consiste en resistir. Ella mantiene sólidamente apretadas sus moléculas, impidiendo que se desgajen y se dispersen. Es entonces cuando nosotros hablamos de “piedras duras”. A más resistencia, más dureza. A más dureza, más voluntad. A más voluntad, más vida.

A pesar del juego de Maya y del velo con que hace aparecer como muertas a las piedras, es fácil entrever la verdad de la cuestión.

Veamos que las piedras que nos rodean no son todas iguales ni de la misma naturaleza.

Las hay –como decíamos– más blandas y más duras, con menos y con más voluntad de resistencia. Las hay más opacas y más brillantes, con más o menos capacidad de dejar pasar la luz. Las hay más organizadas y menos organizadas interiormente, a tal punto que las más organizadas distribuyen sus células de manera tan matemática que sus “cristales geométricos” nos maravillan; entonces hablamos de “piedras preciosas”. Las hay que surgen en un punto de la tierra y las hay que surgen en otro; unas se forman en puntos “fértiles” de la tierra, allí donde la energía es mayor y más aprovechable;

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

otras se forman en cualquier parte y de cualquier manera; también entre las piedras hay bastardos.

Hay piedras cuyo destino es cumplir a secas con la ley de los ciclos, y dejar que el viento las desmenuce hasta convertirse en arena. Hay otras cuyo destino es doblegarse dócilmente ante las manos de los hombres e inmortalizarse en obras maestras. Pero la piedra más grande que forma parte de una pirámide, y la más fina arena del desierto, gozan de la misma naturaleza de pasiva pero fuerte resistencia.

Las piedras forman parte del juego de Maya, puesto que ellas tienen cuerpo... y nada más que cuerpo. Un cuerpo como el tuyo y como el mío, aunque de diferente conformación. Mucho de tu cuerpo y del mío es igual sustancia que la de esa piedra que ahora nos sirve de suelo y soporte. Pero mientras en nosotros han despertado otros principios –psiquis, mente, algo de espíritu–, en la piedra solo se manifiesta el cuerpo; los demás principios duermen. Están a la espera de nuevos y lejanos tiempos en que la inercia cederá paso poco a poco al movimiento. Entonces la piedra crecerá, se expandirá y comenzará para ella una nueva dimensión en la eterna ilusión de la vida.

Cuando oigas decir que el sol calienta las piedras y las dilata, detente. Obsérvalas: están vivas. El mismo sol que nos alimenta a nosotros, modifica a las piedras.

Cuando oigas decir que el frío de la noche contrae las piedras, no sigas y piensa: están vivas, encogen su cuerpo para soportar la baja temperatura. Dilatación y contracción son los indicios de los que luego serán los movimientos del corazón.

También las piedras tienen corazón. Cuando camines sobre ellas, cuando dejes deslizar una mano sobre su superficie, recuerda que estás ante un ser vivo que tiene la infinita paciencia de la resistencia y la espera.

Recuerda a los viejos sabios, aquellos que, sabiendo de la vida interna de las piedras y los metales, escogían los más apropiados para fabricar sus amuletos y talismanes. Recuerda a los viejos reyes y sacerdotes envueltos en joyas, que no cumplían la vacía misión del ornato, sino la más profunda de la captación y emisión de energías.

Por lo mismo que las piedras resisten, ellas tienen la capacidad de guardar por muchos miles y miles de años la fuerza interna que le han dado su madre, la tierra, y su padre, los astros.

Habla con las piedras, juega con ellas. Te darán una antigua lección de entereza y fuerza. Te hablarán de otros tiempos y de otros mundos. Te dirán palabras vibrantes que colarán por entre sus grietas. Con tus dedos de piedra, con esos dedos de tu cuerpo que también es materia, habla con las piedras.

También en ellas hay vida y un maravilloso principio de inteligencia. Y también Maya juega con ellas, puesto que necesita hacer perdurar y multiplicar las formas de este reino del verde.

Así como las piedras, las plantas son hijas de la tierra y del cielo; en busca del misterio de la tierra se hunden las raíces, y bebiendo las influencias estelares surgen las ramas, las flores y los frutos.

En las plantas comienzan a equilibrarse las dos fuerzas: la de la resistencia y la del crecimiento en expansión. Ellas crecen y se abren al sol, pero por otro de sus extremos permanecen fijas a la tierra madre, en acto de auténtica resistencia. Mediante la fijación de las raíces resisten vientos y tormentas; sin hojas duermen en invierno, y cubiertas de follaje se defienden de los muy calurosos rayos del sol del verano. Pero viven, se manifiestan, se mueven y gozan de su propia existencia, en un anticipo de lo que, en su medida, hacen los humanos.

Las plantas no son todas iguales; aun en este mundo se advierten las diferencias de grado que impone la evolución. Las hay muy simples, pequeñas y de mínima expresión, y las hay grandes y robustas cual árboles que tratan de asemejarse a los hombres.

¿Habéis visto alguna vez detenidamente un árbol? Su tronco es como nuestro cuerpo. De este tronco emergen sencillos pies que se hunden en la tierra, y sencillos brazos que se elevan hacia el cielo. Los pies son las raíces; son pies que no caminan pero que, en cambio, buscan fijarse a su mundo con la mayor inteligencia; hoy he visto un árbol crecer entre las rocas y sus raíces abrirse paso hábilmente entre las grietas para no tropezar con la dureza de la piedra. Estos pies de raíces también se abren camino, como los nuestros: pero es un camino de estabilidad; de la estabilidad depende la alimentación, y de la alimentación, la vida misma.

Las ramas son los brazos, cargados de verdes dedos. Los árboles –las plantas más evolucionadas– están siempre en oración. Ellos adoran al cielo, los astros, bendicen al viento que los acaricia y conversan con los pájaros y los insectos que los visitan.

Los árboles no tienen cabeza... Ellos todavía no piensan, pero sin embargo, sienten. A pesar de los engaños de Maya, cada día son más los hombres que saben que las plantas vibran y comprenden las emociones que nosotros emitimos. La belleza de una planta doméstica depende en gran parte de nuestra habilidad y cariño para tratarla.

Las plantas no tienen cabeza, pero recibieron dócilmente la inteligencia que Dios puso en ellas. La flor se viste de variados colores porque ha sabido escuchar las voces de Maya, porque sabe que, sin ese atractivo, no habrá nuevas flores. La flor entenece al viento y a los pájaros, y viento y pájaros colaboran en el juego del amor entre las flores.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Corre el polen de un sitio a otro; las semillas vienen y van, y el eterno juego de la vida se repite para que nunca falte la forma del verde vegetal sobre la tierra.

Las hojas viven del sol; ponen sus caras de frente al astro rey, y guardan sus pulmones hacia abajo, protegiéndose al respirar del polvo que los vientos levantan. Las hojas saben vivir y saben morir; caen a la tierra cuando están doradas, bailando armoniosamente en su caída y siguiendo la sabia selección que desprende primero las ramas viejas y más bajas, para que perduren y se mantengan las jóvenes y más altas.

La flor también vive del sol, y orienta sus pétalos continuamente para enriquecerse con ese oro del cielo. Y luego, cuando haya acabado su ciclo de color, cuando en ella todo parezca morir, dará lugar al fruto que habrá nacido del sacrificio de la flor. Y cuando el fruto se agoste y la destrucción se haga dueña de él, de este nuevo sacrificio surgirá la semilla cíclica que, cayendo sobre la tierra, desprenderá nuevas raíces, nuevos troncos, nuevos brazos en oración, y nuevas oraciones escuchadas que serán flores y frutos.

Las plantas esconden inconmensurables secretos. Ellas poseen fantásticas virtudes que los hombres, enceguecidos por el juego de Maya, nos hemos olvidado de apreciar. Muchas veces comemos plantas, pero muy poco sabemos de las características de aquello que acabamos de comer. Las unas son curativas y otras resultan venenosas; ellas no son ni malas ni buenas; ellas, simplemente, tienen esas propiedades. Unas facilitan los sueños y otras crean pesadillas; unos frutos son dulces y agradables y otros, ácidos y repugnantes. Pero cada planta sirve para algo, cada una tiene una función y la cumple a conciencia, más allá de nuestro conocimiento acerca de estas funciones.

Los sabios de la Antigüedad aprendieron a hablar con las plantas, y supieron de ellas sus muchas virtudes y sus prodigiosas propiedades. Así, ellos fueron sabios, y nosotros, en cambio, somos víctimas de los juegos de Maya. Así, ellos fabricaron extraños brebajes, y nosotros solo sabemos del sacrificio inútil de una flor en un jarrón.

Las plantas no son entes solitarios. Al contrario. ¡Cuántos seres viven en y por ellas! Una mirada detenida nos mostrará cientos de insectos paseándose entre sus ramas, cuando no visitando sus raíces, y desde luego, merodeando entre el colorido de flores y frutos... El oído atento descubrirá el canto de los pájaros que se disimulan entre el follaje; ¿cómo imaginar un árbol sin un nido? Los árboles son la casa de los pájaros, y con la caída del sol, adviene el interminable espectáculo de las aves buscando rápidamente cobijo en las ramas...

También los hombres somos –cuando el juego de Maya nos lo permite– amigos de las plantas. Convivimos con ellas; nos alimentamos con ellas; con ellas nos adornamos y perfumamos nuestras viviendas. Paseamos entre ellas y agradecemos su sombra benefactora en el verano, así como su protección momentánea en las lluvias de invierno.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Y aun hay seres invisibles a nuestros ojos que habitan en las plantas, cual pequeños gnomos inmateriales que se guarecen entre las ramas y que adoran con verdadero agradecimiento al ser del árbol que los ampara.

¿Has notado alguna vez qué cálida es la madera? De madera es la cuna y de madera, el ataúd... Hay en la madera algo de vida y algo de muerte, algo de movimiento y algo de descanso: son los reflejos de la resistencia y de la expansión de las plantas...

Cuando puedas detenerte y pasar las manos por tu silla, tu mesa de trabajo, sentir bajo los dedos la calidez de esa madera, recuerda que fue un ser vivo que ofreció su fuerza y resistencia para seguir sirviendo, más allá de los juegos de Maya, a los juegos y trabajos de los hombres.



Extraño es este reino de la Naturaleza, donde la primacía del sentimiento, por encima de otras características, hace que en los hombres surjan las más diversas emociones con respecto a los animales. Así, se les teme, se les quiere, nos resultan indiferentes... pero difícilmente se les admira, para lo cual bastaría con advertir el despliegue que Maya puso a disposición de esta especial forma de vida.

Cuando juzgamos a los animales, nos colocamos en dos puntos extremos de vista: o son bestias dañinas de las cuales hay que escapar, o bien tratar de matar, o son seres inferiores (a los hombres, se entiende) a los que podemos someter y utilizar sin mayores escrúpulos. En el intermedio caben todos los matices posibles: ya no solo está el que caza para comer, sino el que goza afinando la puntería sobre un cuerpo vivo; y no falta el que tortura animales porque su especial cobardía le impide enfrentarse con otros humanos más fuertes que él.

Pero ¿es que la Naturaleza puso en el mundo a los animales nada más que para asustar o para servir a los hombres? ¿Y Maya aguza su ingenio para mantener un estímulo económico para los hombres?

Veamos si, detrás de los velos de la ilusión, existe algo más.

Dicen que los animales carecen de mente, que no pueden razonar. En principio, esto es cierto, aunque no sabemos si para mal. En verdad, más beneficia que desfavorece a los animales su carencia de raciocinio.

Sin la mente, el instinto y el sentimiento afloran en los animales en toda su simpleza y naturalidad.

En el plano instintivo, para los animales resulta fundamental el comer, el preservar sus vidas, el reproducirlas, el cuidar por un período a sus crías y el saber morir a tiempo dignamente.

Hay animales que comen hasta saciarse; pero no es exactamente un vicio lo que les lleva a ser así, sino una especie de instinto de economía que les obliga a guardar para “cuando no haya”. Algunos guardan comida en cuevas y recovecos; otros, lo hacen en sus propios estómagos, o en bolsitas especiales que Maya fabricó a los costados de la boca. La gula de los humanos es desconocida para los animales; hay instinto de comer, pero no vicio. Si los animales matan para comer, al menos no lo hacen por placer; es la necesidad la que los lleva.

El animal ataca por defensa, no por desafío. Se defiende a sí mismo, o defiende a su cría, pero si no ve peligro alguno en el hombre, es raro que hiera o mate. Hay, sí, instinto de defensa, pero no deporte de matar.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Para preservar sus vidas, Maya ha puesto a disposición de los animales mil y un variados disfraces que les permiten disimularse entre los colores de la Naturaleza; y así, ellos subsisten de entre sus enemigos animales naturales y de entre sus enemigos los hombres. ¿No habéis visto los insectos cuyo color se confunde con el follaje de las hojas? ¿O los ojos del búho por la noche, que se confunde con las luciérnagas? ¿No habéis visto la piel listada de tigres y gatos, que pasa desapercibida entre las ramas de los árboles?

Maya ayuda a todos... y sin embargo, el pez grande se come al chico. Hay en toda la Naturaleza una aparente crueldad, que no es sino otro de los juegos ilusorios de la subsistencia. La fuerza vence. Pero cada animal tiene una característica que le permite defenderse de los más fuertes; nadie está desamparado ni desprovisto. Ahora, todo es cuestión de poner en marcha el valor de las habilidades.

Todos los animales tienen el instinto fundamental de la reproducción, desde los más mínimos insectos hasta los más evolucionados mamíferos. Pero, si analizamos a estos últimos por su mayor semejanza con la naturaleza humana, veremos que, una vez más, hay instinto pero no hay vicio ni pasión. Los animales se acoplan y se reproducen en la época del año más apropiada para el desarrollo de las crías. En esos momentos buscan sus parejas y no hay fuerza que los separe de este cometido. Pero, pasada la época, el animal vuelve a su vida tranquila, y no tiene mente para seguir pensando en el placer de un acto sin consecuencias, de una unión sin hijos.

Miles de ejemplos podríamos citar del enorme cuidado que las bestias ponen en el desarrollo de sus cachorros. Pero la madre guía al hijo pequeño mientras el hijo no puede valerse por sí mismo; una vez logrado este objetivo, el hijo es adulto y “hace su vida”, mientras la madre se dedica a lo propio. No hay sentido de posesión; hay, simplemente, sentido de maternidad y cuidado que finaliza cuando finaliza el ciclo natural del ser pequeño que se ha vuelto adulto.

Todos los animales saben morir, y lo hacen en silencio, serenamente, algunos tal vez con un atisbo de tristeza, pero sin desesperación. Los animales no piensan... y tal vez por ello no ponen en duda su propia eternidad. Ellos aceptan sus ciclos y los viven sin razonarlos. Ellos “sienten” la vida; no la racionalizan. Por eso no vemos en ellos el típico cansancio psicológico que tanto mata a los humanos.

Hay en los animales dos tipos de inteligencia: una que es la característica de su propio desarrollo instintivo, y que les hace obrar acertadamente en cada uno de los momentos de su vida, y que les hace “sabios” en lo suyo de nacimiento. Y otra, que es como “prestada”, superior a la misma especie; una suerte de “alma grupal” que promueve actitudes ultrainteligentes que asombran a los mismos humanos.

Y es que en el juego de Maya todo está perfectamente encadenado. Las piedras, en su mundo de materia quieta, tienen un atisbo del movimiento que devendrá algún día para ellas: entonces se contraen y se dilatan. Las plantas, en su vitalidad fija a la tierra,

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

tienen un atisbo de sentimiento cuando florecen mejor o peor según la forma en que sean tratadas. Y los animales, en su mundo de emociones, tienen un atisbo de inteligencia que el mañana les deparará en su momento. También veremos cómo los hombres racionales tienen reflejos de etapas superracionales, que por ahora no le pertenecen, pero que serán suyas con la evolución constante.

La inteligencia superior de los animales se manifiesta en múltiples ejemplos. Suficiente se ha hablado y escrito ya sobre la vida de las hormigas o de las abejas. Asombroso resulta el comprobar la formación de vuelo de los pájaros, el instinto migratorio que los lleva de un punto al otro del globo...

Hay en los animales inteligencia para enfrentar situaciones nuevas, para sortear obstáculos, para curar heridas, para reconocer su tierra, para recorrer caminos casi desconocidos. Hay un “radar” en ellos que les viene desde más lejos que su mundo de sanos instintos y limpias emociones. Un radar que es el arquetipo de la mente, de una inteligencia práctica y sin trabas, un poco diferente a la que ahora disfrutamos los hombres. Podríamos llamarla “alma grupal”, como antes dijimos, o la “gran mente del mundo animal”.

Pero, siendo las emociones los elementos más destacados del mundo animal, queremos dedicar a ellas un poco de atención, para entresacarlas de los juegos de Maya.

Los animales no son todos iguales; como entre los hombres, las plantas y las piedras, los hay más y menos evolucionados. Solemos aceptar que los más evolucionados son aquellos que reconocemos como domésticos. Estos viven con los humanos, aceptan sus leyes, las comparten, las respetan y las aman.

Hablar de la fidelidad de los animales domésticos es bien poco para señalar lo que en verdad quiero decir. Es verdad que hay fidelidad; en cierta forma, si quisiésemos ejemplificar la fidelidad –¡oh, vergüenza nuestra!–, tendríamos que recurrir a los animales...

Pero yo creo que los animales adoran a los hombres porque ellos representan un dios para su esfera. La planta es un dios para la piedra, y el animal lo es, en cierta forma, para la planta. Entonces, el hombre es el dios de los animales, es el ser perfecto que, con el correr de los siglos, ellos podrán llegar a equiparar.

El animal doméstico ama a sus dioses, y cuando encuentra “su dios”, su amo, aun la palabra amor queda pequeña. Es un amor sin condiciones, sin exigencias, sin rencores. Es simplemente amor...

¿Habéis visto cómo estos animales buscan siempre la compañía de sus amos? ¿Habéis visto cómo los defienden, cómo los siguen más allá de la muerte? ¿Habéis visto cómo adoran sus ropas, su perfume, su voz, sus cosas todas? ¿Cómo adoptan el estado de atención nada más que ante una palabra del amo?

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

A pesar de que Maya juega con nosotros y con nuestros sentidos, a pesar de que nuestra inteligencia todavía se está estructurando, tenemos aquí una buena ocasión para obtener la más válida de las enseñanzas.

Todavía nos falta mucho para ser “hombres domésticos”, hombres evolucionados. Nosotros no reconocemos tan fácilmente a nuestros dioses como lo hacen los animales. Y aunque estos dioses se nos mostrasen, ni los amamos ni los obedecemos; las leyes divinas son meras abstracciones y la palabra sagrada es un convencionalismo en la mayoría de los casos. Desconocemos la verdadera devoción y la verdadera fidelidad. Y si tuviésemos que elegir entre vivir entre los hombres o seguir a nuestros dioses a la muerte... el egoísmo humano, las “ventajas de la mente” nos harían optar por la senda equivocada.

En medio de la ilusión que nos envuelve, acabamos de vislumbrar un atisbo de verdad: si los animales son puros y sanos en sus instintos, en sus emociones y en su básica inteligencia, ¿por qué no mirar su puro amor a Dios? ¿Por qué no guiarnos por este instinto suyo que –infaliblemente– busca lo superior? Pudiera ser que así, la mente llegase, por fin, a servirnos de algo...



El hombre es, tal vez, la criatura más atrapada por los juegos de Maya.

Esto sucede porque hay en él, respetando la escala evolutiva, algo de piedra, algo de planta, algo de animal y algo que le define como hombre. De las piedras tenemos el cuerpo cuya constitución material no difiere en nada de la de las rocas y la tierra. De las plantas tenemos la posibilidad de vida y crecimiento. Con los animales compartimos el mundo sensible. Y el raciocinio aparece como propiamente humano, aunque sin la perfección del cuerpo, la vitalidad o las emociones; la mente está a medio camino de crecimiento; la mente es joven, débil en muchos aspectos, y se deja engañar fácilmente, cayendo sin más en las redes de la ilusión.

Así, el hombre tiene las ventajas y los problemas de los tres mundos que le anteceden en la escala de la vida. Entre los problemas, está el de sumar tres veces, más la suya propia, la posibilidad de caer en el juego de Maya. El hombre cae como las piedras, como las plantas, como los animales y como hombre propiamente dicho.

Pero esta participación con los reinos vitales conocidos no es la única causa que torna al hombre juguete de la ilusión. Un elemento decisivo en esta cuestión es la precariedad de la condición humana.

Imaginemos a un hombre que trata de escalar una montaña, y se encuentra a mitad del camino a punto de perder el equilibrio; le es igual subir que bajar porque la distancia recorrida y la que falta por recorrer son iguales. Pero sus pies tiemblan sin encontrar apoyo, y sus manos se desgarran sin lograr fijarse sólidamente. El hombre está atrapado entre unos pies que ya no le sostienen y unas manos que no le pueden ayudar en mucho a subir. El hombre está crucificado en el espacio: con los pies en una tierra y los brazos en un cielo que no son suficientes para eliminar el falso equilibrio del espacio intermedio.

Sin embargo, lo más fácil, en el ejemplo de nuestro hombre atrapado, es caer que subir...

El tramo de camino recorrido es comparable a la evolución cumplida por el hombre, a todas sus experiencias acumuladas en cuanto a piedra, planta, animal y aun hombre mismo. El tramo a recorrer es lo que resta de evolución. Si al camino recorrido lo identificamos con la experiencia material, y al camino a recorrer lo hacemos con la experiencia espiritual, veremos claramente por qué es más fácil caer que subir... La fuerza de gravedad de la materia es mayor, para este hombre intermedio, que la fuerza de atracción del espíritu.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Desde su punto medio –que no de equilibrio–, el hombre se siente más empantado con su condición material de roca, árbol o bestia que con su futuro divino de ente espiritualizado. Aunque anhela la evolución, es mucho el trabajo que le supone conseguirla. Aunque quiere ser mejor, teme dejar a un lado todo lo que ha representado su vida hasta el momento. Quiere, en su ceguera provocada por Maya, ser dios sin dejar de ser hombre.

Es como si la piedra quisiese ser planta, pero sin liberarse de la pesadez inmóvil de su cuerpo. O como si el árbol quisiese ser animal, pero sin desprenderse de sus raíces en la tierra.

Resolver su situación de precario equilibrio, ha de significar por fuerza un sacrificio para el hombre. Para subir lo que queda de montaña y poder utilizar las manos con libertad, habrá que deshacerse de todos los elementos superfluos; todo sobra a la hora de subir. Lo que fue báculo en una parte del camino, se convierte en pesada carga en la siguiente. Para ser hombre, no puede comportarse ni como piedra, ni como planta, ni como animal; esas son cosas del pasado que pueden utilizarse en el presente, pero que no pueden dominarnos en el presente... Para ser un superhombre, hay que dejar de ser hombre; para cumplir con el grito ancestral del alma, con ese llamado que viene desde lejos y nos obliga a dar un paso más, hay que abandonar el falso equilibrio de la cruz en el espacio. En una palabra: hay que decidirse, hay que optar, hay que elegir.

Por eso Maya juega con los hombres, con los eternos indecisos, y para mejor jugar, aumenta más y más la sensación de inestabilidad, en la cual todos los hilos de esta red de fantástica ilusión semejan tablas de salvación... tan resistentes como los hilos de araña que son en realidad.

Por eso Maya juega con nuestros sentidos y con nuestra joven mente, haciéndonos ver lo que no existe.

Los sentidos nos engañan, no porque ellos funcionen mal, sino porque concedemos a sus apreciaciones más valor que las que ellas tienen. El tacto, el oído, la vista, el gusto y el olfato son útiles para medir determinados elementos de nuestro mundo circundante y para transmitirlos a nuestra conciencia. Pero si a la simple transmisión de las mediciones de los sentidos, nosotros agregamos la pasión de los sentimientos, el gusto o el disgusto; el exceso de raciocinio sobre lo que es valioso y lo que no lo es; entonces los sentidos se distorsionan y la imagen que llega a nuestra mente carece de realidad. Es una ilusión más, en la formación de la cual, Maya ha colaborado activamente. Ya no vemos un color: vemos algo que nos place o nos desagrada; ya no oímos un sonido, sino que calculamos longitud de ondas...

¿Quién ha interferido en gran parte la función de los sentidos? Las emociones y la mente. O más simplemente: la mente que manejamos los humanos en la actualidad que, lejos de ser pura, está teñida de emoción egoísta. Con gran criterio decían los viejos sabios que “la mente es el rey de los sentidos”. Ella, en su “superioridad” humana, pre-

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

tende gobernar todo lo que tiene a su alcance en la esfera vital. Pero esta mente es la del equilibrio precario, la que todavía no olvidó del todo su etapa animal –por eso está llena de pasiones–, y la que a duras penas vislumbra su futuro superior. Ella gobierna egoístamente: aparenta tener un amo que es nuestro yo, y nos adula con su egoísmo, pero en verdad, sirve pura y exclusivamente a Maya.

Es larga la lista de las trampas en las que pueden caer los humanos. Y las trampas se hacen más peligrosas por cuanto los sentidos y la mente hacen confusa la visión.

Nuestro cuerpo ya no es entonces tan simple como la roca. Tiene exigencias que superan su tamaño y su posibilidad de acción; pero la pasión pone vida en esos cuerpos que, agotados por el esfuerzo, perecen antes de tiempo y mal. No se come, se duerme, se bebe o se ama “a lo bestia”, sino mucho peor.

La vitalidad natural de nuestros cuerpos es exacerbada y, lejos de ser felices como las plantas, corremos, nos ahogamos en el humo, transpiramos y giramos sin mayor sentido de un lado a otro, despreciando una salud que solo lloraremos una vez que la hayamos perdido.

En cuanto a las emociones, ellas nos dominan a tal punto que provocan una verdadera niebla. Cuando crecen y se multiplican, cuando se tornan obsesivas y se convierten en pasiones, resulta imposible practicar la condición de hombre: resulta imposible pensar, razonar, analizar, pesar y decidir. La pasión lo pide todo... y lo destruye todo también valiéndose de nuestras propias fuerzas vueltas del revés.

Y la mente cree que piensa, pero la inercia del mundo material, que la tiene atrapada, la vuelve pesada y abúlica. La mente se deja pensar. Se deja ganar por opiniones, ideas prefabricadas, por modas, hasta anquilosarse por completo. Es entonces como un viejo reloj oxidado cuyas manecillas ya no pueden moverse, aunque siempre habrá un incauto que, guiado por la apariencia exterior, asegura que se trata de un reloj. Pero ¿para qué nos sirve un reloj que no marca la hora? ¿Y para qué sirve una mente que ha perdido la ingenua capacidad de observar, comparar, conocer, discernir?

En el fondo de este hombre atrapado por la ilusión, gime sordamente una débil criatura, más joven aún que la joven mente engreída y orgullosa de su poder. Es la chispa de espíritu, que hace esfuerzos para ser oída... Es el ancestro que exige la realización del destino... Es la realidad, que intenta quitar el velo de Maya de los ojos enceguedidos... Es la débil chispa de espíritu que, sin embargo, mientras esté encendida, tiene potencias ocultas para crecer y volverse más poderosa que todos los falsos poderosos. Es el débil sonido que se convertirá en rugido de tormenta. “Es el hilo de agua que presagia el torrente...”. Es el Hombre.

Nada le resulta más natural al hombre que la Naturaleza. Pero no natural en el sentido filosófico de la cuestión, como respondiendo todo a un plan ordenado de la evolución y de la ley divina. Natural en el sentido humano, es decir, que todo está al servicio del hombre. Todo existe simplemente para beneficiarle, o para que él extraiga beneficio de las cosas.

Todos los reinos inferiores al humano que conviven con nosotros dentro del marco de la misma Naturaleza están a disposición. Las piedras pueden utilizarse sin más; las plantas son buenas para comerse o para fabricar cosas con ellas; los animales se comen –naturalmente– o se aprovechan para múltiples trabajos. La tierra está para que germinen las semillas que echamos en ella, o para proporcionarnos sus tesoros ocultos con la mayor rapidez y facilidad posibles. Y aun he oído decir que las estrellas, en el cielo, son luminarias que Dios puso para guiar al hombre en su camino nocturno; si esto último es poesía, nada más bello. Pero si es utilitarismo –cosa que mucho me temo–, nos encontramos ante el hecho de que las estrellas no tienen más remedio que brillar y alumbrar, porque los hombres –EL HOMBRE, el ser más “perfecto” de la creación– no alcanza a ver bien durante la noche...

Bajo este color de cristal, es como caemos atrapados en el juego de Maya, y como, lejos de aprender del libro abierto que significa la Naturaleza, estropeamos sus hojas interiores y sus cubiertas sin la más mínima piedad y sin ningún beneficio –ahora sí– efectivo.

La Naturaleza es el natural escenario donde podemos realizar las experiencias propias de nuestro momento actual. No solo nosotros, los humanos, sino que también viven, experimentan y se expresan dentro de este mundo las piedras, las plantas, los animales, los astros... El hombre es apenas un escalón más entre los muchos que configuran la gran escala de la evolución. ¿Y quién sabe si no habrá otros seres que están en la Naturaleza, superiores al hombre, y que nuestra vista no alcanza a distinguir? Diremos que si tantas cosas podemos ver, por qué no habríamos de poder ver justamente lo que es superior a nosotros.

Pero la materia adopta múltiples –casi infinitas– formas de plasmación. Algunas son concretas y visibles, otras lo son menos y pasan desapercibidas a nuestros ojos. Cuando la luz del sol inunda el cielo y nos enceguece, ¿diríamos acaso que las estrellas no existen? Y cuando la noche cubre con plácida oscuridad nuestro contorno, y entonces sí brillan las estrellas, ¿diríamos que no existen los colores? Hay momentos en que unas cosas se ven y otras no. Hay momentos en que unas cosas se manifiestan y otras no. Pero todas viven. Depende del momento, sí, y de nuestra capacidad de observación, de comprensión y aun de evolución.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

No basta con ver para comprender. La falta de entendimiento y de sabiduría reduce enormemente la visión. Para quien la vida es cuestión de material subsistencia, la Naturaleza es un elemento mudo. Para quien el despertar interior ha comenzado a manifestarse, la Naturaleza es –como decíamos antes y como tantos dijeron– un libro abierto que presenta inconmensurable dosis de conocimientos. Una hoja de árbol, vista con indiferencia, nada dice; pero mucho enseña si se la mira detenidamente: aparecen entonces mil y un detalles inteligentes que nos indican claramente el estilo de vida de esa hoja. El color, la forma, el tamaño, las nervaduras, su forma de recibir el aire y el sol, todos son aspectos vitales e indicadores de la inteligencia que rige esa vitalidad.

Así, es probable que los humanos ciegos por Maya no veamos formas superiores de vida a la nuestra propia, nada más que porque miramos la Naturaleza con la indiferencia del ignorante. Basta con sacudirse un poco la modorra para comprender.

Tal como en la piedra alienta el futuro movimiento del árbol; tal como en las plantas alienta la futura sensibilidad del animal; tal como en el animal alienta la futura inteligencia del hombre, así en el hombre alienta la futura espiritual sabiduría del superhombre. Basta con sacudirse un poco la modorra para que el futuro vibre dentro de nosotros. Basta con abrir apenas los ojos para advertir que el hombre, cargado de tantas y tantas imperfecciones, no puede ser el último y más acabado modelo de la Naturaleza. Basta con querer para comprender que, si en nuestro interior podemos advertir atisbos del futuro, ese futuro puede existir ya plasmado en alguna parte, en alguna dimensión, en alguna clave de nuestra misma Naturaleza que, de momento, se nos escapa.

Cielo y tierra son los escenarios de la Naturaleza. En el medio, las infinitas formas de vida que se expresan. Del cielo, extraen la fuerza cósmica del misterio sideral, el misterio del futuro. En la tierra, hunden sus raíces en el otro misterio pretérito de la conformación de la materia. Todas las formas de vida tenemos –al decir de Platón– un poco de lo uno y de lo otro, un poco de materia y un poco de espíritu, y llevamos auestas el drama que representa lograr el justo equilibrio entre una y otra parte.

Todas las formas de vida –incluidos nosotros, los hombres– tenemos una madre y un padre. La madre es la tierra horizontal, generosa y dadora de alimento, capaz de cobijarnos y de sacrificarse calladamente con tal de satisfacer nuestras necesidades. El padre es el cielo vertical, el que nos llama hacia arriba, obligándonos a levantar los ojos, el que no nos abriga, sino que nos exige sacrificio, el que no da facilidades, sino que promete saludables dificultades. “Por lo áspero hacia los astros...”.

Todo en la Naturaleza vibra y canta. Nada está quieto. Todo se dirige hacia alguna parte, todo cumple con su propio destino.

Por eso Pitágoras nos hablaba de “la música de las esferas”, del movimiento de los astros y de la sinfonía que ellos condicionaban con el giro de sus cuerpos celestes.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

También nuestra Naturaleza terrestre vibra y canta. También en ella hay sonidos especiales que configuran el ritmo de su propio movimiento. ¿Habéis quedado alguna vez en silencio absoluto, oyendo tan solo el murmullo de la Naturaleza? No de la Naturaleza ideada por los humanos, no el ruido de las grandes ciudades, no el de las máquinas. ¿Habéis oído el sonido natural del viento, del follaje de los árboles, de las olas del mar, de los miles de animalitos que pululan alrededor nuestro casi sin que nos demos cuenta?

Dicen los que saben que nuestra Naturaleza, nuestra Tierra, canta el sonido que llamamos FA... Nuestra escala musical se basa en siete sonidos: do, re, mi, fa, sol, la y si. Siete sonidos que concuerdan con siete colores. El nuestro, el de nuestra Naturaleza, el que alcanzamos a percibir, es el sonido intermedio, el mismo del hombre crucificado en el espacio, con tres sonidos por debajo y tres hacia arriba, con una parte de camino recorrido y otra parte por recorrer. La mezcla de lo uno y de lo otro. Esa es la Naturaleza. Basta con sacudirse un poco la modorra para oírla cantar. Ella está viva; es nuestra fuente de vida material; en ella se protege Maya, jugando con ella y con nosotros. Nada más natural.



Cuando los científicos intentan explicar el porqué de estas variaciones climáticas que periódicamente se producen en nuestro planeta, hacen referencia a la inclinación del eje de la Tierra con respecto al plano que describe al girar alrededor del Sol. Esto, sumado al hecho de momentos de mayor o menor acercamiento al Sol, hace que existan diversos cambios a lo largo de un año, que nosotros agrupamos en cuatro y que, tradicionalmente, denominamos estaciones.

Sin embargo, cuando se juega con Maya, no basta con ver un fenómeno; Maya nunca hace las cosas porque sí. Lo interesante es saber qué se propuso Maya el día que varió la inclinación del eje de la Tierra.

Dicen viejas tradiciones que encontramos en todas las altas civilizaciones, que hubo épocas pretéritas en que el eje terrestre no estaba inclinado, sino que se encontraba perfectamente vertical. Entonces había una franja central sobre la tierra que, por sus condiciones climáticas, bien podría haber sido aquello que solemos describir como paraíso: una eterna primavera, una constante y agradable temperatura, días iguales a las noches, y una enorme facilidad para sembrar y cosechar casi sin esfuerzo alguno.

Probablemente en aquel entonces, también los hombres fuesen diferentes de lo que son ahora. Las mismas tradiciones nos cuentan de un hombre ingenuo, simple, ni muy inteligente ni muy racional, carente de grandes experiencias y de la astucia que es consecuencia de esas experiencias. A este hombre sólo le importaba sobrevivir, y sólo se inclinaba reverentemente ante la inmensidad de la Naturaleza, que le dejaba intuir a Dios.

Pero cambiaron las cosas.

Un buen día, tras la consiguiente catástrofe —que también registran las viejas tradiciones—, todo varió sobre la faz del planeta, y los polos señalaron un nuevo rumbo. Había acabado el paraíso terrenal. Comenzaba la época del sufrimiento, del trabajo, de la lenta y dolorosa adquisición de conciencia por parte de los hombres.

Así nacieron las estaciones, con sus cíclicas renovaciones. Así se conoció el frío y el calor, la luz y la oscuridad, la lluvia y la sequedad, los vientos y la calma... Así fue como el hombre tuvo que luchar duramente para hacer rendir esta nueva tierra, y tuvo que observar pacientemente la Naturaleza para aprender cuál era el momento propicio para emprender su trabajo y recoger los frutos. Así fue como hubo de buscarse abrigo y lugar donde vivir, porque hubo noches largas y heladas, y días de un sol abrasador. Así comenzaron las larguísimas emigraciones, corriendo tras el sueño de un sitio mejor donde asentarse...

La Tierra, esa madre magna que tan bien sustenta tan diversas formas de vida, brindó una vez más su propio cambio y sacrificio para ofrecer una nueva lección.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El hombre que vino después del cambio ya no fue inocentemente ignorante como el de antes. En este hombre había despertado una chispa de conciencia, y para que esa chispa se desarrollase sanamente, debía superar con eficiencia una larga serie de pruebas.

El trabajo, el valorar la propia existencia, el sentir la utilidad de los días de la vida, constituyeron una de las pruebas.

Y tal vez la más importante fue la de experimentar en sí mismo y en toda la Naturaleza circundante, el ritmo del tiempo evolucionando en la ronda de los ciclos.

Si tuviésemos que aplicar una característica al devenir de las estaciones para definir las mejor, hablaríamos de un ciclo que se repite anualmente. A nadie llama la atención el que las estaciones se sucedan según un ritmo establecido, y siempre con el mismo orden: primavera, verano, otoño, invierno. Por el contrario, llamaría la atención si esto no sucediera así.

La primavera es el nacimiento de la vida sobre la tierra. Es el momento en que todo florece y se abre a los benéficos rayos del sol. Es el despertar, el tibio aliento que comienza a manifestarse.

El verano es la plenitud de la vida. Lo que se había insinuado en la primavera es ahora una total realidad. Es el momento del fruto maduro.

En el otoño, la vida comienza a declinar suavemente; las hojas pierden su brillo y ya no pueden mantenerse fijas a las ramas; las flores y los frutos dejan de existir. El dorado reemplaza al verde.

Y el invierno es la muerte de la Naturaleza. Ahora todo duerme y reposa, aunque la vida continúa latente en la profundidad de las raíces. Es el momento del descanso, pero no de un descanso definitivo. Una nueva primavera asomará tras el invierno, y lo que dormía, abrirá sus ojos otra vez a la vida.

Pero estos ciclos que tan fácilmente aceptamos en la Naturaleza, resultan enormemente difíciles de aplicar a los hombres. El juego de Maya pretende hacer sentir a los humanos como una creación especial dentro del conjunto, como algo que no tiene por qué obedecer a las mismas leyes que rigen a la totalidad. Y estos hombres especiales, desobedientes, quedan conciencialmente fuera del sistema. Viven las estaciones externamente, pero no pueden sentir las en sí mismos. No han llegado a concebir que nuestras propias vidas están sujetas a un ciclo muy semejante al de las estaciones.

También el hombre nace, se desarrolla, alcanza su plenitud, decae y muere. Pero su ceguera le impide reconocer que su muerte no es definitiva, como no lo es ninguna forma de descanso en la Naturaleza. No advierte que él también renacerá con la misma sencillez con que lo hacen los árboles, una vez que llegue el momento. No puede

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

pretender renacer con el mismo cuerpo, ni el árbol exige las mismas hojas del pasado verano. Nuevas hojas, nuevos cuerpos: las mismas raíces, la misma alma.

Los ciclos de tiempo giran circularmente, sumando experiencias que aproximan el giro al centro del círculo. Giran incansablemente las estaciones; y el hombre gira inconscientemente, siguiendo con dolor el juego de Maya de su propia muerte, hasta que alcance la conciencia de su inmortalidad.



Son otra forma de ciclo, aunque repetido en el breve tiempo que los humanos computamos como 24 horas. Este ciclo produce mucho menos temor que el otro más grande de las estaciones. Este se advierte con más asiduidad, y aunque nuestra memoria es débil, puede recordar de un día a otro, de una noche a otra. Esa posibilidad de recuerdo quita el temor.

El día y la noche se asocian con la actividad y el descanso de los seres vivos. Aunque todos los seres estamos sujetos al cansancio y debemos combinar el trabajo con el reposo, es bueno que la Naturaleza nos lo recuerde al asumir ella misma formas exteriores que nos inducen a una u otra cosa.

El día comienza cuando aparece el Sol, y esta es una invitación a las más variadas labores. La piedra se expande; la planta comienza el proceso de su fotosíntesis; los animales emiten sus sonidos peculiares y salen en busca del sustento diario. Y los hombres... hacemos lo que podemos, aunque lo fundamental es la sensación de que debemos hacer algo mientras brilla el Sol.

La noche comienza cuando el Sol se oculta. Entonces se contrae la piedra, las hojas se repliegan, callan los animales y buscan refugio en sus guaridas o nidos; y los hombres también se sienten ganados por la necesidad del descanso y el sueño.

Este es otro de los juegos de Maya; se trata de una piadosa ilusión, puesto que nuestro día y nuestra noche no son valores absolutos; mientras yo tengo luz, hay rincones de la Tierra que están a oscuras; y cuando para mí sea de noche, brillará el sol en otros puntos. Pero esta ilusión ayuda a mantener el ritmo vital.

El hombre es tan desordenado que, sin la pauta del día y la noche, caería en alguno de los dos extremos: o la abulia absoluta, o la actividad desenfrenada. En los hombres enceguecidos por Maya, la ley de la pasión vence a la ley de la actividad: así es como la pasión induce a la acción excesiva o a la inacción, sin tomar en cuenta para nada el equilibrio del justo medio.

Con todo, así como la Naturaleza no siempre llega a impactar la mente de los hombres haciéndoles comprender el misterioso ritmo de las estaciones, tampoco tiene un éxito absoluto cuando trata de imprimirle el ritmo de acción y descanso.

En los hombres dominados por la pasión de la abulia, la vida es una perpetua "noche", donde no es que haya inactividad absoluta, porque ello es imposible, sino que falta la buena actividad, la que crea y produce. En cambio, la falta de ocupaciones útiles da pie al desarrollo exacerbado de los instintos y las bajas emociones, usando todas las

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

horas del día en imaginar nuevos goces y placeres psíquicos... siempre y cuando no le produzcan demasiado esfuerzo.

Esta “noche” psicológica es muy parecida a la muerte; la conciencia sigue tan dormida como si jamás hubiésemos aparecido a la vida. Y a Maya no le interesa que los hombres muramos demasiado pronto; alguna de sus agujas llegará para herir al abúlico y removerle de su letargo.

En los hombres dominados por la pasión de la actividad incesante, el orgullo es aliado de la acción, y pareciera de cobardes o de tontos el parar un solo instante en la loca carrera de la vida, aunque no siempre se sepa exactamente qué se hace, ni para qué o por qué se hace. Esta actividad sin descanso, la del perpetuo “día”, termina por destruir las fuerzas físicas, psicológicas y mentales del individuo, es decir, otra forma de llevarlo a la muerte. Y a Maya no le interesa que los hombres muramos demasiado pronto...

El ciclo día-noche se convierte así en una energía indicadora para ponernos en movimiento y para cesar el movimiento, en un todo acorde al plan general de nuestro ambiente circundante.

La fuerza del ejemplo es gran maestra; Maya aprovecha esta fuerza. Lo que hace la Naturaleza, todos hacemos, o por lo menos, sentimos una gran necesidad de hacerlo, y un gran desasosiego cuando no lo hacemos.

Según las distintas condiciones humanas, algunos aprecian más el día y otros más la noche.

Los que aman el día y la luz del Sol defienden el brillo vivificador que da color y calor a las cosas. Bendicen la posibilidad de ver, de admirar, de gozar del paisaje, del sonido, de la claridad de las formas.

Los que aman la noche y la luz de la Luna agradecen ese manto de piadosa oscuridad que torna bellas todas las cosas, y ese fulgor platinado y tenue que crea sombras misteriosas y vagos murmullos al compás de nuestros pasos. Si bien es cierto que ya no brilla el Sol, se ven, en cambio, las estrellas, que permanecerían ocultas durante el día.

El día y el Sol son la exaltación de la vida manifiesta, la adoración del misterio de la creación, expresado en su máxima belleza. La noche y las estrellas son la representación del otro misterio cósmico e infinito, reflejado en un cielo cuajado de lejanos mundos que nos hacen sentir pequeños ante la inmensidad. Durante el día, vemos mejor a la Tierra y a nosotros mismos, y ello es necesario. Durante la noche, las sombras nos impiden la visión cercana, y nos lanzamos mejor al espacio sideral; y ello también es necesario.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Por eso Maya juego con los ciclos. Por eso es tan difícil elegir. Por eso es tan difícil ser juez y parte cuando se trata de estar inmersos en esta rueda que gira invitando sucesivamente a dormir y a despertar según la posición relativa de sus rayos.

Si descorremos los velos y aprendemos a ver este pequeño ciclo del sueño y la vigilia, podremos saltar a la gran dimensión del otro ciclo de la vida y la muerte.



La Tierra es un ser vivo, aunque los juegos de Maya hagan que, para los hombres, esta no sea más que el receptáculo o habitación en donde transcurre nuestra existencia. De este modo, la Tierra no asume más importancia de la que pueda tener un conjunto de ladrillos bien unidos, y hasta no faltan hombres, ennegrecidos del todo por la ilusión, que no imaginan cómo es que los humanos no fueron los constructores de algo tan “sencillo” como la Tierra.

Sin embargo, la Tierra vive y, entre sus muchos misterios, encierra el de darnos cobijo sobre su superficie, soportando –pues no cabe otra expresión– el uso y abuso que hacemos de ella y de sus propiedades. Así como nuestro humano cuerpo lleva consigo millares de infinitesimales vidas de las que ni siquiera tenemos conciencia, también la Tierra nos lleva sobre sí, y el hecho de que los que son portados estén vivos, no quita que el portador también lo esté.

Como todos los seres vivos, la Tierra tiene un alma y un cuerpo. De su alma poco podemos decir, ya que si apenas conocemos la nuestra, difícilmente podamos saber algo de otras. A juzgar por lo que Platón enseñaba, algo podemos deducir del alma de la Tierra, desde el momento en que ella se manifiesta en un cuerpo casi esférico. Decía Platón que la esfera era el más perfecto de los cuerpos geométricos, y que las formas vivas tendían hacia la esfera a medida que se iban perfeccionando.

Del cuerpo de la Tierra, en cambio, sí podemos hablar, pues entre los velos de Maya son muchas las cosas que se dejan entrever.

Su gran cuerpo –comparado con el nuestro– goza en su dimensión de las mismas características que los humanos: nace, crece y muere. En el ínterin, mientras vive, puede padecer enfermedades, cambiar de posición, sentirse bien de salud, dormir o estar despierto. Así se comprenden mejor muchos fenómenos que, explicados tan solo bajo la lente científica, resultan fríos e ininteligibles.

Así cabe la posibilidad de dar una salida lógica a las muchas tradiciones que imperan sobre grandes diluvios, pavorosas glaciaciones, fenomenales deshielos... Supongamos que la Tierra se enferma, y para remediar sus fiebres, se cubre de hielo para refrescarse; duerme y descansa bajo la fría capa que ella misma puede producir por el poder de su voluntad, hasta tanto el mal se subsane. Entonces, comienzan los deshielos, devienen los diluvios... Los seres humanos, ajenos al proceso del planeta, solo viven los dramas de estos grandes cataclismos, y los registran a través de mitos perdurables que encierran profundos significados.

Supongamos que, como todo ser vivo, la Tierra tenga por momentos necesidad de cambiar de posición. Aunque el movimiento de estos grandes cuerpos esté más

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

disciplinado que en los hombres, por mínimo que resulte ese movimiento sería ampliamente notorio para los otros seres vivos que se apoyan sobre ellos. Y así se explican aquellas otras tradiciones que nos recuerdan el cambio que sufrió el eje de la Tierra, no en una, sino en varias oportunidades, al pasar de una posición vertical a otra más inclinada, como la que vemos en la época actual.

Supongamos que la Tierra tiene edad; que, cuando joven, su temperatura era suave y cálida; pero que a medida que envejece se va enfriando lentamente, como si la vida se retirara de ella. Y esto nos haría entender algo de los cambios de temperatura que comienzan a registrar los científicos, o las pequeñas microglaciaciones que se suceden, como si la Tierra se echase a dormir una siesta de vez en cuando, mermando con esto su calor vital.

En la Tierra hay vida porque la vida germina en ella. La Tierra es buena para los hombres, para los animales, para las plantas. Genera en sus senos profundos las más variadas y prodigiosas piedras preciosas, y produce en su escondido interior cambios geológicos desconcertantes, que se traducen en carbones o en diamantes, en restos mortales de viejos seres o en petróleo. ¿Quién ha podido explicar el prodigio de los componentes de la Tierra, perfectamente adecuados y transformados hasta constituir el cuerpo físico de los animales y los hombres? Si creemos que nuestro cuerpo está vivo, no podemos por menos de aceptar la vida de la Tierra, ya que no hay nada en nuestros cuerpos que no venga de ella. ¿Podrá algo inerte formar algo vivo?

A veces, el velo de Maya hace dificultosa la visión, y no es sencillo advertir las semejanzas entre la vida de la Tierra y la de los hombres. Sin embargo “así es arriba como es abajo”, tal cual reza el viejo aforismo hermético.

También la Tierra tiene un sistema de irrigación y de respiración. Para nosotros siguen siendo un misterio sus mares, el sentido de sus ríos, las corrientes de aire que circulan por el interior del planeta configurando gases que, en oportunidades, emergen por la boca de los volcanes... Para nosotros sigue siendo un misterio la psiquis incansable del planeta, que jamás conoce el desmayo y sigue cumpliendo inexorablemente con sus funciones. Ah, si pudiésemos nosotros lograr esa continuidad, ese sentido profundo del deber, sin cansarnos jamás, sin el agobio de un entusiasmo que se agota... Para nosotros sigue siendo un misterio la inteligencia de la Tierra que, en más de una oportunidad, ha desbaratado las leyes de los científicos, modificando ritmos, acelerando o retrasando procesos, y aun cambiando la vuelta a su órbita con tal de no “tropezar” con un cometa...

De todos sus misterios, la Tierra nos ofrece el mínimo conocimiento de su superficie. Poco o nada sabemos de lo que existe en su interior; podemos soñar, podemos “viajar al centro de la Tierra”, pero en verdad, Maya hace que solo conozcamos el suelo en el que nos asentamos.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Siempre se ha considerado al planeta, no por su conjunto, sino por la parte del conjunto que nosotros utilizamos. La mayor parte del planeta está constituido por agua; la tierra firme es una parte menor, pero es la que nos interesa, porque en ella nos apoyamos; por los mares circulamos, pero en la tierra firme es donde vivimos.

Apoyo, asentamiento, base segura: ese es el símbolo de la Tierra por lo que de tierra tiene. Ese es el símbolo de la materia que nos soporta. Cuando los viejos alquimistas comparaban la tierra con la materia, no lo hacían en el sentido peyorativo de aquello que es burdo y sensible. La materia es el tejido de sostén, lo que puede aguantar y aun portar otros principios más sutiles. Así, la tierra nos sostiene, y nosotros sabemos que en ella podemos sentirnos firmes. Es materia, es nuestra materia, la que nos forma, nos conforma y nos soporta. Es piel y esqueleto. Es base de asiento y base de misterios; en ella podemos hundir las manos –nuestras manos de tierra– y en ella hunden sus raíces los árboles. De ella surgen extraños metales y brillantes piedras, y en recónditas cuevas se esconden las aguas y los vientos de viejos trabajos que los geniecillos labraron en su momento.

La Tierra es bella. Hay en ella un principio de armonía que caracteriza por igual a todos los seres vivos, tengan el tamaño que tengan. Hay en ella un equilibrio que nos habla de la mano de Dios, o de los “dígitos de Dios”, como decían los griegos clásicos. Sus colores se mezclan prodigiosamente dando lugar a una sinfonía de matices, como desafío a la imaginación del más ferviente de los artistas. Hay en ella un delirio de formas que supera toda capacidad humana de creación. Las rocas adquieren contornos extraños... Las gemas se organizan según esquemas geométricos... Y, a veces, alguna gruta se abre ante la curiosidad del hombre, demostrando que aun en el interior de su cuerpo, los dedos de Dios pusieron belleza en la Tierra.

Y Maya vistió con hilos de ilusión esta esfera que gira rítmicamente en el espacio, atrapándonos juntos –a la Tierra y a nosotros– en este gran juego de la Vida.



Ella es un elemento tan fundamental en nuestro planeta, tanto como la parte sólida que denominamos tierra. Es más: hay mayor proporción de materia líquida que de sólida en la Tierra, y no hay parte sólida que, en cierta manera, no esté embebida, traspasada –o necesite estarlo– de líquido.

El prototipo de lo acuoso es, para nosotros, el mar. El mar es como la sangre del planeta, vital, salado, pleno de energía en sí y dador de fuerza a la vez. En el mar se resumen todas las formas del agua: la salada que lo compone, la dulce de los ríos que van a desembocar en él y las lluvias verticales que nacen por el ascenso del vapor y el descenso de las gotas líquidas...

Por eso los antiguos hablaron del mar como de la sangre, y ellos supieron que sus muchas sales no eran motivo para hacer de él un ser inerte, pesado y casi denso en el fondo de su lecho. Ellos supieron de esta sangre viva que, dentro de ella, llevaba corrientes diversas, frías y cálidas, en uno y en otro sentido, como para que esa enorme masa líquida no estuviese jamás en reposo, distribuyendo siempre su rico caudal energético. Tal como la sangre circula por el cuerpo, valiéndose de canales, y dependiendo en mucho de las corrientes de temperatura...

En esta enorme fuente de vida acuática que es el mar, desembocan las venas de los ríos. Ellos recogen su material a lo largo de la tierra, entre lagos y montañas, entre bosques y desiertos, y siempre, siempre, llevan su corriente al mar.

¿Cuál es el extraordinario juego de Maya que hace que los ríos siempre terminen su carrera en el mar? ¿Cuál es la fuerza, la inteligencia que los anima, para no perder jamás su rumbo? Aquí, Maya ha esmerado su acción, y no hay hilo de agua, en ningún rincón del planeta, que no se ingenie para llegar a una fuente mayor que, a su vez, desembocará en otra y en otra, hasta dar finalmente en el infinito mar.

Es que las aguas buscan las aguas, por afinidad; hasta aquí el juego de Maya. Pero las aguas también tienen su nivel de evolución, y saben que la gota más diminuta tiene igual esencia que la grandiosidad del mayor de los océanos. Así, la pequeña gota busca su dios, su meta de perfección, y anhela llegar a su océano. La dulce gota, que es hija de la Tierra, necesita convertirse por fin en la gota salada, que es hija del cielo; cuando ella es pequeña y separada, vale bien poco; cuando ella se confunde en el mar, lejos de perder su personalidad de pequeña gota, asume, en cambio, la grandiosidad del océano.

Por eso los ríos, las fuentes, los pequeños hilos de agua, van siempre a morir –¿o a vivir?– en el mar...

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Maya se complace jugando con las aguas. Maya –y este es un secreto que ella cuenta muy pocas veces– es también de naturaleza acuática.

Maya juega con los ríos, asemejándolos a brazos cargados de vida. Retoca primorosamente sus orillas, o las deja aisladas y llanas en medio de algún desierto. A veces, las riberas se confunden dulcemente con la tierra; a veces, un barranco señala la diferencia entre uno y otro elemento.

Maya juega con las lluvias. ¿Habéis visto cómo el viento inclina las gotas? ¿Habéis notado que a veces, en cambio, el hilo de lluvia es completamente recto y vertical? ¿Habéis visto cómo cambian las gotas, grandes y llenas en ocasiones, y finas y suaves en otras? Cuando el aire y el viento cambian el aspecto de la lluvia, es que Maya se ha confundido con el aire y con el viento.

Maya juega con el mar. Cuando Maya es viento, ondula la superficie salada, y dibuja en ella curiosas formas de blanca espuma. De la espuma blanca, Maya hizo nacer a Afrodita... Cuando Maya es Luna, atrae las aguas hacia ella, y el mar se levanta buscando ese espejo en el cielo que tanto se le parece. Cuando Maya es cielo, juega con el mar a pintar en él sus mejores colores: el mar es a veces azul, a veces verde, en ciertas tardes es gris, violeta antes de las tormentas, negro durante la noche.

Las aguas son la imagen misma del movimiento. Las nubes no cesan de formarse, ni dejan de caer una vez formadas. Los ríos tienen una meta fija y nadie les arrebatada de esta finalidad. El mar es una masa que nunca está quieta, con o sin olas, pero siempre dirigiendo sus impulsos hacia su contraparte de tierra. El mar aprendió a jugar con Maya, y juega con la tierra a comer sus orillas: las tapa y las destapa, las cubre y las vuelve a dejar solas, sube y baja, viene y va. Este mar y esta tierra son como niños que, aunque diferentes en sus aspectos, participan de la misma esencia, y han aprendido un mismo juego basado en la misma ilusión: ¿cómo puedo hacer para confundirme contigo? Esto le dice el mar a la tierra, y se lo dicen las arenas al mar.

Ciertamente, la tierra sólida alberga infinitas formas de vida. Pero ¿cuántas formas no viven en el mar? Las piedras, los vegetales y los animales han encontrado la fórmula para adaptarse al líquido elemento, y allí desarrollan variados aspectos, bellos y armoniosos como los dedos de Maya, que han puesto en ellos también su color.

Algas y corales, piedras y helechos gigantes, comparten su existencia con una gama de peces tan rica y tan especial, que es como si todas estas formas de vida fuesen obra de un muy definido dígito de la mano de Dios.

El mismo juego de la Naturaleza exterior se da en el mundo interior de las aguas. Hay una cierta crueldad –para el criterio de los hombres–, que no es más que la ley de la

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

vida material para el criterio de la Naturaleza. Todo esto, traducido, configura el refrán tantas veces repetido y tan poco comprendido: “el pez grande se come al pez chico”. La pequeña gota ansía ser del tamaño del mar. El pequeño pececito es alimento del gran pez. El insecto que vuela es atrapado por un pájaro... Todo lo ínfimo gravita hacia lo supremo; todo lo supremo atrae a lo ínfimo, para comerlo, para cuidarlo, para agrandar, para sentarlo en el trono junto a Sí.

El mar, este niño que antes vimos jugar con la tierra, puede, por momentos, adquirir terrorífico aspecto, dejar de ser el infante inocente y convertirse en un monstruo que todo lo traga y destruye. El mar embravecido es la fuerza desatada de la vida, ante la cual nada puede oponerse.

En más de una ocasión, el mar lanzó sus garras sobre la tierra; no solo besó las orillas y coqueteó con las arenas, sino que tragó ciudades enteras, con sus hombres y sus esperanzas, con sus aciertos y sus errores. Y ahora, el mar guarda en su fondo ocultos misterios que los humanos actuales no podemos –y a veces no queremos– recordar. Ruinas de mundos pasados, continentes que ya no son, carreteras por donde ya nadie circula, barcas que nunca volverán a flotar, cuerpos que se han confundido con la sal de mar... Es la vida siempre activa de las aguas, que destruye la vida sujeta a los ciclos de la tierra: la Vida que come a la vida, como el pez grande al pez chico.

Si la tierra sólida es símbolo de base y asiento, el agua –el mar– es símbolo de vitalidad. Es la vida del cuerpo y es también el prototipo de la vida espiritual. Cuando las aguas corren horizontales, sobre la tierra, paralelamente a la tierra, es vida corporal; cuando las aguas caen verticales como la lluvia, es el espíritu que desciende y anima la vacía cáscara corporal. Por eso el mar es Madre y es Padre. Es la gran madre que guarda en sí el germen de toda generación; es el principio de las cosas, y tal vez el fin. Y tiene del padre espiritual la posibilidad de elevarse en sutil vapor para buscar en el cielo la esencia indispensable que necesita la vida para convertirse en Vida.

Corriente energética... ¿Sangre...? ¿Mar...? Vida...



Es más sutil que la tierra y el agua y, por lo mismo, presenta un aspecto mucho más frágil. Es más móvil que la tierra y el agua, porque es más sutil y porque aparenta ser más frágil. Sin embargo, Maya ha vuelto a jugar con nuestros sentidos: el aire es más sutil, es mucho más móvil que las otras formas de materia, pero, lejos de ser más endeble, es, por el contrario, mucho más fuerte y poderoso.

Con nuestros dedos de carne, no podemos atrapar el aire... Pero él puede penetrarnos, penetrar toda la tierra, y aun penetrar el agua, jugando con todos nosotros, envuelto en la magia de su sutil movilidad. Cuanto menos materia, menos resistencia, menos peso; más movimiento y más fuerza.

La tierra está impregnada de aire. El aéreo elemento tiene la propiedad de hacerse sitio a través de las grietas y rendijas más inverosímiles. Cuela por las profundidades del planeta, provoca internos y extraños remolinos que nunca alcanzamos a ver, y llega al corazón del fuego, que duerme en lo más profundo; allí se calienta y se expande, para salir entonces hacia fuera, por otras grietas y hendiduras, pero pletórico de energía irradiada, de energía volcánica, en géiseres que se levantan en medio del mar, de humos o vapores que emergen de pronto ante los asombrados ojos de los hombres.

El aire también juega en la superficie de la Tierra. Se pasea entre las piedras, canta junto a ellas misteriosas canciones, cuyos sonidos no podemos escribir en el pentagrama de papel. Se oculta entre el follaje de las plantas, y aparece de pronto, como un niño travieso, delatando su presencia ante el baile prodigioso de las hojas y de los arbustos, de los pastos y las grandes ramas. Juega con los hombres a enredarles sus vestiduras, a meterse entre sus cabellos y a susurrarles sus mágicas palabras en los oídos. Danza incansable, con pasos rápidos o lentos, como suave brisa o como torbellino incontrolable, agazapado en remolinos vertiginosos. Levanta partículas de polvo, enceguece cuando barre los caminos, prepara la llegada de la lluvia...

El aire y el agua son grandes amigos, y expresan esta relación de las más variadas formas. Hay días en que su encuentro se manifiesta a través del rizo suave de las corrientes de los ríos, o de las tiernas olas marinas que van a terminar su carrera en las costas. Ayuda a correr las aguas: a los ríos los lleva al mar, y al mar lo lleva a sus costas; así participa del constante movimiento que es propio de toda la Naturaleza. Pero hay días en que agua y aire se mezclan apasionadamente: vientos y lluvias, olas y trombas, ríos desbordados, tempestades marinas prodigiosas nos hablan de la fuerza tremenda de esa pasión. Es entonces cuando los elementos demuestran toda su potencia y cuando asustan a los hombres, evidenciando la raíz cósmica que los alimenta. Si el hombre supiese buscar su propia raíz, entendería al agua y al aire de las tormentas, pero como el hombre se acurruca en su caja de carne, es barrido y ahogado por aquellas otras fuerzas que, naturalmente, le superan en lo material.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Para los sabios de viejos mundos, el aire era el símbolo de la fuerza psíquica. Aire era emoción, sentimiento, pasión, la movilidad cambiante de la esfera afectiva. Para comprenderlo, sería suficiente con jugar un poco con el aire y verlo tras los velos del viento.

Las plácidas brisas nos recuerdan el sentimiento calmo y afectuoso que llena de satisfacción a los humanos, tal como la brisa a la Naturaleza terrenal. Los suaves susurros que apenas mueven las arenas, que apenas enrollan la superficie del mar, o que mueven con gracia las verdes hojas de los árboles, son muy parecidos a las suaves palabras de cariño que, de tanto en tanto, los hombres sabemos pronunciar.

Los vientos tempestuosos y furibundos son la misma imagen de las pasiones descontroladas. Ellas rugen y atacan, y las pasiones chirrían y destrozan la capacidad psicológica. Ante las grandes tormentas de viento –que presagian las no menos grandes de agua–, nosotros solemos escondernos para protegernos. Ante los grandes estallidos pasionales, nosotros apenas si tenemos defensa. ¿En qué recinto más seguro nos guareceríamos, si no hemos aprendido a vivir un poco más arriba, un poco más firme?

Si entendemos que una tempestad arrasa con todo lo que encuentra a su paso, ¿por qué no hemos llegado a concebir que los deseos violentos e incontinentes pueden arrasarnos con nuestro propio ser? ¿Por qué tenemos fe en la Naturaleza y esperamos el cese de la tormenta, por aquello de que “no hay mal que dure cien años”? ¿Y por qué, al contrario, no tenemos fe en nosotros mismos, y caemos a la primera embestida de los vientos emocionales?

Grande es la fuerza del aire, que puede con la tierra y con el agua, que puede con nuestro cuerpo y nuestra vitalidad...

Pero hemos insistido muchas veces en que los juegos de Maya no son casuales ni descontrolados. Nuestro conocimiento es el que puede ser casual o incontrolado si no se basa en leyes firmes.

Maya produce las brisas, los vientos y las tempestades, juega con el aire, pero sigue leyes que saben de principios y finales, que saben de un cómo, para qué y por qué de todas las cosas.

Tomemos ejemplo del simple y tantas veces olvidado proceso de nuestra respiración. Cada vez que inspiramos, el aire, con su especial vitalidad, penetra en nuestros cuerpos. La propia inconsciencia con que manejamos nuestra existencia física hace que no interfiramos demasiado en este proceso, y así, todo se cumple rítmica y matemáticamente, según el orden que el aire sigue en sus manifestaciones superiores.

Entra el aire: entra la energía de este elemento vivo. Se distribuye el aire y sigue conductos para él establecidos, conjugándose con el otro ritmo sagrado del corazón pal-

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

pitante, así como los vientos se conjugan con las lluvias y el mar. Reparte el aire su carga preciosa, recoge los desperdicios inservibles de nuestro organismo y vuelve a salir al exterior, caliente, casi ígneo, como humos volcánicos de barro y lava. El aire ha donado su vida y su pureza para que nosotros podamos vivir. Y nosotros seguimos pensando que es por casualidad que tenemos dos orificios abiertos en la nariz...

El aire está vivo. Va y viene llevando su vida a todos los rincones. Penetra la tierra y el mar. Cabe en las piedras, en las plantas, en los animales y en los hombres. Conoce sus leyes y juega a cumplirlas. Canta, goza, ríe y llora: es suave emoción, arrasadora pasión y sublime sentimiento.

El aire sabe de transmutaciones; sabe rugir con furia tempestuosa, y sabe de murmullos placenteros. Y ha aprendido a penetrar, asimismo, en unos tubos de materia que el hombre ha fabricado para apresar su canto.

Por algo decían los antiguos griegos que la construcción de instrumentos musicales era un don venido del cielo, y agradecían a Apolo tan maravilloso presente. Todavía hoy seguimos fabricando instrumentos: basta soplar y mover clavijas para que el aire acuda a nuestra llamada y cante con los sonidos de una flauta, con la calidez de un oboe o la rudeza de un trombón.

Y nosotros, que tan bien podemos dominar el aire en estos tubos con clavijas y agujeros, ¿cuánto tardaremos en aprender el mismo juego y dominar el viento de nuestras pasiones, que corre sin instrumento alguno que las contenga?



De todos los elementos a los que nos hemos referido hasta ahora –tierra, agua, aire–, el fuego es el más sutil, y tal vez corresponda en la Naturaleza a la fuerza más superior y activa que podamos concebir por el momento, si aceptamos con los viejos sabios que ninguno de nuestros actuales esquemas han totalizado el conocimiento del mundo en que vivimos.

¿Por qué el más superior? ¿Por qué el más activo? Si analizamos el tipo de la actividad ígnea, comprenderemos también el porqué de su superioridad con respecto a los otros elementos, aunque para ello tengamos que aguzar la mente y tratar de ahondar en los significados simbólicos que van más allá de las presencias materiales.

La Tierra se mueve en base a transformaciones que, si bien no alteran su esencia, sí modifican sus presentaciones. Cambios químicos, físicos, bullen de continuo en el corazón del planeta, y en conjugación con el agua, el aire y el mismo fuego, la Tierra se altera sin cambiar su sitio en el espacio.

El agua se nos muestra como dotada de una mayor movilidad; para ella no hay secretos en lo que al movimiento horizontal se refiere; ríos y mares se desplazan, con mayor o menor ímpetu, y barren sus cuencas de un extremo al otro, aunque siempre apoyados en la madre tierra, en el soporte necesario para poder discurrir. Solo el agua de las lluvias asume una actitud vertical, la que más se aproxima a otro movimiento de vertical espiritualización, como veremos en seguida.

¿Y el aire? Este corre en horizontal y aun en vertical, barriendo la superficie de la tierra, y sin necesidad de apoyarse totalmente en ella; no tiene su raíz en las cuencas de los mares ni en el lecho de los ríos.

El fuego necesita tan solo de un punto de apoyo en su base, y de allí en más, todos sus movimientos son verticales, una eterna danza con aspiraciones de altura, el símil más acabado de la espiritualidad humana que busca su Dios hacia arriba, apoyándose apenas en el cuerpo en que le ha tocado expresarse.

Maya ha atado los cabos de su juego de una manera tan primorosa que nada está aislado ni sujeto a la casualidad. Todo está unido, y cada cosa existe en la medida en que participa de las demás.

Así, el fuego necesita del aire, sin el cual le sería imposible expresarse. Se apoya en la tierra, y cuando la toca la consume, del mismo modo en que consume el oxígeno gaseoso. Seca las aguas, y aun puede arder en el seno mismo de ellas, si recordamos el viejo secreto de los griegos –hoy perdido– del llamado “fuego griego”, precisamente con capacidad de mantenerse encendido dentro del mar.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El fuego, en su superioridad, todo lo penetra y todo lo consume, no en un simple alarde de destrucción, sino en una labor mucho más ardua de liberación.

En el juego constante de Maya hemos llegado, sin embargo, a concebir que el agua es enemiga del fuego, y que ella es la única que, en oportunidades, puede vencer su gallardía. Esto en parte es cierto, y descorriendo los velos de la ilusión, es sencillo encontrar la razón de este hecho.

Si el agua es vitalidad, ella es la madre de la vida en cuanto a la materia se refiere, por cuanto la habíamos comparado con la fuerza de los mares en la Tierra, y de la sangre en el cuerpo. Si el fuego es vitalidad, él es el padre de la vida en cuanto al espíritu se refiere, por cuanto se le suele comparar con las llamas que todo lo consumen en la Tierra, y con la mente, que sirve de primer escalón para comprender la verdad en el hombre.

De este modo se nos presenta la lucha entre el agua y el fuego, cada cual combatiendo por la supremacía de su forma especial de vida. Desde el momento en que la balanza de la evolución actual no está del todo en equilibrio; desde el momento en que la duda ha mermado la capacidad de discernir entre los beneficios de la materia y del espíritu; desde el momento en que para el hombre esta guerra de antinomias todavía no está resuelta, es posible que el agua venza al fuego, o que el fuego se sobreponga a pesar de todo...

El fuego y la mente juegan un simbolismo parejo en el mundo de Maya. La mente, al igual que el fuego, se une a las emociones –como si de aire se tratase–, aunque termine por consumirlas. Se apoya en la vitalidad del cuerpo (agua y tierra) para darse a conocer, y sus ideas son finalmente transmitidas por nuestra boca o nuestros actos. Esto, si la mente no se convierte en llama devoradora, en cuyo caso, no hay cuerpo ni psiquis que resista, ni aun en cuanto a enfermedad, el poder de una mente destructiva.

Nuestros antepasados de viejas civilizaciones han rendido siempre especial culto a las deidades del fuego. Vieron en ellas el símbolo del secreto más primigenio y profundo, y externalizaron este secreto bajo la forma activa de la guerra y del sacrificio. Guerra –como ya explicamos– no como destrucción, sino como liberación.

Sacrificio es el “sacro oficio”, la ceremonia sagrada en la cual interviene el fuego en su calidad de símbolo superior y asimismo sagrado. Estamos aquí ante el fuego reglado por el ritual, el que puede arder con igual eficacia en la más humilde escudilla de barro, o en los inciensarios de los altares, o en las lámparas votivas de los templos. Este es también el fuego que arde y da brillo en el interior del hombre: es la chispa sagrada que le diferencia de todos los otros reinos de la Naturaleza, y que, una vez encendida, provocará la guerra decisiva entre el pequeño yo y el gran yo, entre la vida del cuerpo, que es agua, y la vida del alma, que es fuego.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Maya de por medio, que cada hombre se haga responsable de su propia guerra, y ponga sus fuerzas en apoyo del único vencedor posible.

Todo vibra. Todo el universo está en movimiento.

Aunque llevados por la ilusión de Maya, a veces creemos percibir quietud y falta de movimiento, todo lo que está manifestado participa de esta ley de la acción.

Ya hemos visto que, bien dispuesto por Maya, cada escalón de la Naturaleza es afectado por una particular forma de movimiento. La Tierra se mueve sobre ella misma, alrededor del Sol, dentro de la galaxia; y miles de movimientos la afectan en su corazón mismo de planeta. El agua, el aire y el fuego se mueven en la Tierra, corriendo, soplando, quemando... y se mueven en sus mundos especiales de vida, emoción y mente.

Las piedras se mueven resistiendo al movimiento, y en el límite de sus fuerzas, dilatándose y contrayéndose. Las plantas se mueven creciendo; los animales lo hacen sintiendo; y los hombres presentan una acción donde se conjuga la resistencia de la piedra, el crecimiento de la planta, la emotividad del animal y el raciocinio propiamente humano.

Si llegamos a concebir la existencia superpuesta y combinada de todos estos mundos, veremos que la materia quieta no significa falta de movimiento. El que podamos estar tranquilamente sentados, no quita la respiración, ni la circulación de la sangre, ni el cumplimiento de otras muchas funciones vitales; y tampoco quita el que sigamos viviendo nuestras emociones y nuestros pensamientos. ¿Dónde está la quietud? ¿Dónde está la actividad?

¿Qué es este movimiento que aqueja a todo el universo?

Es, sencillamente, falta de equilibrio. Todo movimiento no es más que la búsqueda declarada del equilibrio que falta. Todas las cosas vivas se mueven porque necesitan de ese equilibrio, de esa armonía ausente, de un destino final donde el reposo no sea inercia, sino la suma estabilizada de todos los movimientos.

En pos del equilibrio, los seres vivos estamos en perpetuo movimiento, probando los más variados caminos, y ofreciendo a los ojos externos la imagen propia de la inestabilidad, de la falta de sentido, del desorden total.

Las cosas van y vienen, nacen y mueren, aparecen y desaparecen, triunfan o fracasan, llevadas por un instinto que, aunque aparentemente equivoque la dirección correcta, sabe con seguridad cuál es la meta final. Por ello nos encontramos ante movimientos correctos y movimientos incorrectos; los primeros son los que nos acercan a la meta, y los segundos nos alejan de ella a través del error.

Maya participa activamente en este juego, sobre todo si las metas le son directamente propicias, es decir, si las finalidades se centran en el triunfo y multiplicación de la vida material. Maya no puede jugar –ni lo hace– con las cosas del alma.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Puestos, pues, a jugar en la vida, Maya nos deleita con el sentimiento de la satisfacción cuando hemos acertado con algunos de sus caminos, y nos castiga con la sensación del dolor cuando nos alejamos por ignorancia de la senda trazada. Y Maya ni deleita ni castiga, sino que simplemente enceguece, cuando el hombre arriesgado, habiendo sabido de los caminos de la tierra, intenta probar los otros que le abrirán las puertas del espíritu. Entonces, no solo se trata de hallar el camino verdadero, sino de hallarlo a pesar de los velos de Maya.

Pero, en uno o en otro caso, el movimiento nunca cesa. Si nos hemos equivocado, buena razón para que nuevos movimientos nos alejen del error. Y si hemos acertado, el movimiento continuará en función de nuevos aciertos que deberemos lograr.

Lo que los hombres llamamos acción es la plasmación directa del movimiento. La acción es el movimiento con finalidad –como todos los movimientos– y ordenado en base a esa misma finalidad; es un movimiento intencionado –como todos los movimientos–, pero con conciencia de esa intencionalidad.

Cuando el cuerpo se mueve instintivamente, tan solo se mueve; pero si canaliza el movimiento conscientemente, comprendiendo su porqué, entonces actúa. La acción es, así, propia del hombre consciente, y en planos inferiores o superiores al hombre, es propia de una raíz pensante e inteligente, ya la encontremos en los animales o en las estrellas.

Todas las formas de vida, en mayor o menor medida, participan de la acción. Actúa la piedra con su oscura chispa de conciencia; actúa la planta cuando entra en contacto con la Naturaleza y se deja besar por el agua y por el viento, o se deja acariciar por las humanas palabras de aliento, o por el caro gorjeo de los pájaros. Actúan los animales cuando siguen las leyes de la especie, cuando oyen la voz de la supervivencia, cuando –ya domesticados– reconocen y siguen la voz de un amo.

También actúan los hombres cuando logran, por fin, diferenciarse de los minerales, vegetales y animales. Lo hacen cuando dejan prevalecer sus dones netamente humanos y cuando la conciencia sabe que es imposible evadir la acción, ya que todo el universo está afectado por esta vibración de crecimiento y búsqueda de equilibrio.

Dos cosas se deben comprender, sin dejarse atrapar por el juego de Maya. Una de ellas es que nada ni nadie puede desechar su cuota de acción; el movimiento inconsciente está dado por la propia existencia, pero la acción es la que lleva a mayores grados de evolución. Si todo el mundo se mueve, el que intenta no moverse contradice las leyes universales, con lo cual tan sólo desastres pueden sobrevenir para él. Estar quieto no es dejar de actuar: es actuar poco y mal. No actuar es invitar a los demás a que cumplan nuestras funciones en la máquina perfectamente programada del cosmos; y esto, al decir de los viejos libros sagrados, es peor que ser un ladrón.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La otra cosa que incumbe a la acción también está entroncada con la sabiduría tradicional. No todas las acciones –aunque conscientes– tienen la misma calidad. La mejor acción es la recta acción, aquella que se realiza sin intención de premio o recompensa, aunque Maya se encargue de premiar o castigar todas las acciones realizadas.

La acción consciente es sinónimo de compromiso. Todos los seres vivos, en cuanto permiten vibrar a sus principios internos, se comprometen con la vida misma, con la propia evolución, con el destino, con las consecuencias de todo lo realizado. Acción es compromiso, y compromiso es una forma superior de conciencia: la que no trata de evadir las propias responsabilidades.

La acción consciente es contraria a todo rasgo de cobardía, por lo mismo que implica el compromiso y la aceptación responsable de las consecuencias. El cobarde no actúa: se “deja actuar” llevado por las oscuras fuerzas del miedo.

Cuando el movimiento primordial y la acción se objetivan en el mundo concreto, hallamos la fórmula del trabajo. Se trata de muchas acciones consecutivas y relacionadas, sean estas materiales, psíquicas o mentales, que llevan a la obtención de un fin de la manera más correcta posible.

El trabajo es una de las fórmulas ideales del movimiento y, por ende, del logro de equilibrio. Cada vez que un objeto, una tarea, un objetivo quedan bien terminados y resueltos, el hombre atisba, en alguna medida, la resolución del equilibrio final hacia el cual se dirige. Se convierte en un excelente acicate para atreverse a logros cada vez más grandes, y a resultados cada vez mejores.

¿Acaso no trabaja Maya cuando juega?



Cuando la esfera del aire se manifiesta entre los humanos –y aun en los animales–, surge la psiquis y su expresión característica: los sentimientos. Se trata de un mundo de amplia gama, donde tal vez Maya se encuentre más a gusto que en ninguna otra parte. Nunca el hombre es tan sensible ni tan falible, nunca es tan débil ni tan fuerte, nunca es tan grande ni tan pequeño, nunca es tan fácil de convencer como cuando se encuentra dentro del juego de los sentimientos.

Aquí todo es aire: nada de la solidez de la tierra donde apoyarse, ni nada de la profundidad racional del fuego de la mente donde justificarse. Los sentimientos se mueven, aéreos, oscilando por lo general entre los dos peligrosos extremos: el placer y el dolor, el gusto y el disgusto. Y a fuerza de pendular, el hombre toma conciencia del sufrimiento: cuando vive el placer, teme perderlo, y entonces sufre; cuando vive el dolor, no tiene otra cosa que sufrimientos falibles en esta esfera sentimental: porque sea cual sea el matiz afectivo que nos domina, siempre tendemos a caer en el dolor.

Falta, sin duda, hallar el sentimiento ideal del término medio superior: aquel sentimiento que supere la dualidad del juego, que no oscile hacia el placer o el dolor, sino que se sitúe en su pedestal y pueda contemplar el juego de Maya, sin intervenir en él más que para comprenderlo.

Aunque todos caben en el mismo mundo, podemos distinguir diferentes calidades de sentimientos. Los hay algunos más perfectos, y los hay otros más burdos. Maya nos ha enseñado, a medida que jugamos, que las mejores cosas son aquellas que logran perdurar más tiempo. Es con esta enseñanza de la mano como reconoceremos los mejores sentimientos por su posibilidad de mayor duración, y estaremos frente a vulgares sentimientos cuando no pasen de ser chispazos encendidos tan rápidamente como fueron apagados. Todo lo que dura tiende a escapar del juego de Maya; todo lo variable continúa el juego de la vida manifiesta en pos de nuevas dosis de experiencia.

¿Cómo nacen los sentimientos? Nacen, en primer lugar, porque hay un receptáculo, que es nuestro mundo psíquico, capaz de darles cuerpo y forma. Este mundo de la psiquis reacciona creando sentimientos cada vez que un agente activo lo pone en funcionamiento. Toda la sensibilidad de la Naturaleza participa en este juego, y cuando Maya se viste con sus más bellos atavíos, o cuando trata de atemorizarnos exponiendo su fuerza ancestral, en una y en otra oportunidad, los sentimientos se abren ante ella.

Las cosas nos atraen o nos repelen; todo penetra en nuestra psiquis a través de alguna de las dos puertas: o el gusto o el disgusto, y así nos sentimos rechazados por

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

algunos seres, y atraídos por otros. Vivimos la vida “sintiéndola” de esta simple forma, hasta que somos capaces de despertar a nuevos y mejores sistemas vitales.

¿De dónde vienen los sentimientos? De otros sentimientos. Cuando la Naturaleza vibra, Maya entra en acción. Maya juega con los objetos sensibles. De la sensibilidad de Maya vienen nuestros propios sentimientos.

¿Cómo crecen, cómo se mantienen los sentimientos?

Inmersos en las redes de Maya, podríamos creer que todas las emociones, positivas o negativas, son fruto de la casualidad, que nacen, viven y mueren sin seguir ley ninguna, ni orden establecido. Así, nos hemos acostumbrado a recibirlas como quien ve caer la lluvia, y a sentir una vaga nostalgia cuando las vemos desaparecer, sin saber qué hacer para retenerlas o prolongarlas. Toda forma mental es entonces inútil, pues no pasa de una cáscara vacía para cobijar un sentimiento que ya no está más.

Sin embargo, los sentimientos no son fruto de la casualidad. De la misma manera en que nacen siguiendo unas reglas, viven y se mantienen según ciertas normas que conviene conocer. Conocer estas normas es descorrer un poco el velo de Maya y apartarse de su juego, que nos necesita frágiles e inseguros, cambiantes y sufrientes, para aceptar, de esta forma, todo lo que ella nos quiera imponer.

Si hemos aprendido en el plano físico que todos los objetos requieren un mantenimiento para subsistir, ¿cómo no habrían de requerir mantenimiento los sentimientos para perdurar? Si se aceita una máquina, si se engrasa un automóvil, si se limpian los muebles y las ropas, ¿cómo no habrían de limpiarse y “aceitarse” los sentimientos? Si se alimenta un cuerpo para que no decaiga y enferme, ¿cómo no habrían de alimentarse los sentimientos?

Un sentimiento crece y se mantiene con gran paciencia y esfuerzo. Es como una pequeña plantita cuyas raíces hay que cuidar. ¿Cuál es la raíz del sentimiento que estamos gestando? Habiéndola reconocido, sabiendo cómo nació, debemos regar a diario esa raíz de origen para que, viviendo ella, viva toda la planta. Pero, insistimos, hace falta enorme dosis de constancia: no se puede pretender que un sentimiento viva porque sí; esto sería como reconocer que los seres viven porque sí, y que mueren porque sí, sin razón alguna, regidos tan solo por la absurda casualidad.

¿Cuál es el mejor alimento para un buen sentimiento? Apenas unas gotas de tolerancia... Saber que las cosas que amamos no son perfectas, como asimismo no lo somos nosotros. Aceptar estas imperfecciones, no permitiéndoles que destruyan nuestro sentir. Pero limar poco a poco estas imperfecciones, empezando por nosotros mismos, y siguiendo luego por las cosas que amamos.

Los sentimientos se mantienen puros cuando, como en todos los órdenes de la vida, no admitimos mezclas en ellos. Así como nadie arrojaría un claro diamante en medio del barro, no podemos permitirnos el lujo de estropear nuestros sentimientos

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

elevados y más o menos duraderos enfangándolos con las dudas, el rencor, la malicia, la ira, la desidia... El buen jardinero quita las malezas que atacan a sus plantas; y el hombre sanamente sentimental cuida las joyas de sus emociones como el mejor de sus adornos.

La nobleza de los sentimientos es cuestión de altura: cuanto más nos acercamos a la corona de Maya, más digno es nuestro sentir. La nobleza se pierde en las caídas, cuando los ojos descienden a los pies de Maya, cuando en lugar de cielo nos alimentamos de tierra. Y el sentimiento –como dijimos– es aéreo: le van mejor las nubes que el barro...

Cuando los sentimientos se desvían –cuando se mezclan, caen, se envilecen, se atrofian o se agigantan como un cáncer–, estamos frente a peligrosos procesos de desnaturalización. Entonces Maya ya no juega con nosotros; hasta ella se retira horrorizada del espanto obsesivo de las pasiones circulares y de la locura progresiva. Maya es capaz de jugar hasta con los velos del odio, pero no encuentra sitio para las aberraciones. Muchas veces, lo que llamamos “locura” no es otra cosa que un total desajuste con respecto a la riquísima Naturaleza, donde todo cabe mientras no salgamos de sus leyes.

Aquí ya no podemos referirnos a sentimientos: lo que fue fina planta en manos de cuidadoso jardinero, es ahora seca rama de espinas que daña a quien la toca; es flor carnífera que carcome cuanto a ella se acerca... Es pasión descontrolada, es deseo morboso, es obsesión fija y desmedida, es giro incontrolado que ya no encuentra su centro circular...

¿Mueren los sentimientos? Ciertamente, como todas las cosas vivas, pero de nosotros depende su duración. Si dejamos de velar por nuestra planta, que es joya, ella empezará a decaer antes de tiempo.

Si nos aceptamos a nosotros mismos tal y como somos, pero exigimos de los demás –y de todas las cosas en general– una perfección absoluta, hemos decretado la muerte de nuestros sentimientos. Si los demás deben comprendernos, pero nosotros no a ellos, somos incapaces de sentir. Si solo sabemos pedir, pero no entendemos de dar, no hay sentimiento posible.

Maya recogerá entonces, piadosamente, los restos desgarrados de aquello que fue alguna vez, y los depositará en lugar seguro hasta que, tras necesarias transmuciones, renazcan para volver a participar del juego activo.

¿Se te ha muerto un sentimiento? No temas: nada muere. Todo se transforma. Hasta tu misma psiquis. De tu aparente apatía, de tu tierra seca del invierno, aparecerá un nuevo brote de amor o de odio, y volverás a jugar con las piedras preciosas de tus sentimientos, aunque no sepas reconocerlas como tales... También esto forma parte del juego de Maya.

Este es un fruto propio del fuego, propio de la esfera humana, que se cristaliza en la mente y en su especial forma de actuar: el pensamiento. A través de esta acción podemos unir y relacionar las cosas, entre ellas y con nosotros.

Allá en el fondo de su ser, allá donde pocas veces vive, el hombre se siente solo y advierte la imperiosa necesidad de tomar contacto con las cosas que le rodean. Pero lo hace como un niño: toma contacto atrayendo las cosas hacia sí, tratando de poseerlas, tocarlas, mirarlas fijamente... Los hilos de unión más sutiles que podemos tender hacia el mundo y sus objetos son, precisamente, estos hilos mentales, que obran cual anzuelos que atrapan las cosas y las acercan al yo.

Cuando “pensamos” un objeto, queremos conocerlo; conocerlo es apresarlo e interiorizarlo en nosotros. Pero no es fácil trabajar con la mente, pues su naturaleza de fuego la hace ágil, movediza y escurridiza; no es lo mismo atrapar una roca que un pensamiento, y por eso, en el mundo de Maya es más fácil definir los metales que aquellas cosas que circulan a través del pensamiento. Es más fácil atar con cuerdas que con ideas; es más fácil acercarse a una alta montaña que al propio mundo interior.

La maquinaria del pensamiento trabaja con unas unidades especiales que podemos llamar ideas. Estas van y vienen, y en el telar mental traman sus hilos buscando poseer más y más.

Las ideas viven en nuestra mente como los hombres vivimos sobre la Tierra. También ellas se unen entre sí, en sus momentos de reposo, cuando no necesitan trabajar para el amo intelectual que les obliga a extenderse y recogerse trayendo continuo material de análisis. Entonces, las ideas se relacionan por afinidad, atrayéndose las semejantes y rechazándose las opuestas. De esta forma, nacen verdaderas familias de ideas, que toman tanta más fuerza cuantos más y mayores son sus constituyentes.

Es así como el pensamiento no siempre puede obrar libremente en su afán de conocer, ya que tiene que hacer frente a estas formaciones agrupadas de ideas, que le obligan y le impulsan a conocer en determinado sentido. A veces, no conocemos lo que queremos conocer, sino lo que nuestra corriente mental y las ideas asociadas nos llevan a conocer.

Esto provoca una degeneración del pensamiento: el “ser pensado”. Y lo peor del caso es que, además de “ser pensados” por nuestras propias familias mentales, corremos el riesgo –siempre apoyado por los juegos de Maya– de “ser pensados” por las fuerzas de la Naturaleza, por otros hombres, por otras mentes superiores y más organizadas que las nuestras.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Si seguimos las fuerzas de la Naturaleza, seremos pensados, pero al menos, sanamente, naturalmente. Si seguimos otras mentalidades más fuertes y positivas, el riesgo es beneficio; mas si estas mentes ajenas buscan el dominio de los débiles... ¡ay, de los que son pensados! Ya nada genuino quedará para ellos y su vida es una condena a sucumbir en aras de una mente esclavizada.

Por eso es poca toda la atención que podamos prestar a la forma en que juega nuestra mente. Se impone conocer las leyes de este juego, y poder intervenir allí donde el pensamiento está pronto a perecer. Si la ley de las ideas es unirse, busquemos unir buenas ideas, fuertes, positivas; si dejamos que las malas ideas se complementen y que, a su vez, sigan relacionándose con todo el material afín que existe en el mundo exterior, hemos perdido la condición de hombres, de seres pensantes.

A pesar de las redes que Maya tiende sobre nosotros, es prudente aprender a reconocer las ideas que brotan auténticamente en nosotros –y no hace falta que sean nuevas, sino nuevas en nosotros– de aquellas otras ideas que se nos pegan como el barro del camino por el cual se circula. Si el barro se seca y se endurece, esas ideas prestadas, prehechas, se incrustarán en nuestra mente y harán el mismo daño que todo cuerpo ajeno injertado; si el injerto es aceptado por nuestro organismo mental, todo va bien, pero si es rechazado, podemos hablar de un verdadero cáncer mental.

Si bien es verdad que Maya juega con la materia y la forma, su juego tiene vencedores, y los vencedores son los fuertes. Una mente fuerte juega con las ideas y vence, haciéndose dueña de lo que posee; una mente débil pierde el juego y es sojuzgada por las ideas invasoras.

Así como hemos aprendido a crear un buen ambiente físico donde vivir, debemos saber que el pensamiento y las ideas con que él trabaja pueden forjar un ambiente tan importante e impactante como el que logramos en base a buenas habitaciones, buenos muebles, bonitos adornos, brillo y limpieza exterior.

Si estamos de acuerdo en que un conjunto de hermosos objetos contribuyen a un ambiente hermoso y armónico, sepamos que también un conjunto armonioso de ideas crea un ambiente propicio y agradable. Esto sucede tanto alrededor de una sola persona como en grupos humanos que se reúnen compartiendo elementos comunes y beneficiosos. Son los típicos sitios donde, al entrar, uno se “siente bien” sin saber explicar claramente por qué. Del mismo modo, el acopio de ideas nefastas genera un halo desagradable que provoca en nosotros el deseo de huir lo más lejos posible; tampoco sabemos explicar qué es lo que nos disgusta, pero sabemos que hay “algo” en el ambiente, algo negativo, malo, contagiosamente malo...

Hoy que el mundo juega en pleno al control ecológico, a la limpieza de la Naturaleza, debería aprender este otro juego que abarca no solamente los cuerpos, sino

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

que puede llegar a sanear algo tanto más importante que la materia física: la materia mental. Una buena alimentación para el cuerpo y otra buena alimentación para las ideas; del conjunto nace un hombre sano.

¿Cómo alimentar bien la mente? ¿Cómo ayudar a su salud? Con un viejo consejo de alguien que supo escapar en buena parte de las redes de Maya: pensar siempre de tal forma que si nos preguntasen por ello, pudiésemos decirlo en voz alta sin sonrojarnos.

Planeando en lo alto del mundo del pensamiento, por encima de las ideas comunes, están los ideales, conceptos superiores que se refieren a elevados planos del ser y a estados de la Humanidad que nos resultan perfectos en comparación con los actuales. Ya no se trata de hilar con los problemas de todos los días, con los dolores y alegrías habituales, sino que ahora importan los grandes porqués, los grandes “cómo”, “hacia dónde y desde dónde”. Preocupan todos los hombres y no solo la pequeñez de nuestra vida individual; interesan las soluciones generales y no el poder estar bien uno solo.

Estos ideales son los grandes motores, las fuerzas que alientan las buenas ideas cotidianas, el recto pensamiento; son la inspiración para los sentimientos más nobles y para las acciones más justas.

Entonces estamos ante hombres que no es que hayan escapado por completo de los juegos de Maya, sino que comprenden ese juego, conocen sus raíces y saben hacia dónde se dirige todo el conjunto vivo en su evolución. Son hombres idealistas; han logrado un extraño y maravilloso milagro: viven y sienten tal como piensan.



Además del pensamiento racional que trabaja con las ideas, este del que hemos hablado como configurando la mente, existe en el hombre otra forma de pensamiento más sutil, que es la intuición. La primera forma tiende hilos para conocer: es el raciocinio; la segunda capta directamente: es la intuición. A esta segunda posibilidad de conocimiento la relacionamos directamente con la inteligencia.

Maya, una vez más, ha trastocado los hilos en su juego, y nos hace creer que inteligencia es una cierta habilidad y destreza que va desde lo físico hasta lo espiritual. Ser “inteligente” es ser “despierto”, listo, ágil en las reacciones, y así, los hombres se afanan en desarrollar inteligencia como si se tratase de una competición atlética mental.

Sin embargo, la inteligencia es un don de mayor penetración; es más que pensar y razonar; es mucho más que responder rápidamente a los estímulos; es poder captar la vida más allá de la superficialidad con que se nos presenta. Es reconocer los hechos y discernir sobre ellos. Inteligencia es saber elegir, y algo más importante todavía: seleccionar de entre otras muchas oportunidades, separar lo bueno de lo malo, lo útil de lo inútil. Todo eso es inteligencia, todo eso es trabajar con la intuición.

Intuir es ganarle una carrera al tiempo. El viejo Cronos nos domina desde hace siglos y siglos, y por siempre ha impuesto su condición: los hombres debemos desarrollarnos en su terreno, y las cosas nos han de costar... tiempo. Actuar lleva tiempo; sentir nos come la vida; pensar nos resta horas; pero intuir... es romper esa barrera y apropiarse de la esencia de las cosas en el tiempo, pero sin perder tiempo. Intuición es captación inmediata, que contiene, asimismo, la capacidad selectiva y decisiva. Lo que se capta, ¿es positivo o negativo? ¿Nos quedaremos o no con lo que hemos captado? Y en caso de quedárnoslo, ¿cómo actuaremos con ello? ¿Qué elegimos hacer y hacemos?

Quien puede intuir sabe lo que tiene, qué valor encierra lo que ha adquirido, las posibilidades de aplicación que supone y la forma inmediata en que lo pondrá en juego. En la intuición no hay dudas, no hay rodeos innecesarios: es una carrera ganada a Cronos, más allá de los velos con que Maya ha intentado recubrir esta realidad.

Quien no ha ganado nunca esta carrera a la mente discursiva, puede creer que intuición es algo semejante a la imaginación. Puede creer que aquello que se “capta”, en realidad, se “imagina”. Pero –ya que de mente superior se trata–, si hilamos un poco más fino, podremos advertir que la intuición no es captar lo que queremos, o lo que creemos, o lo que creemos captar; es captar lo que Es.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Ciertamente, la fantasía supone cosas que no existen, se extasía en juegos absurdos que ni siquiera Maya podría aprovechar. Pero la fantasía se diferencia totalmente de la intuición, por cuanto se esteriliza en sus imágenes, perdiendo de esta manera toda la fuerza para la acción.

Mientras tanto, la intuición capta realidades, las pocas realidades que el juego de Maya nos deja entrever; las atesora y luego las convierte en sucesivos descensos que van tocando todos los planos de la expresión humana. Una intuición puede llegar a la mente bajo la forma de una idea que, teñida de sentimientos y convenientemente vitalizada, se traduce en acción. La intuición siempre desemboca en acción correlativa.

Intuición es ver con los ojos del alma, pero es hacer con las manos del cuerpo. Por eso hablamos de inteligencia: es saber ver y saber hacer. Si se tratase de ver tan solo con los ojos del cuerpo, ellos no irían más lejos de lo que nuestras manos pueden efectuar; por eso hablamos en este caso de habilidad y destreza, pero no de inteligencia.

En tanto que la mente corriente obtiene captaciones reducidas y parciales, ajustadas a las mil y una divisiones de las conveniencias de Maya; en tanto que esta mente puede trabajar ágilmente con las partes pequeñas que ella recorta a la realidad, la intuición permite “golpes de vista” menos fraccionados. Por efectos de la intuición es posible acercarse un poco más a la escurridiza realidad, a la tremenda unidad que se esconde detrás de los velos de Maya. Ya no nos conformamos con los breves trozos que el pensamiento habitual puede digerir, sino que actuamos a través de un órgano facultado para absorber más cantidad, más conjunto. Es un paso hacia la unificación de las formas de vida, que justifica el hablar de la intuición como de la Inteligencia.

Maya prefiere que pensemos, que gastemos nuestro tiempo dando tumbos con nuestras ideas mientras jugamos a vivir. Maya no quiere que descubramos su secreto, su trampa para obligarnos a permanecer en el mundo. Por eso, ella juega y nos hace jugar, a la vez que nos aleja paulatinamente de la posibilidad de intuir, de captar su verdad.

Sin embargo, mirando a Maya jugar, alejando la visión de nosotros mismos y viéndonos participar inconscientemente de este ajedrez, se despierta un rayo de intuición. Si observamos despaciosamente las cosas a nuestro alrededor y el comportamiento que estas cosas afectan, una tenue claridad se abre paso en medio de nuestra confusión y comprendemos, de pronto, mil razones que la simple razón no puede expresar.

A través de sus juegos, acabamos de intuir la presencia de Maya.

Esta es la fuerza por excelencia, es el gran ímpetu que pone en movimiento todo el universo. Ni siquiera Maya escapa al poder atractivo de la voluntad, puesto que, por imperio de la voluntad, Maya desarrolla su juego.

Es tan infinita esta fuerza, que se aplica en las más variadas oportunidades. Por la voluntad la piedra se mantiene sin desintegrarse, o las moléculas de nuestro cuerpo no se derriten perdiendo la forma; y también es la voluntad la que hace que los astros de nuestro sistema giren alrededor de un Sol central. La fuerza es siempre la misma, solo que cuanto más arriba se aplica, más sutil, más fuerte y más perfecta resulta.

Esta gran fuerza encierra el misterio de la vida; ella es la vida que aparece en todos los seres. Se manifiesta en el pequeño insecto que lucha denodadamente por su existencia eligiendo mil vericuetos y rodeos para escapar de la destrucción inconsciente que podríamos aplicarle hasta con un dedo. Se oye en el pequeño gato que maúlla tristemente tratando de ahuyentar a la muerte que le acecha. La vemos en la gota de agua que busca llegar al océano, y en la minúscula plantita que asoma desesperada entre dos piedras del camino gritando su verde derecho a la vida. La misma fuerza vital hace estallar en mil luces una estrella antes de desaparecer, para que quede el brillo allí donde antes había un cuerpo. Es quien incita al hombre a procrearse por miedo a que la vida acabe con él. Es la inspiración del poeta, que traduce en palabras amorosas su sentimiento, para que no muera estancado. Es la potencia del alma, que se abre paso a través de la oscuridad de nuestra materia, imponiéndose valientemente por su misma superioridad.

Todo esto y mucho más es la voluntad; y, en el caso que nos ocupa, es la energía que ponemos en el juego de la ilusión, juntando más y más fuerzas para pasar de la oscuridad del no saber al resplandor de la sabiduría. Maya aplica voluntariosamente sus artimañas, porque la voluntad de ella es que nuestro mundo de materia y forma no desaparezca nunca jamás, mientras dure su inteligencia y mientras no cambie nuestra inocente e ignorante docilidad.

En el hombre, la voluntad aparece arriba y abajo, en lo opaco de la materia y lo etéreo del alma. Si la voluntad desciende por los planos humanos y se presenta en los grados más bajos, es cuando aparecen las tan conocidas expresiones: “quiero”, o “no quiero”, “voy a hacer esto”, o “no haré más tal cosa”. El querer imperiosamente es el reflejo que la voluntad deja ver una vez que ha bajado hasta los límites del cuerpo y sus deseos.

Sin embargo, voluntad no es solamente querer; es también poder hacer lo que se quiere. Una voluntad que no se resuelve en acción es una fuerza que se desperdicia, una semilla que no fructifica en la tierra. Es como un río que nunca llega al mar, o como un fuego sin luz ni calor.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Los hombres hacemos poco y deseamos mucho. Los “quereres” –burdo remedo de la voluntad superior– nos ocupan casi toda la vida, y el resto del tiempo se nos esfuma imaginando que, por fin, hemos conseguido lo que tanto queríamos, cuando no nos dedicamos a imaginar lo mucho que sufriríamos si perdiésemos lo que podríamos conseguir... Y así, en sueños y palabras se desvanece la energía de la voluntad, la misma que puso la Tierra en movimiento, pero que no pudo hacer actuar a los hombres.

¿Es que en los humanos no hay fuerza? Sí la hay: la gran fuerza de la inercia, que hay que vencer para que la voluntad pueda manifestarse en su capacidad de acción.

Por inercia seguimos los juegos de Maya, y aun continuamos jugando cuando, por lógica, deberíamos dejar de hacerlo... Por voluntad dejamos el juego de niños para entrar en nuevos ciclos de trabajo, siempre de la mano de Maya, pero un escalón más arriba.

La inercia es pesadez, pero cede ante los vientos volubles de Maya. Ella, en su eterno girar, hace que los hombres quieran hoy una cosa y mañana otra; lo importante para Maya es que la voluntad siga siendo niña en unos hombres que nunca dejaron de ser niños. Hoy nos gusta una cosa, mañana otra...

¿Cuándo nos vamos a fijar? ¿Cuándo dejaremos de ser juguete de los vientos ilusorios, arrastrados por el propio peso de nuestra inercia?

No se trata de cambiar; se trata de encontrar las raíces que no cambian para permitir el crecimiento feliz de las hojas y los frutos; se trata de hallar los valores duraderos, para que las circunstancias puedan variar siempre sobre la misma base, sobre un único ideal.

Maya es voluntariosa, un buen ejemplo de lo que no cambia jamás en medio del cambio perpetuo. ¿Podría concebirse algo más variado que los juegos de la ilusión? ¿Pueden imaginarse más colores, más formas, más multiplicaciones que las que ofrece Maya? Sin embargo, en medio de este aparente torbellino, ella está firme y segura de la finalidad que la alienta.

Maya juega siempre; nunca deja de jugar, aunque pueda variar sus juguetes. Nosotros amamos a Maya por momentos, animados por su ilimitada manifestación, y a veces la odiamos cuando sentimos su fuerte garra sobre nuestra voluntad de liberación. Pero mientras nosotros la amamos o la odiamos, ella sigue jugando con el mundo y sus seres, los sigue llevando hacia su destino de vida permanente, de reproducción constante, de multiplicación incesante.

Si despejásemos el secreto de Maya, seríamos tal como ella: querer hoy lo que se quiso ayer y lo que se querrá mañana. Hacer hoy mejor que ayer y mañana mejor que

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

hoy. Jugar, sí, pero sabiendo por qué lo hacemos. Con Maya o sin ella, porque así lo hemos decidido por propia voluntad.

¿Cómo hablar de sociedad sin referirnos al hombre, al que tantas veces hemos mencionado hasta ahora? Porque una sociedad no es algo abstracto, sino que se apoya en su elemento constitutivo esencial: el hombre.

También es Maya la que forma las sociedades, y lo hace porque para perpetuar su cometido, necesita agrupar a los hombres, necesita entretenerlos y hacer que jueguen unos con otros. Ya no basta la pequeña agrupación familiar, el reducido núcleo de dos, tres o diez personas, sino que ahora el juego requiere un número mucho mayor.

Maya necesita formar sociedades, y hace que el hombre sienta necesidad de aunarse socialmente. El signo de la sociedad es la necesidad, pero no es como en el amor, en que hay una necesidad de complementar almas, o como en la amistad, que complementa virtudes. La necesidad de la sociedad es la de supervivencia biológica.

Hay muchas cosas que un hombre solo no puede conseguir para subsistir, o porque le falta tiempo para realizarlas, o porque le falta energía, o porque carece de los conocimientos indispensables. Un hombre solo no puede procurarse casa, comida, vestidos, transportes, artesanías... ni aun defensa ni agresión. Un hombre puede hacer bien alguna de estas cosas, pero no todas; y así intercambia sus posibilidades con las de otros hombres, que complementan aquellos factores que a él le faltan.

En este juego social hay una fuerte dependencia: cada uno necesita de los demás para poder existir, aunque más no sea físicamente, que representa, para los anhelos de Maya, una de las formas más importantes de existir.

¿Desde cuándo existen sociedades? Desde que Maya juega... desde que ella unió a varios hombres para que intercambiasen sus facultades y sumasen sus alegrías y dolores.

En las más primitivas sociedades –primitivas por posibilidades y no por antigüedad– la relación entre los hombres se reducía tan solo al intercambio de bienes materiales. Pero, a medida que las sociedades evolucionaron, junto con la evolución de sus hombres componentes, aparecieron otras necesidades. No varió el signo de la sociedad –necesidad–, pero sí varió el tipo de necesidad.

Entre las muchas habilidades a desempeñar por los hombres, hizo falta habilidad para manejar elementos más sutiles, tales como la justicia o el ejercicio del poder. Y si hasta ahora se había confiado en el más avezado en su oficio para desempeñarlo, se aceptó como lógico que el hombre más fuerte ejercitase el poder para todos, y el más justo, justicia. Con las necesidades superiores, la sociedad primitiva dejó paso al Estado, así como la evolución hizo que el hombre pasional cediese ante el pensante y racional.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

A pesar de que el nacimiento del Estado supuso para Maya la pérdida de uno de sus velos, ella tuvo que seguir jugando en este nuevo orden de cosas. ¿Cómo hacerlo? Cubriendo soslayadamente el rostro de la Justicia, y enervando el sentimiento de poder. Haciendo que los hombres olviden que para ser apto en esos sutiles ejercicios hace falta también convertirse en un hombre completo; ya no basta un cuerpo fuerte y vital; ahora se imponen una psiquis y una mente sanas también, una dosis de intuitiva inteligencia y una buena cantidad de voluntad. Y de estos hombres hay bien pocos en el mundo de Maya...

Así, el Estado nunca dejó de ser una sociedad, donde todo puede comprarse y venderse, según la oferta y la demanda.

En el juego de la sociedad no existe la igualdad. Este es un mito que inventaron los hombres para no intervenir en el juego de Maya, con la diferencia de que Maya persigue una utilidad para todos los hombres, mientras que quienes inventaron el mito de la igualdad buscaron el beneficio de unos pocos: los que decretaron que todos eran iguales, no siéndolos ellos, naturalmente.

La más sencilla lógica nos indica que, para que una sociedad –o Estado– funcione, no puede haber igualdad. No existe juego posible donde todas las piezas son iguales, pero no porque se haya superado el juego, sino porque ni siquiera se ha comenzado.

Jugar con desigualdades externas para llegar a la meta de la igualdad esencial es una cosa. Ignorar las igualdades esenciales –porque se ignora la esencia del hombre, que es espíritu– para forzar igualdades superficiales es algo bien distinto. Lo primero es el juego natural de la vida: se va de afuera hacia adentro, de lo múltiple a lo uno, de lo diferente a lo idéntico. Lo segundo es romper la ley vital, es aplastar la rica gama de posibilidades que ofrece la Naturaleza y hacer de los hombres parecidos esclavos en la ignorancia.

Con el permiso de Maya, vamos a intentar esclarecer este escabroso problema de la igualdad. Los hombres son iguales en sus dos extremos: tienen un cuerpo de semejante constitución, funcionamiento y necesidades; y tienen un espíritu que participa del mismo origen y del mismo destino. Entre esos dos polos hay una larga serie de desigualdades, porque en la carrera de la vida algunos han evolucionado más que otros: no es que sean mejores porque sí, sino que lo son porque han caminado más, han sufrido más, han aprendido más. Y los que han evolucionado menos no son “peores”; son apenas niños más desvalidos y necesitados, de los que no hay que aprovecharse sino a los que hay que educar.

En base a estas desigualdades, Maya pudo forjar las sociedades, pues si todos hubiésemos sido iguales, no hubiese habido nada que compartir ni nada que inter-

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

cambiar. ¿Qué podemos obtener de nuestra propia imagen repetida miles de veces en otros tantos espejos que son hombres iguales a nosotros? ¿Cómo combinarse en este caso, cómo congeniar, cómo unirse a lo que es igual que uno mismo?

La desigualdad no es mal, sino el principio de un bien, sabiendo utilizar armónicamente todas las distintas piezas del juego, hasta conformar una unidad con sentido. El mal está en no saber jugar, en no saber combinar los elementos, en no obtener la pieza final y en querer eliminar el trabajo partiendo de la falsa premisa de que no hay nada para hacer.

En el juego de Maya no existe igualdad. Ella se esmera, en base a luces, distintos colores y sombras, matices y mil artilugios, en desvanecer hasta el último atisbo de las dos igualdades que afectan a los seres vivos en sus dos polos: arriba y abajo, en el espíritu y en el soporte material.

Hay que sentirse diferente para participar en el juego; diferente, necesitado y complementario.

Por eso, mientras tanto, y entre ambas igualdades esenciales, en el medio sólo nos queda jugar mientras evolucionamos. Pero eso sí, jugar en sociedad.



Desde la soledad individual en que se encuentra el hombre cuando, en medio del juego de Maya, decide mirar por un instante hacia su interior, arranca una reacción de unión, que conforma la sociedad, y una reacción de orden, que conforma el Estado. De esta manera, el hombre cree que puede escapar a su dolorosa e incomprensible soledad.

Pero, bien pronto, descubre que tampoco así ha solucionado el problema. La sociedad, con su forma de unión, y el Estado, con sus leyes ordenadoras, abarcan conjuntos humanos muy amplios, muy generales, donde no tienen cabida las particularidades y matices personales de cada uno. Y es a partir de aquí desde donde se inicia el proceso inverso, buscando uniones más reducidas y específicas, donde puedan compararse formas de trabajo, gustos artísticos, aficiones, estudios, creencias...

Estas agrupaciones nacen para paliar una soledad y para satisfacer algunas necesidades de carácter individual que, ni la sociedad por su amplitud, ni el hombre solo por su falta de medios, pueden resolver.

Usemos el símil del Estado cual si fuese un cuerpo humano, y veamos estas agrupaciones varias que hemos mencionado como si ellas fueran los tejidos especializados dentro del cuerpo. De este modo, las agrupaciones tienen la función fundamental de su función específica y del perfeccionamiento de esa función; son a la manera de un corazón sano, de unos pulmones bien constituidos o de un estómago con excelente capacidad para digerir, a la vez que permite una justa asimilación.

Pero, supongamos ahora que el cuerpo se enferma, es decir, que el Estado, en su cúspide, comienza a presentar graves fallos. Es lógico ver que en cuanto falla la cabeza pensante del cuerpo, los órganos menores comenzarán a fallar también. El estómago dejará de digerir correctamente, los pulmones apenas si absorberán el puro oxígeno, el corazón bombeará deficientemente la sangre... y del desorden de los órganos especializados vendrá una todavía mayor enfermedad para el cuerpo en general. Difícil es decidir si los órganos indispusieron al cuerpo o el cuerpo degeneró a los órganos. Pero, en el juego de Maya, quien más capacidad tiene también carga con la mayor parte de culpa: la inteligencia que coordinó el cuerpo es la causante, pues, del desorden del todo y de las partes.

¿Cómo se manifiesta la enfermedad en las agrupaciones humanas? Del mismo modo que en el cuerpo. Ellas dejan de cumplir con sus funciones específicas y van perdiendo paulatinamente el espíritu de unión que alguna vez las gestó, para dividirse más y más, como cuando el cuerpo muere y las células reclaman una a una su derecho a la independencia. Ya no son agrupaciones dentro del Estado –órganos dentro del cuerpo– sino pequeños Estados o pequeños cuerpos que intentan existir de manera autónoma, olvidando que su sentido derivaba de su espíritu de unión.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Cuando el cuerpo muere, estalla una verdadera guerra entre las células; carentes de la inteligencia unificadora que antes las dirigía, ahora cada cual trata de subsistir sin importarle absolutamente nada de las demás.

Cuando el Estado muere, y solo existe una sociedad que es simple agregado de hombres, este agregado comienza a disolverse, cosa que se advierte claramente en el proceso que sufren las agrupaciones humanas. Antes, cada una tenía un valor y un trabajo, y entre todas producían un resultado armónico. Ahora, cada cual quiere su parte, la mejor parte, y ninguna mira lo que sucede con las demás. Cada cual piensa que es “la agrupación”, y que todas las restantes sobran en el panorama social; cada cual se cree la mejor, la superior, la única capaz de constituirse en cabeza, y así todas luchan por trepar a la parte superior de la sociedad, ya que ninguna quiere crecer; trepar, sólo trepar.

El proceso no se detiene en este punto. Declarada la autonomía de cada agrupación, bien pronto empiezan los enfrentamientos dentro de la misma agrupación. Ahora son los hombres los que se oponen y luchan denodadamente por un puesto, un honor, unas prebendas, un cierto renombre y una pretendida impunidad para satisfacer todos sus caprichos personales.

Cuando se separaron las diferentes agrupaciones, dejó de interesar el Estado como conjunto; cuando surge el conflicto dentro de una agrupación, deja de interesar la agrupación como tal, y los deseos se centran en los beneficios individuales.

Si llevamos esta lucha creciente a los grupos de familiares, a los amigos, a los hermanos... podremos asegurar que el Estado ha muerto y que todos sus componentes se debaten en la tierra de la tumba, tratando de sobrevivir egoístamente hasta que un nuevo orden les permita participar de un nuevo Estado, de un nuevo cuerpo integral.

En todo esto aparece una vez más el juego de Maya. Por juego los hombres se agrupan, y por juego se enfrentan y separan, pulsando las extrañas respiraciones de la vida, que unen y desunen, buscando en cada nueva experiencia una mayor perfección.

Los hombres se juntan porque descubren que necesitan de una mutua ayuda, y acto seguido, se separan en base a una pretendida autosuficiencia... El juego dura lo que la vida de un hombre, o lo que la vida de un Estado...

Pero así como la disolución del cuerpo no indica la desaparición del espíritu del hombre, la disolución del Estado y la ruptura de sus partes no señala la muerte del espíritu del orden. Los mismos ciclos que Maya nos muestra bajo la forma del día y la noche, de las estaciones que giran dibujando distintamente la Naturaleza, afectan también a todas las cosas vivientes: con toda razón afectan al hombre, a sus uniones, a sus sueños y a sus realizaciones.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Hoy Maya ha montado el espectáculo de los sindicatos, las iglesias, los emporios económicos, los clubes, partidos políticos, en fin, todo tipo de agrupaciones en las que el hombre busca la solución a su necesidad biológica, psicológica, intelectual, a duras penas espiritual y, fundamentalmente, anular su sentimiento de soledad.

Pero ¿ha desaparecido la soledad? Al contrario, buscando paliarla, ha multiplicado los caminos, ha atomizado la soledad en miles de partículas que crecen haciéndose grandes y pluralizando el dolor...



El solo mencionarla implica recordar las muchas definiciones que se han elaborado sobre esta “célula de la sociedad”, o mejor dicho, célula del Estado que debería ser, por cuanto se trata de un pequeño núcleo organizado en base a finalidades que trascienden de la simple vida carnal. Sin embargo, Maya ha tramado sus redes y nos limitaremos a considerarla una célula social... si es que los juegos no avanzan demasiado y la falta de límites en el actuar humano no la llevan a dejar de ser también una célula...

Siempre se ha pensado que la familia es el medio más adecuado para escapar a la soledad: es una agrupación pequeña, con intercambio recíproco de beneficios y donde priman aquellos tan apreciados lazos de la sangre.

Pero ¿es la sangre un vínculo lo suficientemente valioso como para ser considerado el único y el mejor? ¿Acaso la comunidad de sangre proporciona una comunión de gustos, de pareceres, sentimientos, ideales? Mucho nos gustaría contestar que sí... pero la diaria experiencia nos demuestra, salvo escasas excepciones, todo lo contrario.

Es Maya quien ha imbricado en las mentes humanas el fuerte sentido de unión de la sangre, pues de otra forma, no hubiese encontrado medios para que los humanos permaneciesen juntos, tuviesen hijos y los criasen durante un tiempo prudente. Es Maya quien ha hecho que todos los niños parezcan hermosos, inteligentes y excepcionales en todo sentido. Es Maya quien hace que tratemos de defender antes lo referente a la familia que lo que atañe al resto del mundo.

Y Maya sabe por qué juega con la familia: porque si estos pequeños núcleos alcanzasen su cabal desarrollo, el hombre estaría mucho más preparado para convivir en general y para establecer buenos Estados.

Pero, momentáneamente, mientras jugamos a formar familias, seguimos aprendiendo a vivir, y tendemos a pasar por alto muchas paradojas y enfermedades que atacan a nuestra célula social fundamental.

Sin embargo, para mejor jugar, veamos cuáles son los errores que cometemos y cómo podemos perfeccionar nuestra actuación aun en el mundo de Maya.

Llevados por la ilusión de que todo se compra y se vende, de que todo tiene un precio, también hemos aplicado este concepto a la familia. Así, la familia se ha convertido en una de las tantas fórmulas de la propiedad: los padres poseen a los hijos; el marido posee a su mujer y viceversa; los hijos “tienen” a sus padres...

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Ya no se trata de una natural “propiedad sentimental”, sino que las cosas se complican cuando el poseedor intenta que el poseído cumpla con todo lo que se le exige. Si el marido pide algo a su mujer, no falta la mujer que le recuerde que también ella está en el derecho de pedir. Si los padres piden a sus hijos que hagan tal o cual cosa, o que estudien tal o cual disciplina, responden los hijos con aquello de que quienes deberían ceder ante sus caprichos son ellos, los padres, ya que los hijos “no han pedido nacer”; se les “ha obligado a venir al mundo”...

De esta forma, todos piden, todos exigen, todos intentan mandar sobre su propiedad, pero nadie hace nada. Falta el verdadero compañerismo, el prístino sentido de familia. Solo se buscan beneficios; nadie quiere dar... Y si la madre da al hijo todo lo que su corazón le permite, es porque Maya ha cubierto los ojos de la madre con los más delicados velos para que la vida continúe... Dejemos pasar un poco el tiempo y veremos cómo los velos se rasgan poco a poco, y lo que fue una unión inquebrantable comienza a abrir grietas en la senda de las mutuas exigencias posteriores.

Mientras jugamos a formar familias, se da el caso cada vez más frecuente de padres que no tienen –salvo el lazo de sangre– ningún punto en común con sus hijos. De padres cultos, honrados y espirituales, nada impide que nazca un niño zafio al que la educación le resbala en gran parte y que hace burla de los gustos de sus padres. De padres endurecidos en la carrera de los bienes materiales, surgen de pronto hijos sensibles al alma, a la belleza y a la justicia.

La tradicional hora de reunirse todos junto a la mesa no es más que una lenta tortura donde nadie sabe de qué hablar para no herir susceptibilidades, y eso siempre y cuando haya educación. De lo contrario, la hora de las comidas es la hora de las discusiones, de las angustias, de los enfrentamientos, de las crudas palabras... y de la mala digestión.

Dijimos que mientras jugamos a hacer familias vamos aprendiendo a vivir; que todavía no hemos formado familias ordenadas –al estilo del Estado–, sino familias sociales, donde prevalecen las necesidades de subsistencia.

He aquí el mayor peligro: la pérdida del orden jerárquico en la familia. Ni los padres son padres, ni los hijos son hijos. Los unos no tienen fuerza moral para educar, y los otros no tienen buenos ejemplos para aprender.

El agua del aprendizaje ya no viene de arriba hacia abajo, ya no va de padres a hijos. Educar supone en los padres una buena dosis de autosacrificio para limar la propia personalidad, al punto de dar siempre una buena imagen a sus hijos; y ¿qué padre está dispuesto a sacrificarse hasta ese límite? Aprender supone en los niños una buena dosis de admiración por sus padres, ¿y qué pueden admirar si los ven discutir constantemente, dejarse dominar por las pasiones, tratar de evadir sus responsabilidades?

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

De aquí a nuevas paradojas hay bien poco camino por recorrer: los mayores juegan a ser jóvenes, disfrazándose de tales, hablando como no les corresponde y preocupándose por lo que solo debía incumbir a los adolescentes. En cambio, los jóvenes juegan a viejos, destrozando sus ropas hasta que parezcan pobres y raídas, tiñendo sus cabellos y drogándose para escapar de la “terrible responsabilidad que les representa la vida”... Claro, de esta forma ni unos ni otros cumplen su papel en la familia ni tampoco en la sociedad en la que viven.

Esta falta total de organización, esta anarquía familiar, hace que solo quede una cosa por compartir en el núcleo familiar: la falta de respeto.

Ante este espectáculo desolador, y conociendo a Maya, que nunca equivoca sus acciones, nos preguntamos: ¿es que la familia se ha perdido, o es que nos encontramos ante casos que intentan simular familias sin llegar a serlo? Nos inclinamos por la segunda posibilidad.

Creemos que no todas las familias se forman con un margen de cuidado y dedicación. Cuando de niños jugábamos a papás y mamás, preparábamos un buen lugar, escogíamos muñecas, utensilios y todos los artilugios necesarios para “montar una casa”. Ya grandes, no hacemos, sin embargo, lo mismo. Hemos perdido la capacidad de jugar, y tampoco entendemos las razones por las que deberíamos participar en el juego.

Las familias surgen, en muchísimos casos, por “casualidad”, porque “hay que casarse”, y los hijos llegan, por consiguiente, por la misma ley de casualidad que hizo que un hombre y una mujer se encontraran como quien puede tropezar con una piedra en una esquina. Pero ese tropiezo no es factor suficiente para formar una familia.

Sabemos que poder constituir el núcleo ideal tiene muchas dificultades, que van desde lo económico hasta lo espiritual, desde la escasez de medios para mantener una casa hasta el temor a una convivencia integral, pero todas estas dificultades se soslayan con una voluntad firme y segura de querer constituir una familia.

Hasta el más humilde artesano imagina su obra antes de poner a trabajar sus manos. ¿Cómo no vamos, pues, a planificar algo tan importante como la obra de arte de la familia?

Si bien Maya quiere perpetuar y multiplicar los cuerpos, y protege la familia con esta intención, ella no impide que junto a los cuerpos también se unan las almas. Ella no pretende que la unión de sangre anule la otra unión filosófica en que la familia vibra con las mismas ideas, respeta las personalidades de cada cual y colabora armónicamente en una tarea conjunta de la mayor envergadura: el pequeño Estado que hace el gran Estado, la modesta célula que compone el cuerpo de la Humanidad.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

En esta especial forma de familia, el padre educa porque antes se ha trabajado a sí mismo. El hijo aprende de su padre con la misma admiración con que puede contemplar las estrellas en el cielo. El padre sabe por experiencia la forma adecuada de explicar las cosas, y el hijo tiene la paciencia que impone a su juventud para saberlo todo en el justo momento. Los hermanos se quieren porque comparten algo más que una misma habitación. La convivencia general se resuelve en un dar y recibir con igual alegría y con idéntico conocimiento de lo que es estar vivo, crecer, poder cumplir con todo lo que se ha soñado.

Así, y no de otra forma, Maya forma familias con todos los humanos que juegan en sus redes.



Hemos recogido aquella vieja fórmula que indica que “educar” es “educir”, extraer del interior del hombre su rico caudal de experiencia acumulada a través de los tiempos; y una vez educido, ponerlo en práctica para mejor vivir.

Todos queremos vivir, pero también hay que saber vivir. Un hombre educado –bien educado– vive en su completura, en su polo inferior de materia y en el superior del espíritu. Un hombre poco educado, o sin nada que educir, vive a medias, preferentemente allí donde el peso le obliga a caer: en el mundo físico.

Maya tiene un concepto muy particular de la vida: ella sabe que la vida está en todas las cosas y que hay planos sutiles donde no son necesarios los cuerpos... Pero a ella le han encomendado velar por los cuerpos, velar por el mundo material, y eso es lo que hace concienzudamente. Así, ha acostumbrado a los hombres a mirar nada más que por la vida de la materia densa, y a educar, en consecuencia, esa materia.

Salgamos por un instante del juego de Maya, y contemplemos cómo se educa un niño. Todo es poco para enseñarle a comer, a vestir, a lavarse, a manejar los instrumentos que tiene a su alcance; se cuida de su crecimiento, de su salud, de su belleza, de los placeres que puede obtener... pero siempre por fuera, siempre en dirección a la satisfacción del cuerpo. Del resto del hombre nada se sabe, y si algo se intuye, se trata de ignorarlo como si no existiese.

Es más: imbricados en este juego, hay padres que, sabiendo que podrían educar algo más que la superficie de sus hijos, no lo hacen por temor. Temen el que sus hijos sean “diferentes”, que si viviesen para su mundo interior llegasen a sufrir ante la indiferencia o la incomprensión de los demás. Y privan a sus niños de un tesoro inapreciable que, ciertamente, podría hacerlos distintos, pero también mejores.

Si educar es educir, y educir significa dejar que salga aquello que subyace en lo profundo, es evidente que para poder educar debemos aceptar que dentro del hombre hay algo más que sus órganos vitales en funcionamiento. Ese “algo” es como la médula que define al ser humano; es su viejo yo, aquel que viene arrastrando mundos y sonidos de tiempo, aquel que –aunque sin memoria aparente– ha recogido frutos por todos los caminos de la Tierra. Y ese “algo” interior sabe por viejo, por lo mucho que ha vivido y por lo que ha acumulado en el tiempo vivido. Eso es lo que se manifiesta cuando se educa.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Para poder educir hay fórmulas. Hay que conocer secretos, como quien sabe romper una nuez para extraer su pulpa, o como quien pela una patata para comer su interior, o como partir la cáscara de un huevo para aprovechar su yema. Si bien hemos aprendido a pelar patatas, partir huevos o nueces, carecemos de las fórmulas para recoger el fruto interior del hombre. Trabajamos con los seres humanos como si nos dedicásemos tan solo a lustrar nueces, patatas o huevos, desconociendo por completo lo que se esconde por debajo de la cobertura. Sin embargo, sabe más el corazón que la piel, y sabe más el alma que el cuerpo...

¿Por qué carecemos de fórmulas para educar? Porque enceguecidos por el juego de Maya, hemos echado por tierra la mejor parte humana. Porque nadie se ocupa de su propia psiquis, ni de su mente, ni de su espíritu, y así malamente puede recoger experiencia en ese sentido, experiencias que se tornarían transmisibles hacia los demás.

El hombre que trabaja la madera repasa diariamente con cuidado los éxitos obtenidos y se cuida de andar por la senda del error; conoce las vetas de la materia con que trabaja, y si tuviese un aprendiz a su lado, podría enseñarle todo lo que ha recogido en su experiencia continuada. Pero si el hombre no trabaja su madera interior, ¿qué puede observar?; ¿qué puede recoger?; ¿qué puede transmitir?

Y cuando el hombre no trabaja su madera interior, si no conoce esa zona de su ser, aunque viniese el más alto Maestro a explicarle los misterios de la educación, no podría aplicarlos... no entendería nada... no creería en nada de lo que oyese...

Donde no hay hombres con vida interior, tampoco puede haber educación que despierte la vida interior en los demás.

Hoy los padres pueden dar vida física, pero raramente pueden dar nacimiento al ser interno. Hoy los maestros pueden amaestrar, enseñar a ejecutar eficientemente determinadas tareas, pero no pueden educar.

Indudablemente, Maya prefiere hombres ineducados; prefiere estos animalitos sencillos que solo saben de subsistir y trabajar para rendir culto al dios que Maya sirve: la materia. Maya juega con los hombres amaestrados como en un circo: necesita de aquellos que manejan perfectamente sus cuerpos, pero no quieren saber por qué los manejan; llevan los ojos vendados como símbolo de que, cuanto menos ven, menos arriesgan sus estructuras físicas, llevados por un automatismo ancestral, que mueve las cosas sin saber qué es el movimiento.

¿Habrà alguna vez un Prometeo que, apiadado de la miseria humana, traiga luz hacia este mundo? ¿Cogerá la misma Maya alguna vez una antorcha entre sus manos y dejará que los hombres vean, por fin, el sentido de su rítmica danza?

Si así fuese, si alguna vez se corriese parte del velo, habría algún hombre educado, y con él se abriría una nueva cadena cuyos eslabones no escaparían del juego, pero aprenderían a mirar sus juguetes por dentro.

Se trata de una forma ordenada y sistemática de conocimiento, que obra como una punta de lanza para abrir brecha en los velos con que Maya encubre su juego. La ciencia es uno de los caminos que, a través de Maya, nos permite comprender la Verdad.

Pero a Maya no le conviene en absoluto que exista una verdadera ciencia, ya que ello equivaldría a perder su secreto incógnito. Por eso, ella se entretiene en enredar los hilos del conocimiento y en proporcionar un juego a los hombres que sirva como sustituto de la ciencia.

Una buena parte de la ciencia trabaja con números, y los números son abstracciones que nunca llegamos a comprender. Entre un número y otro se esconde un infinito que nada puede llenar, y aun vagamente intuimos que los llamados números dígitos no resultan simplemente de la acumulación o suma de unidades. Sumar dos cosas de la misma naturaleza es sencillo, pero sumar dos unidades abstractas, ¿qué resulta? ¿Y qué supone sumar cosas de distinta índole?

También se caracteriza la ciencia por imponer a sus conocimientos el lema de la exactitud. En la ciencia no hay relatividades, no hay intermedios... Pero si la ciencia se aplica a nuestro mundo, este mundo está lleno de relatividades, y ¿cómo podemos transformarlo en exacto nada más que al medirlo con números? Hay algo en todo este proceso que nos da la sensación de quien pretende meter un gran pie en un pequeño zapato.

Bueno estaría hablar de exactitud al referirse a las grandes leyes de la Naturaleza. Pero estas leyes difícilmente las acepta nuestra ciencia actual; y aun estas leyes gobiernan seres vivos, presentando de vez en cuando curiosas variaciones que responden a pulsaciones y necesidades de la vida. ¿No ha variado acaso la Tierra su velocidad de rotación alrededor del Sol para evitar chocar con un cometa? ¿Y a qué llamamos exactitud en este caso: a haber quebrantado su velocidad habitual o a haber evitado el choque?

Y quien habla de exactitud no puede menos que recordar otro de los juegos de Maya que le son tan afines: la infalibilidad. La ciencia nunca se equivoca. Dadas unas hipótesis y probados estos argumentos –con mayor o menor suerte–, nada puede oponerse a ellos, porque en ellos está la única verdad.

Pero ¿no recuerdan estos cultores de lo infalible que cada generación creyó lo mismo respecto de las cosas que había logrado descubrir?

¿No es acaso una fatuidad ignorante el atribuir certeza total a las cosas que se desconocen casi en su totalidad?

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Para la ciencia de Maya, lo que no se conoce no existe. Puede haber casos por miles, situaciones inexplicables que piden a gritos un porqué, pero si esta ciencia no se ha ocupado aún del asunto, el asunto no existe.

Algún día alguien “descubrirá” algún “porqué” entre los infinitos velos de Maya, y entonces, aquello que no estaba ni tenía valor alguno habrá aparecido de pronto a la vida. Es como decir que la luz no existió hasta que alguien pudo esclarecer unas pocas leyes acerca de su funcionamiento; o como negar por completo la velocidad del sonido hasta que este no se haya medido.

La ciencia de Maya ha olvidado el reconocer lo que no se sabe, para tomarlo como punto de partida en la búsqueda, y poder llegar a saber más cosas de las que hoy se manipulan.

Esta negación sistemática de lo desconocido lleva, en muchas ocasiones, a investigaciones falseadas, donde el resultado se conoce antes de comenzar la investigación: hay que probar que lo que se dijo que no existe, no existe realmente. Para ello, toda distorsión es admitida, todo fraude, toda trampa a sí mismo, con tal de no decir nunca: “no sé”. Más que de investigaciones, podemos hablar en estos casos de alienaciones, de satisfacciones para la vanidad, pero nunca de sana “filosofía”, amor a la sabiduría.

Otro misterio que rodea a la ciencia disfrazada de nuestro mundo ilusorio es creer que ella está reñida con todo lo que sea arte y belleza, con la poesía y la imaginación. La ciencia, para ser tal, debe ser fría y dura, carente de armonía; sus conceptos deben expresarse crudamente y, precisamente, se critica en las viejas civilizaciones su capacidad de unir lo bello y lo útil.

De esta forma, el científico está condenado a no entender nada del arte, y si se emociona ante la belleza, debe revisar seriamente sus conceptos, pues tal vez no haya nacido para investigar y saber la verdad... Por no hablar del artista, que desprecia el orden y el método, y que cree que un número o una fórmula estropean su obra para siempre... Oh, Maya, cómo juegas con nosotros cuando no quieres que sepamos de tu realidad...

Intentemos diferenciar la gran ciencia de la pequeña ciencia con la que Maya nos entretiene constantemente.

Gran ciencia es la que hizo decir a Sócrates: “Sólo sé que no sé nada”. De allí es posible empezar a caminar, pues esta afirmación-negación contiene un principio de verdad. Con este principio de verdad se tira del hilo que lleva al corazón de la madeja. Desde aquí es posible lanzarse al Todo, a la Unidad, a una visión de conjunto del universo, que se conoce como cosmovisión.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La pequeña ciencia es la que quiere saber cada vez más de cosas más pequeñas y reducidas. Se basa en la ilusión de dividir para conocer mejor. Pero no existe en este caso una división seriada –del todo a la partícula–, sino un enfrentamiento entre las parcelas de conocimiento que, a medida que se separan, se oponen.

Esta división, manejada –cuándo no– por Maya, no impide el volver a unir las cosas, y mientras los humanos nos distraemos investigando en las micropartículas del universo, Maya sigue manteniendo su necesario reino.

Mientras no haya cosmovisión no hay Gran ciencia, no hay sabiduría. Y aun cuando Maya lo oculte, ella manifiesta con sus hechos que saber es poder. Y saber bien es poder bien.



Más que un juego, la religión es un soporte que Maya pone en el mundo para que los hombres puedan alcanzar a Dios.

Si bien Maya trabaja denodadamente para que los hombres reconozcan al dios para el cual ella trabaja –materia, vida, reproducción de las formas, crecimiento...–, a través de este dios llegamos a concebir al otro, absoluto, porque la maravilla de la materia y de las leyes que la rigen nos demarcan otra Maravilla Inteligente que mueve todo el conjunto.

No es como algunos creen, ciegos por el juego, que la sola visión de la materia contribuye a materializar; para los ojos acostumbrados a los fulgores de Maya, la visión de la materia con sus perfecciones es una justificación de la existencia de Aquello superior que pudo programar esta materia.

Religiones específicas, nombres específicos, representaciones determinadas, símbolos explicativos, ritos fijados por la tradición: esta es la compleja ceremonia que el hombre instauro en la Tierra para poder ser escuchado por Dios en el cielo. A cada cual hay que hablarle en el lenguaje que le es propio, y el hombre siente que el símbolo es el lenguaje correspondiente a su ceremonia de acercamiento a la Deidad.

Pero, como hay muchos hombres y Maya los ha acostumbrado a la división, también en el plano religioso, los muchos hombres han tratado de dividir sus opiniones acerca de los símbolos más justos para representar el marco de la Divinidad. Unos eligen unos, y otros eligen otros, y el lenguaje religioso se complica con infinidad de elementos simbólicos... Las ceremonias se separan cada vez más unas de otras, aunque todas pretenden dirigirse a Dios.

Pero, cuando la ceremonia se hace interna, cuando el nombre, el atributo, la imagen y la virtud se sienten viviendo en el propio corazón, cuando se oficia desde ese punto humano en que lo humano se toca con lo divino, entonces se borran las diferentes religiones, y el Dios uno se hace luz para la intuición superior.

Pero a Maya no le conviene todavía que el hombre llegue a desvelar el secreto de la unidad. Por ahora, es necesario jugar con las múltiples formas, y que los hombres vivan aferrados a su particular creencia. La unidad es vino fuerte para los hombres pequeños.

Maya prefiere la multiplicidad y que cada hombre defienda airoosamente su partícula de multiplicidad. El juego conturba tanto por momentos que, en nombre del mismo Nombre, se lucha y se mata, porque nadie se detiene a pensar que Aquel a quien

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

todos los nombres le caben no se disgusta por la forma en que le llamemos, sino más bien por la forma en que, en su nombre, actuemos.

Algún día, todas las partículas religiosas se unirán, cuando cada una de ellas haya llegado a ser pura, buena y fuerte, y entonces, entre todas, será posible constituir el gran cuerpo de la religión universal.

Hoy, a distancia de esa solución final, los hombres juegan con los pequeños cuerpos de las religiones; juegan a pelear, defender, ganar y perder, sin entender muy bien el sentido de semejante lucha.

En tanto que unos defienden una forma de Dios, otros se inclinan por alguna otra forma, aunque lo importante es que, tras la variedad de las formas se siente y se vive la necesidad de religión, de “re-uniión” con el origen espiritual del hombre. Todos, de una forma u otra, necesitan de ese cordón umbilical que, a diferencia del que brota del cuerpo, no se rompe jamás.

Y no se diga ligeramente que “la religión es el opio de los pueblos”; que como se trata de un cordón umbilical, más vale romperlo pronto para llegar a la madurez. Así como nacer le cuesta al hombre algo más que el corte de su dependencia física con la madre, así como necesita de sus padres durante toda la vida si ha sabido generar nuevos y positivos lazos con ellos, de la misma manera nacer a la vida consciente es mucho más que “jugar a adultos” y alardear de que no necesitamos el apoyo de Dios.

Desde el punto de vista espiritual, no somos otra cosa que endebles embriones en fase de formación. Este mundo de Maya, donde la verdad se ve desdibujada y confusa, es la matriz donde nos forjamos, y nuestro cordón umbilical es la religión, que ha de llevarnos paulatinamente a la individualización consciente y al reconocimiento –por evolución– del Padre-Madre que a veces llamamos Dios.



En el mundo de los arquetipos existe una belleza ideal que es difícil de traducir en palabras, ya que escapa a la pobre capacidad de definición de los humanos. Sin embargo, los humanos suelen captar algo de esa belleza ideal, y tratan de reproducirla sobre la materia. A esa plasmación material de una belleza ideal, llamamos arte.

Para que exista arte necesitamos, pues, de dos factores: una belleza superior y una materia en la cual poder plasmarla.

Pero las leyes del arte no provienen de la materia, sino del mundo ideal donde reside la belleza; la materia solo puede indicar los límites a la inspiración artística.

Por eso, no todos los llamados artistas son tales; no podemos denominar de la misma forma a quienes se apoyan en la materia, pero se inspiran en arquetipos superiores, que a aquellos otros que se apoyan y se inspiran en la misma materia. Para poder descubrir las leyes que pertenecen al mundo arquetípico, los artistas deben haber despertado como hombres: deben haber desarrollado un mucho de sus sentimientos más nobles, una buena dosis de inteligencia, de intuición y de voluntad para plasmar.

Maya, por su parte, cuida de que estos verdaderos artistas sean pocos, porque el mundo de la belleza y el descubrimiento de su armonía esencial es una de las llaves prodigiosas que permite penetrar en su misterio. A ella le convienen los artistas de la materia, los que juegan con su mundo de variadas formas, los que se entretienen con las luces y colores imaginando que pueden cambiarlos a placer...

Viviendo en el mundo de Maya, no hay otra solución que participar de su juego. Aquí el arte también es un juego, mediante el cual se intentan copiar las formas de la Naturaleza. Es copia, no es creación. Mientras la Naturaleza tiene el don de la creación, los hombres que juegan al arte solo pueden imitar lo que ven, lo que oyen, lo que tocan... pero al imitar sin conocer la verdad de lo que imitan, caen en frecuentes deformaciones.

Con todo, el arte de la copia tiene sus dificultades, ya que no es tan sencillo como parece reproducir las formas de la Naturaleza. Cuando resulta muy difícil copiar, la fantasía viene en ayuda del pequeño artista y “deforma las formas” a gusto y placer. En lugar de esforzarse por alcanzarlas en su perfección, las reduce a la altura de la imitación de él. No se imita lo que se ve, sino que se hace lo que se quiere ver. Y lo que se suele ver suele estar distorsionado por los velos con que Maya cubre nuestra ignorancia.

Pero el jugador del arte ha encontrado una buena salida para estas deformaciones que aplica a su mundo circundante: él dice no reproducir lo que hay afuera, sino la

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

imagen que el mundo exterior proyecta en su interior. Así, pinta, esculpe, graba, dibuja, escribe, compone música, según los reflejos que ve en su interior.

¡Ah, misterio de los espejos! ¡Qué extrañas imágenes pueden producir los cristales internos de los hombres! ¡Cuánta limpieza no hará falta en más de un caso para que, al menos, la imagen interior presente algo de claridad y nitidez! ¡Qué pretendida vanidad la del que prefiere copiar lo que hay en él antes que copiar lo que la vieja y sabia Naturaleza ha preparado para nosotros durante tantos milenios!

Y ya que abrimos esta puerta del mundo de Maya, no queremos dejar pasar la oportunidad de recordar algo sobre el arte de la palabra. La torre de Babel también fue obra de Maya: un solo lenguaje, una misma expresión... eso no es bueno para incitar la curiosidad infantil del hombre, que todavía necesita de muchas experiencias en este mundo.

Desde entonces, Maya ha confundido las expresiones verbales, y una misma palabra quiere decir muchas cosas... y una misma cosa se puede decir con muchas palabras...

Nada sabemos de llamar a cada cosa por su justo nombre, pero Maya sí sabe llamarnos a nosotros por el nuestro.

Nada sabemos del arte superior en que el sonido es vehículo de comprensión, en que la palabra es un sonido inteligente. Por el contrario, nuestros sonidos todavía guardan mucha semejanza con el grito, y nuestra palabra escrita, con una lanza hiriente que se esconde en el papel.

¿Es que alguna vez nos concedimos tiempo para escuchar la delicada sinfonía que Maya interpreta con toda la Naturaleza?

Maya es la más excelente artista que pueda concebirse. No hay forma del arte que le esté vedada; ella es la dueña y señora de la Naturaleza y sabe jugar con todas sus formas. Brilla y se apaga, canta y calla, florece y se esconde, llora y ríe, sale con el Sol y también con la Luna, pinta su mundo con infinitud de matices...

Maya actúa, y como artista genial mantiene a los hombres extasiados ante su extraordinaria representación. Maya es bella, y en su belleza mantiene a los hombres atrapados en sus rasgos de armonía. Maya es fuerte, y demuestra que nada se le opone en el mundo, con lo cual se gana la admiración que los hombres prodigan a todos los fuertes.

Maya protege el arte, porque, recordemos, este es una de sus puertas.

Esta es una ciencia y también un arte: ciencia, porque requiere conocimientos fijos y definidos de conducción humana; arte, porque hace falta una excelente inspiración para saber aplicar las reglas de la ciencia...

¿Cuál es el objeto de la política? La conducción de los pueblos, pero una conducción que tiene mucho de educación; se trata de enseñar a los hombres un camino verticalizante, que los arrebate del dolor de la ignorancia y los levante hasta la cúspide del destino humano.

Para que esta conducción sea legítima, conduce o dirige el que sabe hacerlo y el que puede hacerlo porque ha pasado por la prueba previa de haber aprendido a conducirse a sí mismo. El que no puede ni sabe hacerlo, es conducido. No hay privilegio ni deshonor en quien conduce o en quien es conducido; simplemente, cada uno ocupa su lugar.

Si, recogiendo símiles de todos los grandes predicadores que en el mundo hubo, comparamos a los pueblos con un rebaño, ¿quién conduce a quién? ¿El pastor a las ovejas, o las ovejas al pastor?

Así planteadas las cosas, todo parece muy simple, pero en las redes de Maya todo se complica. Y la política se ha complicado hasta límites inconcebibles.

En primer lugar es casi imposible hablar de pueblos, y mucho menos compararlos sanamente con rebaños. Ya no hay pastores; solo quedan ovejas. Y entonces, ¿qué oveja es la que dirige, si todas son más o menos iguales y todas alientan iguales ambiciones de sobresalir?

En segundo lugar, no hay sabiduría para conducir; solo existen opiniones, y las opiniones son tan variables como los vientos, pues no se apoyan en la verdad, sino en modas, caprichos, conveniencias, necesidades.

Por fin, no hay ninguna meta hacia la cual conducir a los pueblos. ¿Conducir hombres? ¿Para qué? ¿Hacia dónde? Por eso no hay conducción, por eso fracasan los Estados, por eso hay nada más que amontonamiento de hombres y ensayos de sociedades.

No nos refiramos entonces a la política –a la ciencia y arte–, sino al juego de disfraces que normalmente se lleva a cabo en su nombre.

Cada oveja del rebaño juega a disfrazarse de pastor, con más o menos éxito, y todas las ovejas esperan su turno para lucirse con unas ropas y unos atributos que no les pertenecen. Pero ¿qué importa, si no hay pastor?

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La mentira y la falsedad imperan como ley de este juego; como sea, hay que disfrazar la verdad, y que conste que no nos referimos a ninguna verdad absoluta, sino a la simple y sencilla que deviene de la concordancia entre lo que se dice y lo que se hace... Quienes se disfrazan en este juego engañan conscientemente, pero no como Maya, que seduce a sus criaturas para retenerlas en la Tierra y ayudarlas a vivir, sino con un manejo peligroso que arriesga la vida de los demás.

Se juega a crecer, pero lo que se hace es engordar. No se crece para arriba, no hay una expansión vertical en que el hombre pueda expresarse en todos los planos de su ser; se deambula horizontalmente, ideando colinas de adorno para simular penosos accesos.

No hay vocación de servicio; hay ansiedad de negocio. El que se disfraza de pastor no lo hace para ayudar a los demás en lo que buenamente pueda, sino que trata de extraer todo el beneficio posible que esta situación de fraude le plantea.

Y para colmo de peligro, este juego de disfraces y mentiras carece de ideología; salvo el propio beneficio de quienes dicen conducir, no encontramos otra finalidad. Maya también se disfraza y engaña, es cierto, pero su ideal es profundo: ella quiere perpetuar las formas de vida, no por ella misma, sino por la vida en sí, por todos los seres vivos, por la eternización de la Naturaleza.

En ningún momento de este juego político hay factor alguno que se dirija al hombre sutil, al que no es de carne y huesos; no hay nada para su alma, no hay nada para su mejor educación, no hay nada para el futuro, porque las ovejas disfrazadas no tienen tiempo de pensar en lo que pasará mañana. Ellas se han disfrazado hoy, y el beneficio de su disfraz ha de cobrarse en el día de hoy.

Maya es una gran política de la vida. Ella sabe conducir a sus hombres, sabe cómo lo hace, para qué lo hace y hacia dónde los dirige. Maya los educa mientras juega, y les proporciona experiencias mientras los entretiene.

Pero Maya está asustada ante este otro juego de los hombres...

¿O será que, cuando llega la hora final de una civilización, Maya enreda y entorpece los hilos de la conducción política para que el edificio perezca, mientras los humanos proseguimos con la sensación de que estamos manejando y salvando el proceso?



En muchas oportunidades, a lo largo de estas páginas dedicadas a Maya, hemos hablado de la dualidad espíritu-materia, y podría llegar a pensarse que esta es la única forma de oposición en la manifestación. Sin embargo, Maya, que trabaja en el mundo de la materia, también presenta una dualidad que no deja de ser una ilusión, pero que a los ojos de los hombres resulta fundamental: es la de la vida y la muerte. Llamamos vida a la aparición en la materia, y muerte a la desaparición en este mismo plano.

Maya trabaja en base a este juego dual. La muerte está emparentada con la guerra, y la vida lo está con el amor. Pero, como vida y muerte son dos caras de una misma moneda –la de la Vida Una–, resulta, por consiguiente, que guerra y amor son asimismo facetas de una misma cosa.

Nada aparentemente más desigual que la guerra y el amor y, sin embargo, son de la misma esencia, se basan en el mismo juego: aparecer y desaparecer.

Maya construye y destruye; en sus manos están los dos polos de esta cuestión: ella da vida y quita vida siguiendo idéntica ley de juego. Nos recuerda la historia de Penélope y su eterno tejer y destejer, porque necesitaba entretener a los hombres que la asediaban. Maya teje y desteje con la vida, porque necesita entretener a los hombres que experimentan en este mundo de materia.

Construye con la ilusión del amor. Destruye con la otra ilusión de la guerra.

Toda guerra es destrucción y muerte, pero al referirse a la guerra no es forzoso imaginar únicamente la que entablan, en sangrientas batallas, los seres humanos. Hay guerra en todos los niveles de la vida.

La semilla que se rompe para dar lugar al árbol está en guerra... Las células masculina y femenina que se enfrentan para dar lugar a una tercera vida, están en guerra... El pez grande que se come al chico; el animal fuerte que persigue a otro menos fuerte pero más ágil, todos ellos están en guerra... El viento que abate las hojas de los árboles; la lluvia que moja la tierra también combaten entre sí... Y aun las galaxias tienen sus especiales formas de enfrentamiento, de las que resulta la muerte luminosa de cientos de estrellas y planetas...

¿En qué parte de la Naturaleza, desde lo pequeño a lo grande, no vemos acaso ejemplos de esta suerte?

La dualidad no se conforma con ser dual; además de serlo, necesita oponer cada uno de sus dos principios para que, en la oposición, cada uno de ellos se haga fuerte y seguro de sí mismo. Así, en la dualidad está la razón de la oposición, la razón de la guerra perpetua de la Naturaleza.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La misma historia de la Humanidad es un reflejo de estas oposiciones permanentes, y no hay forma de contar la historia que no se fundamente en algún tipo de oposición. Siempre ha habido constructores de pirámides y destructores de pirámides... y siempre unos y otros se han enfrentado tratando de que alguno de ellos pudiese prevalecer por más tiempo.

Siempre ha habido luchas entre los que siguen el impulso de la materia y los que buscan la fuerza del espíritu. De una u otra forma, esta distinción se ha plasmado en todos los actos de los hombres y en toda la historia que han escrito, escriben y escribirán...

También dentro del hombre hay guerra; en su micro-universo hay una larga oposición entre su cielo y su tierra, entre su yo superior y su pequeño yo cotidiano. Aparentemente, es imposible hablar de dos “yos” dentro del hombre o, en caso de que los hubiera, se nos ocurre que habrían de ser de la misma naturaleza. Pero no es así. La dualidad que impregna todo el mundo ha quedado impresa también en la esfera humana. Uno es el yo personal y egoísta, pendiente tan solo de sus propios deseos y satisfacciones; y muy otro es el yo que aspira a grandes ideales y lucha por grandes logros que incluyan a toda la Humanidad en lugar de un solo hombre. Y estos dos “yos” se oponen, tratando cada uno de ellos de fortalecerse en la lucha.

Si llevamos este enfrentamiento individual a más amplias esferas, podremos comprender cómo si en un solo hombre hay guerra, es posible que también la haya entre varios hombres. Comprenderemos por qué pelean hermanos contra hermanos, por qué hay guerras civiles entre componentes de un mismo pueblo; por qué hay cruentas guerras entre pueblos y pueblos que pertenecen aparentemente a la misma Humanidad.

Es que los constructores de las pirámides y los destructores de las pirámides se oponen allí donde se encuentran, ya sea dentro de un hombre, dentro de una familia, una nación o la Humanidad entera.

Lo cierto es que, más allá del velo de Maya, podemos advertir un juego de sucesivas y necesarias destrucciones que llevan a importantes renovaciones: es la piel vieja que cae para dar lugar a la nueva.

Sin embargo, en la encrucijada actual de la Historia, se ha perdido este profundo sentido de la guerra, y el juego que hoy se ejecuta es de rápida destrucción, sin la consiguiente renovación. Ya sabemos que es mucho más fácil deshacer que hacer...

O bien, aquello que se propone como renovación, resulta ser mucho peor que lo otro que se reemplazaba... La guerra, como todo acto mágico dentro de la Naturaleza, ha de tener una finalidad útil: si se rompe, hay que reponer, y si se repone debe lograrse algo no solo nuevo, sino mejor que lo que había antes. ¿Para qué luchar si la nueva piel

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

será igual a la anterior? ¿Para qué luchar si a veces la nueva piel es peor que la vieja, y se llega, incluso, a no tener ninguna piel nueva para reponer?

La destrucción sin sentido nos pone en presencia de un peligroso instinto: el de la muerte por la muerte en sí. Es el cansancio de viejas formas que hace tiempo no sufren una real renovación, y buscan inconscientemente su propia destrucción para llegar a un merecido reposo. Luego, tras el fin de un ciclo, amanecerá una nueva civilización.

Hoy no existe la guerra. Hoy no hay verdaderas oposiciones. Hoy todos luchan por lo mismo: por un poder vacío de alma, por una riqueza que ya no se usa para adornar a los dioses, por un dominio de fuerza sin sabiduría.

Por eso hoy no hay guerra: porque falta el honor. Por eso tampoco hay amor...

No obstante, allá, en el fondo de los seres, sigue alentando el viejo amor por la guerra, el inevitable enamoramiento entre Marte y Venus. Todavía hay necesidad de combate, de renovación, de redención.

Pero, al no haber grandes ideales por los que bregar, se lucha por pequeños intereses. Y, en la misma medida, se aman las pequeñas cosas...

¿A favor de quién interviene Maya en este constante combate de la Naturaleza? Como ya dijimos en principio, ella combate con ambos, con la guerra y con el amor, con la vida y con la muerte, porque ambos aspectos están contenidos en su dualidad del mundo de la ilusión. Ella protege cualquier forma de dualidad que contribuya a atrapar a los hombres en esta vida de experiencias.

Maya está a favor de la materia, fundamentalmente porque ella es materia en acción; la materia es su razón de ser. Y, sin embargo, no está en contra del espíritu porque no lo concibe, aunque él constituya su raíz íntima; simplemente, Maya oculta el espíritu.

Maya es como un espejo a mitad de camino. A través del espejo no podemos ver el espíritu. En el espejo sólo vemos juegos de formas, luces y colores: estas son las armas con las que Maya participa en la guerra del juego de la existencia.

Pero las imágenes invertidas de este espejo permiten, a pesar de todo, intuir Aquello que se esconde detrás de él. Es cuestión de guerrear valientemente para pasar la barrera.

Aparentemente, y como acabamos de ver, el amor es el polo opuesto de la guerra. Pero también en el amor se esconde otra dualidad, de la cual resulta un justo término medio. Entre el placer y el dolor está el amor. Entre aquello que nos satisface exageradamente y aquello otro que nos duele profundamente, cabe la serena sencillez del amor.

Placer y dolor son apenas emociones; son variables, no gozan en absoluto de permanencia. Nada hay más inestable que un placer, que ni siquiera llega a serlo nunca del todo, pues mientras se goza de él ya se sufre por miedo a perderlo. Por eso, placer y dolor van siempre de la mano.

En medio de la variabilidad de estas dos emociones extremas, encontramos al amor, como expresión del sentimiento por excelencia.

Amor es hoy la palabra más usada y el sentimiento menos sentido... Todos hablan del amor y del gran sentimiento que profesan, y cuanto más hablan, más demuestran la carencia que del amor tienen, por aquello de que todos hablamos de lo que nos hace falta, y no de lo que tenemos...

La dificultad para sentir, verdaderamente sentir, amor estriba en que, para ello, nos es indispensable una gran cantidad de armonía; debemos antes haber reconocido en nosotros el perpetuo juego de Maya, que nos lleva de un extremo al otro, de los placeres a los dolores, sin dejarnos aquietar en la estabilidad de la completura del amor.

En el amor todo cabe: una dosis de placer que lo hace soñar; una dosis de dolor que lo hace experimentar...

El amor es una profunda necesidad de unión con aquello que nos hace falta. Aunque sentimiento por excelencia, el amor es una manifestación de la carencia de los hombres. No se ama lo que se tiene; lo que se tiene está simplemente con o dentro de nosotros, formando parte de uno mismo. Se ama aquello que falta, lo que se necesita, lo que queremos atraer hacia nosotros con los fuertes brazos del deseo.

Se ama lo que nos completa, lo que agrega en nosotros aquello que no tenemos. Por eso el hombre ama a la mujer, y la mujer al hombre. Por eso el ignorante ama la sabiduría y se torna “filósofo”, y por eso el sabio ama la ingenuidad de la ignorancia. Por eso el padre ama al hijo, y el hijo al padre. Por eso Maya ama a sus hombres, y los hombres aman la ilusión que Maya les produce...

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Amor con dolor es la mejor forma de experiencia. Aunque los hombres rechazamos el dolor como algo malo, es cual medicina amarga que, sin embargo, nos proporciona la salud del conocimiento. Si no fuese por el dolor, jamás prestaríamos atención ni a las cosas que nos rodean ni a nosotros mismos.

El amor tiene algo de dolor. Sufrimos por lo que nos falta; sufrimos cuando tenemos lo que nos faltaba, por siuviésemos que dejarlo; y sufrimos cuando perdemos lo que teníamos porque ya no lo tenemos... Pero, deseando, poseyendo y perdiendo es como los hombres aprendemos algo del ilusorio juego de Maya y de los extraordinarios juguetes que ella nos pone en las manos.

Amor con placer es la máscara más maravillosa con que Maya puede presentarse. ¿Quién quiere rechazar el placer? Esta es la máscara con que la vida protege la vida, esta es la fórmula de la procreación.

Sin la máscara del placer, nadie sentiría suficiente amor por anticipado para traer un nuevo ser al mundo; el placer es el velo que nos induce a la multiplicación.

Luego viene el amor-protección por los pequeños seres recién nacidos... y ese es otro velo para salvar las jóvenes vidas; es el “amor de padres”, que siempre ven bellos e inteligentes a los pequeños hijos que tienen que criar.

Finalmente, es posible que despierte el verdadero amor, cuando el padre necesita verse perpetuado en el hijo y ama aquello que lo continúa, y cuando el hijo necesita del apoyo y experiencia del padre y ama aquello que le enseña. Aquí, el velo del placer ya se ha descornado... solo queda un sentimiento limpio, humano, natural.

Dijimos que el amor busca aquello que necesita, lo que le falta para lograr la completura. Por ello, el amor es una fuerza poderosa que atrae las cosas, que une los opuestos, los conjuga, los funde y complementa, de forma que, donde había dos objetos, solo resulta uno. Es como un imán que busca y atrapa su contraparte.

Mirando la vida de Maya, vemos cómo el cuerpo “ama” la comida que necesita para sobrevivir. Mirando más allá del juego de Maya, vemos cómo el alma ama al Dios que ha perdido en su descenso.

El amor se expresa de manera total cuando se realiza en acto, cuando pasa del deseo de lo necesario a la fusión de lo necesario dentro de uno mismo. Cada acto de amor es un acto que nos lleva naturalmente hacia una mayor perfección, hacia un más acabado desarrollo.

Y el amor se expresa de manera superior cuando pone sus ojos en los objetos más altos, cuando aprende a mirar hacia arriba traspasando con aguda visión los velos de Maya, cuando sueña y desea conseguir nobles ideales.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Entonces entra en acción, vuela en alas de la voluntad, alcanza el ideal que tanto deseaba, se funde con él y lo hace alma de su propia alma y carne de su propia carne. Ese hombre conoce el amor. Ese hombre es un idealista, que no solo ama, sino que trabaja intensamente por aquello que ama. Como Maya, como la ilusión que tanto adora su mundo y trabaja continuamente tejiendo las sutiles redes de la existencia.

Inmersos en las atracciones de los juegos de Maya, el Destino se nos presenta como una forma de azar, una suerte de ruleta o lotería, donde la casualidad es la que impone una mayor o menor dicha a los hombres.

Pero si, como hasta ahora, intentamos descorrer levemente los velos de Maya para comprender el sentido de su juego, veremos que no hay tal casualidad, sino, por el contrario, una notoria causalidad, un orden, una ley que determina todos los acontecimientos.

La casualidad no existe, aunque Maya aparente lo contrario; solo hay ignorancia de la causalidad. El hecho de que nosotros, como humanos, no lleguemos a entender la finalidad del juego de Maya, el no comprender por qué hace lo que hace y se dirige hacia donde se dirige, no significa por fuerza que Maya se rija por la casualidad.

Negar el Destino y someter todo el mundo al acaso es el peor síntoma de ignorancia, de falta de observación consciente de la Naturaleza, y a esto podríamos aún sumar una pereza consciente e inconsciente para no tener que averiguar ninguno de los misterios que nos preocupan. ¿Hay misterios? Pues que sigan habiéndolos; con negarlos, el perezoso ha resuelto el problema.

El Destino es la ruta que señala la ley de evolución. Esta es una ruta ascendente de esfuerzo, donde cada paso supone una superación. Pero así, tal cual las cosas, cruda y fríamente, nadie querría transitar esa ruta, nadie educiría la fuerza suficiente como para hacerlo.

Aquí es donde Maya interviene y adorna el camino con toda clase de artilugios, con mil y un artefactos que sirven para jugar y aun para creer que se puede crear dentro del sendero. Así también, nadie advierte que el camino está sólidamente amurallado a sus costados, con gruesas paredes elásticas que devuelven al centro de la ruta a todo aquel que, en su inconsciencia, se aproxima peligrosamente a los bordes. Cada intento de salirse de la línea demarcada es un rebote de las elásticas murallas, para indicar que solo hay una sola posibilidad de transitar.

Podremos andar más lentamente o más rápidamente; podremos detenernos en algún recodo del camino; podremos intentar acercarnos a sus costados amurallados; podremos caminar de pie o de rodillas, llorando o riendo, pero no podemos evitar el destino de los hombres. Aunque Maya trate de hacernos el trayecto lo más agradable posible.

¿Adónde conduce finalmente este Destino? ¿Cuál es el final de este juego? Aunque tengamos vagas intuiciones sobre ello, en verdad nada de cierto sabemos. Y si

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

lo supiésemos, con la floja voluntad que poseemos, es muy probable que quisiésemos abandonar la carrera, perdiendo así la oportunidad de ser hombres, de cumplir con nuestro destino.

Creo que todos aceptaríamos el concepto del Destino con mayor docilidad si no nos presentase tan graves problemas como lo hace.

En primer lugar, no sabemos dónde ha comenzado ese camino; no sabemos de dónde venimos. Tampoco sabemos hacia dónde se dirige el camino; no sabemos hacia dónde vamos. Presentimos una larga memoria de pasado en vagas experiencias que de pronto nos estallan en el alma; presentimos, asimismo, un infinito futuro lleno de oportunidades... Pero aquí estamos nosotros en el medio, sin ninguna imagen clara, sin que nuestra mente alcance a definir nada de lo que nos sucede, ni siquiera el momento presente que vivimos; es decir, que tampoco sabemos quiénes somos, ni por qué estamos aquí.

Esta es una señal de que caminamos dormidos, y que es una bendición el que el camino se halle parapetado, para que no nos salgamos de él. Nuestra vida es una pesadilla de inconsciencia, a la que se suman los velos y luces de artificio de Maya, la cual también intenta por todos los medios mantenernos en el camino, al menos en el tramo que a ella le corresponde dirigir.

Si lográsemos despertar, caminaríamos con más seguridad, y aunque no vislumbrásemos el final absoluto del sendero, ahora el juego tendría otra modalidad. Se trataría de alcanzar el trozo siguiente de la ruta, como si este fuese el final; una vez llegados allí, nos proponemos otro trozo de camino, y así sucesivamente hasta completar el total, guiados por hiatos si no definitivos, por lo menos útiles.

Si sabemos que estamos dormidos, si sabemos que Maya juega con nosotros mientras transitamos por la vía del Destino, ¿cómo saber si transitamos bien, si no nos desviamos demasiadas veces, si cumplimos con aquello que tenemos que hacer?

Hay una señal infalible que nos lo indica: el dolor.

Solo hay dos tipos de seres que no sienten dolor: los inconscientes y los que se han liberado del error. Suponiendo que ya hemos dejado atrás la etapa de la total inconsciencia, y conociendo que el hombre todavía está sujeto a error, es imposible evitar el dolor.

Pero, más que denigrarlo, deberíamos aceptarlo como un faro en el camino, como la luz indicadora de nuestras equivocaciones, el toque de alerta que nos lleva a repasar nuestras actuaciones y a corregir nuestros yerros.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

¿Poco dolor? Buen cumplimiento del Destino. ¿Mucho dolor? Todavía falta abrir los ojos para ver con claridad por dónde se encaminan nuestros pasos.

No debemos pensar que el Destino es un amo cruel que otorga pocas oportunidades –por no decir una sola– a los pobres hombres ciegos que circulan por él. Al contrario, hay múltiples, miles de oportunidades para cumplir con el propio destino, para reparar los errores purgándolos con el dolor aleccionador y con la experiencia acumulada.

¿Qué es la vida, en el largo camino de la evolución del hombre? Nada; apenas un día, el lapso que cabe entre el sol que se levanta y el que se oculta al caer la tarde... Muchas vidas, cual si fuesen escalones en el largo ascenso evolutivo, son las que, sumando sus actos positivos, nos llevarán a completar la única Vida.



“Infinito” es un concepto que nos queda demasiado grande. Como nuestra mente no es infinita, cuando ella imagina algo que la supera, se asusta, se oscurece y se inhibe para pensar.

Pero el infinito está allí, a un paso, ni bien se deja atrás el mundo seguro y firme de la Tierra, ni bien se dejan vagar los ojos por el cielo... Por las estrellas, que son nuestro punto de referencia en el espacio profundo... Sabemos que el misterio es grande e insondable, pero nuestro infinito no es un misterio vacío; hay unas luces que brillan de tanto en tanto, y aunque colocadas a distancias imposibles de imaginar, sin embargo nos sirven como auxilio, como punto de apoyo en el vértigo del vacío exterior.

Tal vez –como decían los medievales– las estrellas no sean farolas que Dios puso en el cielo para alumbrar al hombre. La ciencia ya ha dado su respuesta seca y tajante al respecto, y el sentido común indica que Dios no puede gastar su energía creando mundos nada más que para que los pobres y pequeños seres humanos no se pierdan en sus caminos nocturnos.

Todo eso es verdad, pero más allá de esa lógica verdadera, nosotros sentimos que las estrellas son las luces que Maya enciende en el universo como señales de vida.

Las estrellas viven como nosotros... pero brillan, indican su existencia dejando pasar la luz a través de ellas, reflejándola inteligentemente, o vibrando de manera insospechada y haciendo que sus átomos transformen la velocidad en destellos.

Cada punto rutilante que vemos en el cielo nocturno es una vida que late, una vida grande, inteligente, consciente, mucho más expandida que nuestra pobre pequeñez de carne, que necesita subterfugios variados para no perecer en la oscuridad.

Maya está orgullosa del cuerpo de sus estrellas, y por eso las enciende diariamente, para maravilla y ensueño de los humanos, que todavía no hemos aprendido a hundirnos en el infinito.

Esos brillantes y diminutos puntos que aparecen en el cielo son la constatación de nuestra propia pequeñez. Son una llamada de atención para la fatuidad del hombre, que cree poder dominar el universo con los pocos y pobres aparatos que ha aprendido a construir. No es que en el hombre no está latente la posibilidad de lanzarse al universo, pero no es bueno creer que ya se ha conseguido lo que todavía no se sabe lo que significa. No es bueno sentirse aomos cuando aún no hemos dejado de ser esclavos.

¿Qué es la Tierra, a pesar de sus innumerables misterios interiores, con sus rocas, sus plantas, sus animales y los hombres que la habitan, al lado de esos miles de otros mundos que titilan en el misterio del silencio nocturno? Es probable que la Tierra

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

sea grande para nosotros, pero ¿qué es esta mota de polvo en forma de planeta, en medio del infinito que nos rodea?

Es indispensable saber ocupar el propio lugar y conocer el propio tamaño para, recién entonces, empezar a crecer.

Ya no nos preguntamos si hay otros mundos, y si en esos mundos hay vida. Por la simple constatación de los sentidos, sabemos que hay otros mundos porque los vemos. Los sabemos vivos e inteligentes porque el estudio de las pocas leyes que alcanzamos a descubrir así nos lo demuestran.

Y es muy probable que esos mundos alberguen seres vivos, iguales, inferiores o superiores a nosotros. ¿Por qué no? No podemos imaginar a un Dios tan pobre y limitado como para haber volcado vida solamente en este planeta. Ni podemos imaginar al hombre como el único ser digno de vivir en el insondable infinito. ¿Es que acaso somos tan perfectos como para merecer semejante distinción?

Ante estos grandes misterios, Maya juega con nosotros a astronautas y extraterrestres. Siempre imbuidos por la presencia material de las cosas, creemos que vamos a develar la incógnita porque podemos lanzar una cuantas naves en el espacio. De los sitios que encontremos o de las formas de vida que en ellos haya, nada importa, salvo si son superiores a nosotros –cosa altamente insoportable–, y si esa superioridad se trasunta en medios técnicos más avanzados que los nuestros –cosa altamente insoportable también.

Nadie quiere ya hurgar en su planeta; hoy es más interesante lanzarse no al misterio de las estrellas (¿quién habita en el interior de esos cuerpos?) sino a la conquista del espacio exterior.

A veces Maya nos asusta y hace que veamos “extraterrestres” allí donde no hay más que sombras y formas desconocidas por nosotros. Allí donde un ser humano esté un poco más loco que los demás, ya creemos encontrar al fantástico habitante de otro planeta. Y, cosa curiosa, los hombres les tienen miedo a los habitantes de esos otros planetas. Siempre los figuran feos, horribles, deformes en comparación a nuestros cánones, pero sabios, superiores y fuertes en relación con nuestros conocimientos. Es más: se piensa de ellos que son crueles y dañinos, y que solo buscan esclavizarnos para utilizarnos; ¿será ésta una proyección psicológica de lo que haríamos nosotros con los habitantes de otro planeta si pudiésemos someterlos con nuestra fuerza?

A todo esto, Maya nos oculta el verdadero secreto: los extraterrestres somos nosotros, que llevamos dos estrellas por ojos y un alma inquieta en el interior, que atisba al infinito a través del espejo de Maya.

El tiempo es una forma de energía, al igual que el espacio. El espacio es la dimensión que sirve para los cuerpos y el tiempo rige para las almas.

Pero Maya nos ha atrapado en su juego de la vida material, y he aquí que, llevados por el juego, hemos convertido al tiempo también en materia, dedicándonos a aplicarlo tan solo a los cuerpos. ¿Cuánto se vive? ¿Cuánto dura la niñez? ¿Cuántas horas son necesarias para el descanso? ¿Cuánto tiempo es bueno trabajar? Para no olvidar esta materialización creciente del tiempo, nos hemos fabricado unos pequeños recordatorios que llevamos en la muñeca de nuestro brazo, o en el bolsillo de nuestra ropa: el reloj, que marca cada uno de nuestros pasos y nos destaca la energía temporal que hemos aplicado en efectuarlos.

A pesar de la satisfacción que nos supone haber logrado medir el tiempo, hemos de observar que ese logro no es tal. Si eso fuera cierto, no cabrían las diferenciaciones que aceptamos sobre la distinta duración del tiempo, ya sea físico, psicológico, mental o espiritual. Una hora de reloj físico no es lo mismo que una hora de dolor o una hora de alegría; es mucho más larga la hora de sufrimiento que la otra de gozo. Una hora leyendo un libro interesante ni se advierte; una hora estudiando algo que no nos gusta es eterna. Una hora de expansión espiritual es infinitamente breve; una hora de remordimiento y pesadumbre por nuestra poca evolución puede asemejarse a un siglo...

Por eso, aún no hemos medido el tiempo. Hay distintas clases de horas y minutos, y no todas se pueden captar con los mismos aparatos; es más, no todo el tiempo ejerce sobre nosotros los mismos efectos.

Las horas del reloj pueden, con los años, convertirnos en profesionales y eruditos en alguna materia. Las horas del alma son, sin embargo, las únicas que pueden ayudarnos a evolucionar a lo largo de muchas encarnaciones.

Como en el caso de tantas otras ilusiones, Maya nos ha hecho temer el tiempo, pues lo ha hecho aparecer ante nosotros como sinónimo de una fuerza arrasadora que gasta y envejece los cuerpos. Nada más cierto: el viejo Cronos nos desmenuza día a día y va poniendo notorias arrugas en nuestra piel.

Pero ¿no será también este un velo? ¿No habrá detrás de esta muerte y destrucción alguna forma especial de transformación, de cambio que lleva a la evolución, de juventud permanente?

A veces hemos aceptado que es bueno cambiar de piel, dejar atrás los viejos vestidos y renovar las formas externas para que el espíritu pueda seguir su firme camino por la vida. Y entonces, ¿por qué tememos cambiar de piel? ¿Por qué lloramos los

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

cuerpos que se nos gastan? ¿No será, tal vez, porque tememos que el cuerpo que tenemos sea el único, y más que cambio de piel haya una pérdida total de nuestro único vehículo?

Sin embargo, el tiempo no opera así. Ved un árbol que no piensa, que siente más tenuemente que nosotros. Él no llora sus hojas muertas; por el contrario, descansa feliz y desnudo en el invierno, seguro del despertar de la siguiente primavera.

En el fondo de todos los cambios que el tiempo opera no hay vejez ni muerte: hay eterna juventud.

La juventud es el corazón del tiempo: juventud no es durar, es ser.

El hombre joven es el que mantiene invariable el esqueleto de su existencia, aunque la piel que le recubre pueda ir cambiando sus células intermitentemente. Es el que vive siempre con un mismo ideal en su interior, es el que alienta sentimientos fieles en su corazón, y es el que obra a lo largo de su vida consecuentemente con sus pensamientos, sin cesar jamás en su acción, ya sea del cuerpo, de la psiquis o de la mente.

Un hombre joven es el que se aferra a los valores primordiales, porque siendo estos valores muy viejos, es probable que el tesoro de la juventud se esconda también en ellos; de lo contrario, no hubiesen podido resistir tanto.

Maya es perpetuamente joven. No es posible imaginar la ilusión como no sea con una faz eternamente juvenil. Maya es joven porque trabaja sin cansancio en su juego de la vida, siempre atenta a los intereses que la llevan a moverse.

Hoy Maya tiene un especial interés en el juego del tiempo que aplica a los hombres. En su incansable juventud, en su no desmayo, hoy ella juega con nuestro mundo psicológico, y le sugiere con una violenta aceleración. Hoy cabe en un minuto lo que antes cabía en diez. Hoy la juventud dura menos, la madurez es un soplo y la vejez es casi inmediata. Las cosas se gastan pronto; los sentimientos desaparecen casi al mismo tiempo que se presentan, y los valores ruedan en manos de los hombres como pelotas en el juego de los niños.

¿Qué significa esta aceleración de los tiempos? ¿Es una forma de evolución que se traduce en rapidez, o es una forma de caída en que la velocidad de la bajada supera el ritmo de la subida?

Los ciclos constituyen la respiración del tiempo. Con cada gesto de tomar y dejar el aire, el tiempo levanta y destruye civilizaciones.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

A veces, el tiempo respira lenta y tranquilamente, otras veces lo hace con agitación y aceleramiento. A las respiraciones apaciguadas corresponden los períodos felices de crecimiento y construcción, que se traducen en los pueblos en general y en los hombres en particular. A las respiraciones precipitadas corresponden los ciclos de cierre de las civilizaciones, donde caen los viejos valores y donde los hombres malamente soportan vivir entre ruinas, soñando en cambio con nuevos y mejores momentos de tiempo de acción ascendente.

Más allá del juego de Maya, más allá de su engañoso espejo donde las cosas se ven invertidas según el lado en que aparezcan, más allá de todo eso está el tiempo eterno, la pura energía en la cual viven los que han encontrado su propia perpetuidad interior: los siempre jóvenes, la Afrodita inmortal de la conciencia continua.



Todos los juegos de Maya tienen una presencia que se nos muestra a los sentidos, y una esencia que se puede captar mediante inteligente intuición. La presencia es el acto del juego; la esencia es el porqué del juego.

Así las cosas, la obediencia es la esencia del juego que Maya nos presenta bajo la forma de libertad.

Un viejo filósofo, de aquellos que lograron entrever los secretos de Maya, dijo que “libertad es obedecer conscientemente a la ley”. Y de eso se trata. Estos que parecen opuestos –la libertad y la obediencia– son alma y cuerpo de una misma entidad.

Todos nosotros obedecemos a la gran ley de la existencia manifestada, ya sea en su unidad o a través de las múltiples leyes que emanaron de esta primera.

Pero hay varias formas de obedecer. Una es completamente inconsciente, aunque aparentemente no hay nada en el mundo que pueda frenar esta forma de acción; se mueve obedeciendo ciegamente, pero supone que obra en plena libertad. En la otra punta del camino, hallamos una obediencia consciente, que trata de averiguar el sentido de las leyes y cumplir sanamente con ellas.

La inconsciencia, es decir, el no saber, no comprender, arrastra a una obediencia estricta a las leyes de la materia, y así, queriéndolo o no, seguimos el clásico ritmo de construcción, conservación y destrucción.

En este ámbito de inconsciencia hay muchos seres que se titulan “libres”, o más aún, “liberados”, pero que bailan con el ritmo que la materia les impone. Aunque estos hombres creen elegir sus acciones, no hacen otra cosa que ceder a los impulsos sexuales (creación), al deseo de poseer y acaparar (conservación) y a la violencia (destrucción).

No son libres en absoluto. Ni siquiera lo son cuando se proclaman libres, porque es Maya la que habla por sus bocas, y es ella quien les lleva de un lado a otro, jugando con la ceguera que los domina.

Maya les canta, los adormece en su materia, y ellos la obedecen... en libertad.

A medida que los hombres despiertan, cede también su ceguera. Entonces surgen las primeras posibilidades de descorrer los velos del juego.

Se advierte que todo el universo está regido por leyes. Nace la sana necesidad de la observación, y ya no importan tanto las doctas palabras y las sapientes definiciones como el simple contacto con una Naturaleza que es maestra en cada uno de sus detalles.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

De los pequeños detalles viene la comprensión de la ley. Del reconocimiento de las leyes particulares que gobiernan cada rasgo del universo, cabe la concepción de que todas esas pequeñas leyes se resumen en una grande, total y general, que las abarca, unificándolas y dándoles sentido en su conjunto.

Ahora el juego varía de rumbo. En lugar de obedecer inconscientemente a la materia, como hasta el momento, el juego consiste en descubrir las leyes y en intuir la Ley, y en poner nuestro ser en una vibración acorde a esos sistemas de orden que imperan en la Naturaleza.

Ha nacido la obediencia consciente.

Maya, que es libre, sabe hacer obedecer a los demás. Es libre porque ella misma obedece absolutamente las leyes del juego que dirige. Habiéndolas obedecido, ella obtiene el derecho y la habilidad necesarios para hacer que los hombres se inclinen ante las mismas leyes.

En su tremenda experiencia, Maya no impone sus reglas de juego; las hace aceptar totalmente, y aún más en aquellos que se consideran más libres que nadie.

Maya es dulce, atractiva, sonriente, cariñosa, complaciente, arrulladora, engañadora, astuta, inteligente, exigente y aparentemente voluble... ¿Quién no sigue a Maya, en estas condiciones? Ella impone su ley, sin imponerla. Simplemente, no deja otro camino posible a los hombres. Ella lo sabe todo sobre la materia, y los hombres apenas si comenzamos a aprender. Por eso ella ordena y nosotros la obedecemos, aunque sin darnos cuenta de que la obedecemos.

Son muy pocos los hombres que pueden escapar de esta trampa de la ilusión. Esos pocos pueden zafarse de las redes de Maya, lo cual significa saber a quién, cómo y por qué se obedece. Con estos pocos, Maya ya no juega tan despiadadamente; tampoco necesita hacerlo, pues estos pocos están conscientemente dispuestos a obedecerla.

Los pocos, los conscientes, los que saben qué es la obediencia, no dejan de actuar de manera semejante a los demás hombres; la diferencia está en que saben por qué ejecutan los actos que ejecutan.

La libertad no está en los actos, sino en la conciencia que dirige esos actos. Si la acción humana es dirigida desde afuera, de nada vale proclamarse libre. Si la acción, en cambio, es promovida desde dentro del propio hombre, en base a una clara conciencia de la necesidad de la acción, no es necesario proclamarse libre.

Entonces ya se es libre. Entonces se es obediente. Tal como Maya.

Es la presentación armónica que Maya imprime a las formas de la Naturaleza. Una vez más estamos ante la presencia que asumen las cosas para ser captadas por nuestros sentidos. Y toda presencia nos induce a buscar la esencia que existe detrás de ella.

Tras la presencia de la belleza, hay una esencia interna que, siguiendo a Platón, podemos llamar lo Bello. Esta esencia es la que se vierte en la materia en mayor o en menor grado, impactándola y produciendo formas más o menos armónicas. En algunos casos hablamos de bellas formas y, en otros, de formas feas o desagradables.

La belleza resulta, pues, del toque que lo Bello impone a la materia. Si la materia se deja penetrar por esa esencia sutil, superior, entonces es modelada armónicamente, y ese encanto que deja traslucir, aun siendo materia, es la belleza. Si la esencia de lo Bello toca poco y mal la materia, prima la pesadez del mundo denso, falta el detalle aéreo y armonioso; en este caso, falta belleza y hablamos de fealdad.

El mundo de Maya está pleno de belleza. A pesar de que trabaja con ilusiones, Maya emplea bellas ilusiones. Todos sus elementos están impregnados de armonía y todos sus hechos obedecen a un encadenamiento lógico.

La belleza es una de las armas supremas con las que Maya combate en el mundo de la ilusión; y es un arma positiva, porque con ella ha ganado sus más grandes batallas. Allí donde los hombres se resisten a la fuerza, es muy difícil que se resistan a la belleza. Los mismos hombres que no encuentran razón para movilizarse en busca de la propia liberación interior corren, en cambio, encantados detrás de los sinuosos velos de Maya, detrás de líneas difusas pero sugerentes, detrás de suaves perfumes, delicadas melodías y colores ensoñadores.

¿Por qué corremos de esa manera detrás de Maya, cuando ella esgrime su belleza? Una vez más nos mueve el amor, la necesidad de algo que sentimos ausente. Es porque buscamos una forma de armonía que sentimos perdida, y que en ese momento asume la presencia de la belleza. Maya tiene lo que a nosotros nos falta.

Nosotros, que casi siempre vivimos dormidos y caminamos con los ojos cerrados, sospechamos, sin embargo, que no nos basta con mantener unos cuerpos con determinadas líneas, sino que carecemos de una belleza más profunda, la que pinta de armonía cada uno de los gestos y de las acciones, cada palabra, cada sentimiento, cada idea.

Hasta cuando insistimos en mantener la belleza de nuestros cuerpos, cuando peleamos con el tiempo para que no borre nuestras figuras, lanzamos el mismo grito

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

desesperado que busca atrapar la punta esencial de lo Bello para fijarla en aquello más denso y seguro que los hombres alcanzamos a concebir: la materia.

Hay dos tipos de humanos que se salen del juego de Maya y ya no mariposean con los atractivos velos de su belleza: los que se han liberado y ven las esencias más allá de las formas y los que todavía ni están aptos para entrar en el juego.

Descartado el hecho de que la gran mayoría de los hombres jugamos con Maya, descartamos también el pequeño número de los que se han liberado, y en cambio, queremos dedicar nuestras reflexiones al fenómeno creciente de los que, incapaces de jugar con la belleza, la denigran, ensuciándola y estropeando las formas de la Naturaleza.

Estos son los cultores de la fealdad. Temerosos de Maya, antes que seguir sus leyes, prefieren ridiculizarlas, y para hacerlo, castigan la materia que ella tanto ama, afean los cuerpos y exaltan todo lo ridículo y lo grotesco. Prefieren la piedra basta, sin guía ni inteligencia, a la maravilla de una flor acabada y perfumada. Y si no encuentran nada tan feo que calme su sed de destrucción, deforman lo que encuentran, lo convierten en sucio y soez, en míseros trozos que no alcanzan ni siquiera la realidad ilusoria de la belleza de Maya.

El culto a la fealdad se vierte en los cuerpos, en las ropas, en las comidas que se toman, en los gestos, en las palabras que se emplean, en las relaciones humanas, en eso que pretende ser arte... Y, sobre todo, se impregna en la mirada, ojos con el falso brillo de la malicia animal, ojos sin sensibilidad, ojos frente a los cuales uno llega a preguntarse si verdaderamente nos encontramos ante seres humanos.

¡Cuánto más fácil no hubiera sido acogerse al juego de Maya, dejarse estar, aunque inconscientes, en sus brazos, y captar al menos esa fuente de belleza que la anima!

¡Pobres, pobres niños desvalidos que juegan a las escondidas sin quitarse la venda de los ojos para buscar lo que quieren! Solo faltaría oírles decir que lo que ellos no ven no existe, y por eso mantienen la venda oscura ante sus ojos... ¡Pobres niños de la Humanidad que, como no ven, no caminan: tan solo reptan y recogen escorias a ras del suelo, todo aquello que los que caminan delante han desechado hace largo tiempo!

Pero ya vendrá Maya en algún momento, jugando como siempre, para quitar la venda y colocar su velo de ilusión, que es la belleza de la vida.

Y es que para encontrar a Maya y su belleza, hay que levantarse del fondo del barro del camino y aprender a volar en las alas de su ilusión. Lo pesado, lo feo, se estrella contra el suelo y se rompe. Lo bello consigue altura de eternidad.

La apariencia que el mundo nos ofrece nos permite observar cómo cada cosa tiene un sitio apropiado para desenvolverse, un lugar que es el suyo. Este orden, que se manifiesta a los sentidos y a la inteligencia, guarda –como en otras oportunidades hemos destacado– una esencia: es Lo Justo.

Cuando la esencia del orden, es decir, lo Justo, se aplica en las diferentes circunstancias de la vida, conforma las distintas formas de justicia. Las justicias pueden ser muchas, según a qué objeto se refieran; lo Justo es único y universal.

Aunque un análisis somero de las dificultades que comporta la materia podría llevarnos a pensar que el mundo de Maya es malo e injusto, deberemos reconocer en este caso, como en todos los otros, que Maya sabe mucho de justicia.

Ella es justa consigo misma, ya que nunca se atribuye más poderes que aquellos que le corresponden según su interna naturaleza. Y es justa con los demás, ya que no juega caprichosamente con los hombres, ni sigue rumbos indefinidos en su actuación.

Si los hombres creen que Maya es ambigua y caprichosa, es porque los hombres no entienden nada de las leyes que la gobiernan. La ambigüedad con que se nos presenta es falta de conocimiento en los humanos; el capricho es la forma en que nuestra ignorancia juzga la variedad de fórmulas que Maya posee para su utilización.

Todos los actos de Maya siguen una extraordinaria lógica; cada cosa tiene un porqué y sería difícil para nosotros encontrar soluciones a la vida mejores y más pensadas que las que Maya aplica. Todo su mundo está impregnado de lógica, de orden, y todos los juegos que afectan a los hombres, a los animales, plantas, piedras, estrellas e infinitas formas de vida que ni conocemos son perfectamente acordes a la causa que los ha motivado y a la finalidad que persiguen.

Esta es la justicia del mundo de Maya, lo Justo aplicado a la vida.

Los que no perciben el orden de la Naturaleza no alcanzan la felicidad y suponen que la justicia no existe.

Estos son los ciegos voluntarios, los que viven con los ojos cerrados y se niegan a realizar el menor esfuerzo para abrirlos. Sin embargo, buscan a tientas, golpeándose a menudo y tropezando con más dificultades que alegrías.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Todo les resulta gris, absurdo, ilógico... Nada tiene sentido, ni siquiera la propia existencia que arrastran. Pero tampoco escuchan a quienes intentan indicarles cuál es el sentido que encierra la vida.

Para estos seres no hay justicia, y mucho menos la esencia superior que la baña y que hemos definido como lo Justo. El mundo es una suma de irregularidades y casualidades, donde tan solo la buena suerte favorece a unos hombres en detrimento de otros. ¿Podemos imaginar mayor infelicidad?

Los que, esgrimiendo el nombre de la justicia, alteran el orden de la Naturaleza, son criminales.

No faltan quienes encarnan el dicho popular de “hecha la ley, hecha la trampa”. Estos seres no dudan del orden de la Naturaleza; en cambio, lo estudian pacientemente para poder alterarlo y beneficiarse personalmente de ese cambio, claro está que a costa de los demás.

Son estas las personas que se llenan la boca con la palabra “justicia” y la sacan a relucir a cada instante, como si el solo mencionarla bastase para aplicarla. Son los que aseguran conocer todas las cosas, y los que tienen soluciones para todos los problemas.

Son los que se conmueven por las desdichas humanas, pero cada vez que hacen algo para paliarlas, sacan algún beneficio propio mil veces superior al que adjudican a los demás.

Estos intentan hacer ver formas y colores que no existen. Agregan nuevos y más pesados velos a los ya naturales de Maya, y así entorpecen definitivamente a los hombres. Cuando los hombres están, pues, a merced de la más terrible oscuridad, entonces aparecen ellos, los distorsionadores, para proponer el “orden” salvador, el orden contrario a la vida, pero favorable a sus ambiciones.

Por eso los llamamos criminales. Ser criminal no es solamente quitarle la vida física a un hombre. Quitarle las posibilidades de evolución, engañarle en lugar de educarle, estafarle en vez de ayudarle, es también un gravísimo crimen. Atentar contra Maya y sus leyes es un crimen. Beneficiarse del dolor de los demás es peor que un crimen.

Los que buscan la justicia en el desorden anárquico, ya sea material o espiritual, buscan en realidad evadir el trabajo lógico que supone vivir el orden de la justicia.

Los perezosos de siempre, los cómodos de la vida, proponen excelentes soluciones, casi tan criminales como las anteriormente expuestas. Para ellos, el orden es artificial, y habría que dejar que las cosas siguiesen su rumbo por ellas mismas. No entrometerse en nada, no dirigir nada, no intervenir, no gobernar, no ser gobernados.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Ciertamente, las cosas siguen un rumbo natural y, de todas formas, tarde o temprano –más bien tarde que temprano– llegarían a su puerto de destino. Pero la Naturaleza entera está llena de ejemplos en que los más fuertes dirigen a los más débiles, en que lo superior gobierna a lo inferior, en que lo luminoso guía a lo oscuro. Y está en la naturaleza mental del hombre el ordenar las cosas que caen bajo su custodia, al pertenecer a reinos inferiores al suyo. Del mismo modo en que se puede ensillar un caballo y se pueden ordenar los muebles de una casa, se pueden arreglar las circunstancias de la vida tratando de que ellas favorezcan a la mayor cantidad posible de seres.

Si la Naturaleza es ordenada, y hay quienes proponen el desorden, esto ya no es seguir el “rumbo natural de las cosas”... Es todo lo contrario.

Es muy fácil pedir que no haya orden cuando uno teme que tendrá que ordenarse. Es fácil denigrar a los maestros cuando no se quiere aprender. Es fácil negarse a obedecer cuando no tenemos a nadie que, a su vez, nos siga y nos obedezca... Lo difícil es ordenarse, educarse, obedecer; saber hablar y callar en el momento justo; saber ver, oír y gustar. Saber vivir, en una palabra. Entonces, recién entonces, puede hablarse de justicia.

¿Cómo descubrir la justicia? ¿Quién puede aplicarla?

La justicia se descubre por la contemplación inteligente de la Naturaleza. La justicia se descubre en las enseñanzas y consejos de los grandes que en el mundo ha habido, aquellos que supieron hacer tratos con Maya, revelando parte importante de sus secretos.

Quien sabe ver, quien va por la vida con los ojos abiertos, encuentra a cada paso las impresiones de la Ley, la huella de lo Justo manifestada en una justicia que incumbe a la vida.

Solo puede aplicar justicia humana quien previamente haya hecho justicia dentro de sí mismo, quien haya logrado un orden interior en que prevalece el yo superior sobre las nimiedades de la personalidad cotidiana.

¿Cómo reconocer a este hombre? Observadle vivir; oíd lo que manifiesta; ved si obra en consecuencia; valorad la forma en que es duro consigo mismo y habréis encontrado un raro ejemplar de hombre justo.

La justicia, en lo que a nuestra vida humana se refiere, es una suma armónica de derechos y deberes. Esto se ha dicho muchas veces, pero es conveniente repetirlo hasta lograr que, en alguna parte de nuestra conciencia quede imbricado firmemente.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Todos tenemos derechos. Maya nos concede, en principio, el derecho a la vida con todas sus consecuencias. Todos tenemos deberes. Maya nos exige cumplir con los deberes que la condición humana determina.

Esta armonía entre lo que podemos recibir y lo que debemos dar conforma en el caleidoscopio de Maya un conjunto que se parece asombrosamente a la otra puerta de acceso a la Verdad que habíamos denominado Belleza.



Una de las más importantes armas con que juega Maya son sus espejos, los que coloca a mitad de camino entre el mundo superior del espíritu y el mundo denso de la materia. Estos espejos tienen la particularidad de multiplicar la unidad espiritual, de forma que cuando las imágenes llegan abajo, lo que era en principio una sola cosa se ha transformado en una infinita multiplicidad, en miles de elementos atractivos y capaces de atrapar a los hombres entre ellos.

Pero, detrás de los espejos, detrás del juego de luces, está siempre la unidad.

Mientras la materia divide, el espíritu unifica. Maya, que actúa en la materia, es el reflejo dividido de la unidad espiritual.

Solo la conciencia humana es capaz de realizar el viaje entre las cosas múltiples y la unidad. Ella sube y baja, baja y sube, tomando contacto con uno y otro extremo de la manifestación.

Cuando baja, se encuentra con Maya y su corte de reflejos resultantes de la división de la luz. Entonces la conciencia se divide también y juega a reconocer los variados objetos, tratando de pensarlos y relacionarlos entre sí, buscando la forma de servirse de ellos y encontrarles un sentido con referencia a la propia persona.

Pero cuando la conciencia sube, entonces encuentra el milagro de Maya, que se ha fundido, también ella, en la misma unidad que nos aguarda a todos, allí donde los juegos ya han terminado, allí donde la experiencia ya se ha completado, allí donde solo la esencia única es la única realidad.

La conciencia superior, la que sube, es la que permite la cosmovisión. Todas las cosas integran un conjunto, una unidad; todas las cosas pierden su escaso valor particular para acrecentarse asumiendo el valor general de esa unidad cósmica.

Por el contrario, y en oposición a esta conciencia, la otra, que se vuelca en la materia, sucumbe a la separatividad, peligroso mal que llega a producir afecciones en todas las expresiones.

Se separan los hombres entre sí, se enfrentan, se pelean. Se alteran todas las uniones, y así también se oponen las distintas religiones, los distintos pueblos. Se crean partidos políticos, gremios y asociaciones que tienen como tarea fundamental combatir a los otros de su misma especie. Y el colmo de la separatividad llega al enfrentamiento que se manifiesta en el mismo hombre, cuando sus dos yos, el superior y el inferior pierden toda capacidad de convivencia y entran en guerra.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La separatividad, pues, es mal de materia. Si cedemos y nuestra conciencia cae ante ella, todos los seres vivos quedan divorciados ante nuestros ojos y ya no encontramos relación alguna que pueda concederles una conexión esencial.

La unidad es propia del espíritu. Si la conciencia se eleva hasta ese plano, el hombre encuentra su propia raíz, su razón de ser, con lo cual descubre de inmediato idéntica raíz en todas las cosas y se le aparecen claramente las relaciones esenciales entre unas y otras.

Todo depende, pues, de nuestra conciencia y de ponerla de uno u otro lado de los espejos multiplicadores.

Pero Maya juega también con la conciencia y la obliga a oscilar entre arriba y abajo. Y en este caso, no conviene olvidar que siempre es más fácil bajar que subir.

Por esto vivimos en la multiplicidad, porque casi siempre nos encontramos caídos en la conciencia, abajo, junto a Maya y sus juegos.

Nuestras tomas de conciencia con la unidad –con el espíritu– son esporádicas. Usemos como ejemplo el de una bola que cae por una hondonada: la velocidad de la caída hacia el fondo hace que, una vez llegada abajo, guarde un poco de impulso para intentar subir; pero no tiene elementos para “fijarse” en la subida, y así Maya la vuelve a atraer hacia abajo...

La tarea consiste, entonces, en crear un hogar superior para la conciencia, un asiento en lo alto de sus posibilidades para que no vuelva a caer tan fácilmente. Se trata de colocar un fuerte imán en nuestro punto de unidad, una luz que resuma todos los rayos, un centro donde lleguen a converger todas las direcciones. Fijarse allí con una nueva fuerza de gravedad hacia arriba –la del espíritu–, fuerza mayor y de sentido contrario a la que Maya ejerce sobre el mundo.

Si aprendimos a jugar abajo, si seguimos unas reglas y un orden para evolucionar entre las cosas muchas, ¿por qué no intentar una nueva etapa en que los intereses estén cifrados en un juego superior que reúne todas las cosas con un mismo significado? También Maya, aunque no nos lo cuente, está empeñada en esa misma tarea, porque el final de ella es el punto de reunión con nosotros.



LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

BIEN Y MAL

Esta es otra de las grandes dualidades que aparecen en el camino de la vida, y que Maya aprovecha para realizar su juego con los hombres. El bien en un polo y el mal en el otro dan cabida a unos estadios intermedios donde las cosas no están definidas ni por uno ni por otro extremo, y es allí donde se desarrolla el juego; el juego ya no es posible una vez que se llega a un estado final y definitivo.

Sin embargo, el bien y el mal, en su absolutez, tal y como los conciben los hombres, no existen. Se trata de un nuevo reflejo ilusorio de los espejos de Maya; se trata de llevar los hombres de una punta a otra del camino vital, hasta que puedan descubrir por propia experiencia que el Destino no está ni en una ni en otra punta, que las puntas no existen, y que, como siempre, la unidad es el resultado final que subyace más allá de las dualidades o multiplicidades que podamos observar.

No hay bien absoluto; no hay mal absoluto. ¿Cómo podrían existir dos absolutos al mismo tiempo? ¿Cómo podría el mundo estar regido por dos fuerzas idénticas y de sentido contrario? Con este criterio, Dios es tan poderoso como el temido diablo, y la solución de esta oposición nunca podría obtenerse, puesto que ambas fuerzas se equilibrarían por siempre jamás. Por eso, hoy resulta absurdo concebir una Deidad todopoderosa capaz de conjugar todas las potencias del universo.

Desde nuestro punto de vista humano –y tratando de correr levemente los velos del juego en que estamos incluidos–, podemos comparar el bien con la polaridad del espíritu, y asimilar el mal a la polaridad de la materia. Entre el polo del espíritu y el de la materia caben infinitas gradaciones de bien y de mal, provocando unas medias tintas –las únicas que conocemos– en que las cosas nunca terminan de definirse.

Y aquí nuestras constantes preguntas. ¿La vida es buena o es mala? ¿La mente es positiva o negativa? ¿El dinero es bueno o es malo? ¿La piedad conviene o no conviene? Todo depende... Las cosas no son ni buenas ni malas. Somos nosotros quienes les agregamos esas valoraciones, según las coloquemos en un extremo u otro de nuestra escala, que va del espíritu a la materia, de lo bueno a lo malo. Si tiñésemos de color blanco y negro los límites de nuestra escala de valores, comprobaríamos con desconuelo que, en verdad, no conocemos estos colores puros, y que tan solo trabajamos con una extensa gama de grises, más claros o más oscuros.

Pero aquí no acaban las dualidades.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

En el mundo superior del espíritu, allí donde habíamos colocado el reino del bien, también hay valoraciones. Para el espíritu hay elementos que son positivos y otros que resultan negativos, hay un particular concepto de lo que es bien y lo que es mal.

Abajo, en el reino de la materia, las cosas se ven al revés: bueno es lo que favorece el juego de Maya, y malo es todo lo contrario. Abajo, en este mundo en el que nuestra conciencia pasa la mayor parte de su tiempo, es buena la variedad de la multiplicidad, y hasta resulta buena la angustia que deriva de no poder elegir entre tanta variedad. Lo malo es lo que nos arranca de este juego caleidoscópico; lo malo es lo que nos aparta de nuestras inocentes diversiones con los objetos de Maya, que hemos llegado a creer como la única realidad posible.

Según que los hombres vivan entregados al extremo espiritual o al material, llegan a elaborar sus conceptos sobre la vida. De allí la gran disparidad de opiniones entre el bien y el mal, divergencia que obedece a la disparidad que presentan los hombres en la escala evolutiva entre la materia y el espíritu.

Para poner de acuerdo a los humanos sobre este tema, habría que promover previamente una semejanza en sus puntos de mira, fundamentalmente en su evolución. Y esto, por ahora, con Maya presente entre nosotros, es muy difícil... Seguiremos, pues, de momento, luchando por bienes y males totalmente dispares que a veces se oponen y otras hasta se incluyen...

Si por un instante pudiésemos vencer la ilusión y equiparar las ideas humanas en base a la identidad espiritual de todos los seres, entonces veríamos que, efectivamente, no hay bien ni mal: solo existe una sola cosa, lo Bueno, aquello que es a la vez lo justo y lo necesario, lo perfecto y lo eterno, lo que siempre es, más allá de todas las dualidades con que se refleja a través de los espejos de Maya...

Lo Bueno emite un primer reflejo: el bien, que habíamos relacionado con el espíritu. A medida que este reflejo desciende, se expande, se abre y pierde luz, hasta que finalmente se oscurece al llegar a la materia, al mundo de Maya, donde queda transformado en el mal. Maya es, pues, la ilusión que nubla la clara visión del entendimiento superior. Pero, para compensar esta oscuridad, ella ha ideado mil luces artificiales que, con el encanto de sus colores, hacen las veces del bien sobre la tierra.

¿Deberíamos deducir de todo esto que Maya es el mal? ¿Volveremos a atribuir un valor absoluto a este mundo de ilusión, haciéndolo aparecer como la peor de todas las cosas posibles?

No, de ninguna manera. La oscuridad que proviene de Maya y sus consiguientes luces de colores son una etapa necesaria en el camino.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Si no viviésemos entre nieblas, jamás llegaríamos a intuir ni añorar la claridad. Por la oscuridad llegamos a la luz. Por la materia entrevemos al espíritu. Por el juego de multiplicidades soñamos con la seguridad de una meta única y final.

En los albores de la Grecia clásica, hubo un mito cargado de hondos significados, que sirvió para representar una buena parte de los misterios de la vida: era la historia del Minotauro, monstruo indefinible que habitaba en el centro de un complejo laberinto, y que “tragaba” inexorablemente a quienes intentaban capturarlo. Sin embargo, surgió un hombre –Teseo– quien, ayudado por la imagen misma de su alma –Ariadna–, pudo llegar hasta el eje del misterio, dominar al monstruo y regresar vencedor por entre los múltiples caminos del laberinto.

¿Cuál fue la clave del éxito de Teseo? Se trataba de un huso con un largo hilo enrollado, que Ariadna le entregó antes de entrar en el laberinto; el hilo se fue desenrollando a medida que el héroe se adentraba en las profundidades de la gruta, y sirvió de guía para reconocer el camino de regreso.

Por eso, hemos llamado a la filosofía “el huso de Ariadna”, la clave que nos lleva a descubrir los misterios del mundo de Maya.

Maya, con sus juegos, ha montado un verdadero laberinto en la vida, con intrincados caminos que nunca se muestran claros en sus recorridos a los ojos de los hombres. De este modo, los humanos juegan como los niños a probar mil y un senderos que permitan llegar, o al misterio, el centro, o a la escapatoria de la salida.

Aunque los juegos de Maya y su laberinto podrían parecer malvados en primera instancia, debemos reconocer una vez más la inteligencia con que obra la ilusión para que, alguna vez, salvados todos los obstáculos –todos los juegos–, podamos dominar el secreto que radica en el eje del corazón de la gruta.

Mientras tanto, Maya posee una inmensa fuerza para atrapar a los hombres en sus vericuetos, dado que casi nadie conoce la salida... Así, todos estamos atrapados por la vida material, porque casi nadie conoce la salida de esta prisión. Y no pudiendo salir, ¿no es lo mejor tratar de jugar dentro de ella, dando vueltas y más vueltas, hasta que el alma nos otorgue un hilo salvador?

El laberinto encierra dos grandes secretos: uno, el más fácil de advertir, es la resolución de su salida; el otro, más profundo, es el que radica en el centro de sus muchos caminos. No hay posibilidad de salir hasta no haber dominado al monstruo. No hay posibilidad de resolver la vida hasta no haber conocido el enigma de los juegos de Maya. Así, el más importante de los secretos es el que duerme en su corazón; sin los valientes que se atreven a enfrentar al Minotauro, no hay valientes que puedan escapar del laberinto.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Si la filosofía –el amor a la sabiduría– es el huso de Ariadna, siguiendo su huella podremos llegar hasta el reducto donde radica Maya: estos son los hombres que buscan, los que han vencido el miedo propio de la ignorancia, los que quieren saber, aunque sin dejar de jugar, el porqué de sus juegos.

Teseo con su huso, Ares Dionisos con su hacha antorcha, el hombre común con la lámpara de su inteligencia, son todos buscadores y amantes de la sabiduría, son filósofos. Penetrando audazmente por los caminos de la existencia se acercan cada vez más al centro, y allí, donde debería estar el gran monstruo, descubren –¡oh, sorpresa!– el habitáculo de Maya, la Gran Ilusión que rige los juegos del laberinto. Cual si fuesen pruebas rítmicamente eslabonadas, los juegos llevan siempre al corazón del laberinto: si se llega a ciegas, el monstruo de la ilusión devora a los hombres; si se llega con ansias de saber, el monstruo deja caer sus velos y aparece Maya en todo su esplendor de gran regidora de las experiencias humanas.

Haber descubierto a Maya y sus velos, haber comprendido el porqué de sus juegos, es haber llegado a la sabiduría. Entonces, aunque se esté en el centro mismo del laberinto, es como si se estuviese en su misma salida; el secreto del centro es el secreto de la liberación.

Por eso Maya ha cubierto de velos la filosofía. En lugar de permitirnos conocerla en su sencillez y pureza, en su simplicidad de hilo conductor, la ha saturado de excesivas palabras, engañosas imágenes, infinidad de definiciones, tecnicismos, expresión de dudas y angustias, planeamiento de cientos de problemas sin ninguna solución... Maya necesita a los hombres dentro de su laberinto, y por eso les abre múltiples caminos que, tal como en los juegos de los niños, no conducen a ninguna parte...

Sin embargo, alguna vez, a fuerza de deambular por esos caminos, hay hombres que llegan hasta el monstruo, hay seres que descifran el misterio del Minotauro, hay héroes que han hilado pacientemente sus conocimientos alrededor de un huso salvador.

Para estos que han llegado a la sabiduría a través de la filosofía, es el poder. Saber es poder. Quien sabe lo que ocurre en el corazón del laberinto puede escapar. Quien sale por fin del mundo de Maya, no lo hace tan solo por propia liberación. Al igual que Teseo, escapa para advertir a los demás hombres, para enseñarles y evitarles mayores dolores en el trance que supone vivir con un cuerpo, ceder a sus necesidades, jugar con sus leyes...

El laberíntico mundo de Maya no es un mundo falso, ni es maligno, ni se opone al mundo de la Verdad. Es apenas un reflejo de aquellos otros mundos superiores, y en su calidad de reflejo, atrapa todo aquello que buenamente puede en sus luces oscurecidas y en su materia entorpecida por el peso. El mundo de Maya cumple con su ley, y

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

la mayor parte de las veces los mismos humanos distorsionamos aún más sus imágenes, como efecto de nuestra mala visión. Jugar no significa hacerlo dormidos; jugar no implica, por fuerza, cerrar los ojos para hacerlo. Jugar no impone ignorar que lo hacemos: más bien exige saber por qué lo hacemos.

La filosofía otorga, pues, esa claridad de visión y entendimiento que la ceguera de la inercia ha hecho desaparecer en los hombres.

La filosofía es reconocimiento: re-conocer, volver a encontrar aquello que es propiedad del alma y que se ha extraviado jugando. Es la resolución del misterio del laberinto, es la salida triunfal hacia el mundo de los seres reales, de los arquetipos primeros con cuya imagen habíamos caminado tanto tiempo...

Maya se ha dejado vencer por Teseo. Ella misma es vencedora de sí misma, puesto que ha montado la gran ilusión para dejarse conocer por quienes, más allá de las sombras, han descubierto su verdadera figura.



LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

DIOS

Maya: dicen quienes te conocen poco que has tratado de ocultar la raíz de la existencia a los ojos de los hombres, que has intentado por todos los medios mantenerles ciegos en la ignorancia, para poder así jugar mejor con ellos... Todo eso dicen de ti, Maya...

Pero, sin embargo, tú has ideado una fórmula excelente para lograr todo lo contrario de lo que se te adjudica. Es cierto que juegas, es cierto que tiendes finas redes para atrapar a los hombres en el mundo ilusorio de la materia; es cierto que prefieres la continuidad de la rueda de la vida antes que la liberación definitiva, pues tú vives con los que viven... Todo eso es cierto, pero tú no niegas a Dios, ni lo ocultas más de lo que ocultas cualquier otra verdad.

Cada uno de tus pasos, cada recoveco del camino, cada juego, cada matiz de luz y sombra, es una invitación a la pregunta, a la búsqueda del porqué de las cosas. Es como aquel niño del principio de estos pensamientos, que jugaba sabiendo que jugaba, aunque sin dejar de jugar.

Tú repites incansablemente tus leyes, haciendo que, a fuerza de volver siempre sobre los mismos pasos, alguna vez podamos preguntarnos sobre el sentido de esos pasos.

¿Quién dirige el juego? Maya.

¿Y quién dirige a Maya? Dios.

Dios es la raíz de la existencia. La existencia manifestada supone un juego de valores hasta que, de la dualidad, surja el equilibrio y se pueda retornar a la raíz. Maya es quien coordina el juego, pero una vez finalizado, ella también retornará al seno mismo del misterio junto con todos los vencedores de la vida.

Dios: en el juego de la vida te han puesto tantos nombres... Los hombres han llegado a pelear por tus nombres... Te han otorgado tantas figuras... Los hombres han llegado a luchar duramente por imponer una de tus apariencias sobre las otras... Te han adjudicado tantos atributos... Los hombres todavía siguen discutiendo por las cualidades que supuestamente te adornan, olvidando que por cada cualidad que te dan, queda un cúmulo que te restan... sin recordar entonces que eres absoluto y que todo lo integras en Ti...

Dios: te han dedicado millares de escritos filosóficos, controversias y doctrinas. Los mejores poemas se han escrito en Tu nombre. Libros y palabras por Ti han llenado la historia y aún siguen llenándola...

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

¿Qué puedo darte yo?

Fuera de todo juego, más allá de todas las valoraciones intelectuales, no encuentro para Ti mejor nombre que el tuyo: Dios. Y solo puedo ofrecerte mi devoción en forma de obras. Mía es la intención, Tuyo es el juicio.

Si para cerrar estos pensamientos, volviésemos atrás para buscar las palabras que iniciaron esta trama, repetiremos aquello del principio. Maya es ilusión.

Pero ¿qué es exactamente esta ilusión? ¿Es inexistencia? ¿Es mentira? Ni es mentira, porque –ilusión o no– existe; ni es inexistente, porque este perpetuo juego se da para todos los seres vivos. Maya existe, es verdadera: ella cumple una misión eficaz, que es la de enseñar sobre las cosas falsas e inexistentes... sobre las que duran apenas lo que una ráfaga de luz, sobre aquellas cosas que son polvo al lado de la gran existencia, al lado de la gran Verdad...

Maya es un espejo. Ella no es ni buena ni mala; no está en el mundo de los arquetipos absolutos, ni tampoco participa de la fugacidad de los cuerpos materiales. Está en el centro, trabajando de intermediaria entre un mundo y el otro.

De un lado del espejo –llamémosle el polo inferior– se recogen sombras móviles muy semejantes a los seres verdaderos, sombras que tienen toda la apariencia de realidad.

Estos reflejos no son verdaderos; lo parecen porque repiten aquellas cosas que sí lo son. Pero, de los reflejos invertidos del espejo, puede deducirse la verdad, así como cuando nosotros mismos nos reflejamos en un cristal podemos tomar conciencia –aunque invertida– de nuestra apariencia.

Las sombras que refleja Maya se mueven constantemente.

¿Qué realidad tiene el movimiento? ¿A qué lado del espejo pertenece?

El movimiento es propio de la multiplicidad, y está, por lo tanto, de este lado de las cosas. Del otro lado del espejo las cosas no se mueven... simplemente son...

Sin embargo, a través del juego del movimiento, podemos aprender sobre la inmovilidad, invirtiendo las imágenes.

Aunque el movimiento se da entre los cuerpos múltiples, el fenómeno no es producido por la fuerza de la materia, sino que es la voluntad quien pone en juego la materia. La materia sola, por su sola multiplicidad, no puede moverse, pero sí dar lugar al fenómeno del movimiento si la voluntad la pone en marcha.

Si es la voluntad quien hace funcionar la máquina vital, entonces hay unidad. La voluntad es una única fuerza que proviene del otro lado del espejo, lo traspasa y se transforma en movimiento en nuestro mundo habitual.

LOS JUEGOS DE MAYA
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Así, de la unidad, del único punto existente, surge la ilusión del movimiento y de los cuerpos reproducidos, una vez más gracias a los reflejos cambiantes del espejo de Maya.

Si aceptamos el movimiento, nos preguntamos ahora: ¿hacia dónde nos movemos? ¿Adónde vamos?

Aunque no llegamos a percibir claramente el sentido ni el trazado del sendero, explicamos el movimiento que por este realizamos con una simple idea: evolución.

La evolución es la fuerza que la voluntad o el espíritu han imbricado en las sombras materiales, para que, alguna vez, ellas logren zafarse de la red de Maya y pasar del otro lado del espejo.

Cuando esto ocurra, el ritmo de los juegos, la red, el espejo, todo habrá dejado de ser necesario. Maya misma habrá cumplido su función y se reintegrará al mundo de las ideas puras; también ella habrá purificado por evolución su cuerpo de cristales luminosos.

Pero todavía no es el momento. Ahora estamos inmersos en los juegos de Maya. Ahora nos toca aprender jugando y perfeccionar día a día el papel que este juego nos ha deparado.

Por esto decimos: bienvenida Maya.

¡Bienvenida, Maestra!